

Ciruja

Una obra colaborativa de
Leandro Menéndez & Fernanda Caperón



Leandro Menéndez

Nacido y criado en el barrio de Congreso, aprendió a escribir su nombre a los cuatro años, pero recién a los cinco y medio lo hizo con todas las letras al derecho.

Aunque los mandatos sociales lo llevaron a estudiar medicina, su pasión son los niños y el juego por lo cual se dedica a la pediatría por horas y horas y horas de corrido.

Polifacético. Fue nadador, actor, basquetbolista, payamédico, acróbata, aikidoka, buzo. Todo de forma amateur y medio pelo. Pero en su insistencia, agregó a su currículum de saberes a medias, la escritura. Una vez se llevó Lengua y Literatura e hizo solo dos talleres, aunque uno de ellos con Hernán Casciari que le valió la publicación de una anécdota en la revista Orsai. Sin embargo, eso fue suficiente para sentarse a escribir la última aventura con su mejor amigo.

Tiene un drive llenísimo de textos inéditos y ésta, gracias a un grupo de locos, es su primera novela.

Ciruja

Leandro Menéndez
Una obra colaborativa con Fernanda Caperón

Ciruja

 COLABORATIVA INSAI



Autor: Leandro Menéndez

Diseño: Fernanda Caperón

© 2025, Colaborativa Insai

Primera edición: Junio 2025

ISBN 978-631-00-8630-9

Impreso en Argentina

Ciruja © Licencia:

Creative Commons Atribución.

Reconocimiento-CompartirIgual

4.0 Internacional.

www.creativecommons.org

A Fran



Antes de salir, agarré el teléfono con tanta puntería que lo levanté justo cuando entraba la llamada de papá y casi lo atiendo sin querer. Lo dejé vibrar hasta que cortara solo.

En la esquina ya nos estaban esperando para empezar la vuelta y pedí perdón por llegar tarde otra vez. Hace unos meses empecé a salir con un grupo de voluntarios de la parroquia a repartir comida a los indigentes del barrio. Al principio llegaba súper puntual y a veces hasta un rato antes. Nos juntábamos siempre a las siete de la tarde a dos cuadras de casa, pero seis y media yo ya revoleaba los apuntes por ahí y me preparaba. Después la convencí a Clara de sumarse y empezó a pasarme a buscar por casa para ir juntos. Clara es mi mejor amiga desde el jardín y nos vinimos juntos a Buenos Aires a estudiar. Es la persona más impuntual que conocí, pero también la más simpática y nadie le dice nada por llegar cuando quería. A mí me vuelve loco.

El grupo era recontra heterogéneo. Había una médica naturista que tendría la edad de mi papá, un señor mayor

que se la pasaba hablando del evangelio, dos hermanas con las que me llevaba muy bien, un estudiante de ingeniería, Clara que venía intermitentemente y un hombre rarísimo. Ese era el único que no me caía bien. Cuando empecé con el grupo, él no estaba. Se vivía quejando, todo era una discusión e insistía con sugerencias descabelladas que María Ana ignoraba con una paciencia olímpica.

María Ana, que a pesar de tener que explicar siempre que son dos nombres y no uno le gusta que la llamemos así, era la médica y la que solía organizar. Me pidió que dejara la bolsa en el asiento trasero de su auto mientras abría el baúl y le pedía al resto que fueran descargando. Acomodé las cosas lo mejor que pude en una caja llena de alimentos no perecederos para llevar a la parroquia y vi unos zapatos leñador negros gastadísimos talle cuarenta y siete tirados bajo el asiento. Hasta el momento no conocí a nadie que calzara lo mismo que yo. Me gusta pensar que somos de un club selecto.

De atrás seguían sacando bandejas con guiso de arroz y bidones de agua. Las viandas las fueron distribuyendo en cuatro bolsas grandes y las chicas prepararon jugo en la mitad de los bidones. María Ana fue repartiendo rutas. —Chichis, hagan Yrigoyen ¿quieren? Juli y Clari pueden tomar Avenida de Mayo. Luis, si quiere nosotros podemos hacer despacito Riobamba, y me quedan los caballeros para Cevallos, ¿les parece?

Clara me hizo un gesto de lamento medio exagerado,

casi teatral. Respondí con los hombros, pero no le pude poner mucha onda a la cara. Agarré los bidones, Ricardo la bolsa y arrancamos para Virrey Cevallos.

De entrada me planteó que él haría las recorridas a la mañana y con tres rutas en lugar de cuatro. La verdad es que no quise seguirle la conversación, pero insistió tanto que terminé contestando por compromiso.

—¿No sería inconveniente para la mayoría por el trabajo?

—Mucha gente puede cambiar el horario de trabajo.

—No sé, no estoy tan seguro.

Odio charlar con él porque no es una conversación, es ponerse contra un paredón mientras él tira pelotazo tras pelotazo.

—También se puede salir más temprano. Antes de ir a trabajar.

—Pero habría que salir como a las cinco de la mañana.

—Yo me levanto a las cinco menos cuarto todos los días.

—A lo mejor la gente todavía duerme a esa hora. Y además nosotros repartimos comida que es más de cena o almuerzo. No sé si les va a servir que les demos un guiso a las cinco de la mañana.

—Tienen hambre, van a comer lo que sea a cualquier hora.

—En eso tiene razón —dije, aunque me hubiera gustado no dársela —¿Y María Ana qué le dijo?

—Que no. Se ve que no me enteré cuando la nombraron reina de la parroquia.

—A lo mejor es porque la mayoría trabaja o estudia a la mañana, ¿no?

—¿A vos te preguntó algo?

No solo tiraba pelotazos contra el paredón sino que empezó a apuntarme.

—No, pero más o menos sabemos.

—Pero no te preguntó.

Y ese me lo dió en la boca del estómago. Contestarle me daba una especie de acidez y empecé a fantasear con que le diera un infarto en la mitad de la calle.

—No. Si quiere puede preguntar usted a todos y votamos.

—De poco sirve la democracia.

No dije mucho después de eso. Lo odio.

Repartimos como quince bandejas y eran casi todos caras conocidas salvo una mujer que vi por primera vez. Quedaban dos que estaba reservando, pero Josefina no aparecía por ningún lado y ya casi estábamos por volver. Aunque me hubiera tocado con Ricardo, lo bueno era que en Cevallos era donde me la solía cruzar. Jose era una cachorra hermosa que en realidad no sé si era cachorra pero que tenía la actitud. Era medio petisa y negrita, con un círculo perfecto blanco en el pecho como si alguien se lo hubiera pintado con un stencil. Me hacía acordar mucho al Negro, mi perro. Quedó en Chacabuco cuando vine a Buenos Aires y lo extrañaba horrores. Eran muy parecidos salvo por la mancha y porque él era un poco cascarrabias. En cambio, ella era súper compradora y andaba siempre pegada a Juan, un tipo que cartoneaba por la zona. Intenté sacarle charla algunas veces, pero me esquivó o se hizo el sordo o, peor, una vez se me quedó

mirando como si estuviera diciendo incoherencias y se fue. Una noche le di comida a Josefina porque nos había sobrado y la pichicha se enamoró de mí. A partir de ese momento empezó a hacerme fiesta cuando me veía y Juan recobró la audición mágicamente. No hablaba mucho ni con nosotros ni con nadie y las pocas veces que charlé algo fue sobre la perra. Si cambiaba de tema, se cortaba la charla, esa era la dinámica, así que me limitaba a eso. Un día me contó que la encontró mientras revolvía la basura en un contenedor por Almagro, chiquita y medio muerta. Dijo que no lo dudó mucho, la envolvió en un trapo y la metió en su gamulán. Esa noche le dio su cena y desde entonces le daba la mitad de lo que tuviera. Por eso trataba de llevarle comida aparte para ella. Me contó también que casi se le muere de moquillo, pero que zafó porque a la noche le ponía un chorrito de vino en el agua.

Hice un poco de tiempo hablando con Ricardo, soportándolo quejarse en realidad, y no sé a qué, pero en un momento asentí con la cabeza y vi justo a Josefina que apareció corriendo una paloma. Corría como si fuera a agarrarla, pero dándole tiempo a escapar. Se notaba que disfrutaba esa mímica de cacería urbana. Como los chicos que disfrutaban de espantar palomas, Jose sonreía cuando las veía en el aire y a mi eso me daba una mezcla de gracia y ternura.

Le silbé para que viniera conmigo y abrí el film que envolvía una de las bandejas. Dejó en paz a las palomas

cuando me vió, cosa que sentí como un triunfo, y metió un pique hasta mí. Se la tragó casi entera, sacudió la cola como loca y apenas le acaricié la cabeza se tiró panza arriba.

Juan apareció un poco más atrás tirando de su carro. Venía despacio, en contramano, pasando a nada de los espejitos de los coches estacionados y yo lo miraba hipnotizado como si cada auto que zafaba fuera mío.

—¿Qué hacés, loca? ¿Te dieron algo rico?

Habló y fue automático. Ella pegó un salto y volvió a orbitarlo como siempre.

—¿Qué tal, Juan? ¿Cómo le va?

—Bien, pibe, bien.

Le di la bandeja que quedaba y volví a acariciar a Jose que enseguida salió corriendo. Cuando levanté la vista, Juan ya estaba por la esquina, seguramente de camino a su refugio.

Ese tipo me intriga. El barrio está lleno de personajes así y a veces con Clara nos gusta inventarles una trama. Una de nuestras favoritas es la de la Vieja Aristócrata.

Hay una señora que me cruzo seguido que parece una Mariquita Sanchez de Thompson muy venida a menos. Se la mostré a Clara alguna vez cuando todavía estudiábamos juntos. Debe tener entre noventa y mil años, pero camina sola con su bastón a una velocidad que uno no se esperaría. Se ve que todavía tiene un porte elegante, aunque también se nota que hace fuerza por no encorvarse, y lleva siempre el mismo turbante

amarillo. Parece de seda o algo así brillante y, sacando lo gastado que se lo ve, lo lleva prolijo y bien acomodado. Lo que también usa siempre son esos aros dorados de flor con una perla en el medio. Son gigantes y lo estiradas que tiene las orejas dan la impresión de que también son pesados. Le decimos la Vieja Aristócrata porque nos imaginamos que viene de una familia acomodada, que alguna vez tuvo mucha plata y vivió por avenida Alvear o Barrio Parque. Un día se le murió el marido y los hijos le fumaron la plata. Intentaron internarla en un geriátrico, pero como la vieja es terca y de la cabeza está entera, no pudieron, así que le dan lo mínimo para sobrevivir en un dos ambientes viejo que da a contrafrente. Así y todo, la vieja nunca perdió los aires de familia patricia y trata a todos como si fueran sus sirvientes. Y más vale que ninguno medio morocho se le acerque, así sea para ofrecerle ayuda, porque se pone tan racista que incomoda.

Juan, con ese gamulán que usa siempre, incluso cuando está para remerita, podría tranquilamente ser un piloto de la primera guerra mundial. Le falta el gorrito de cuero y las antiparras, aunque debería haberse perdido en el tiempo para que den las cuentas. Está viejo, pero no es la Vieja Aristócrata. Tendría que hablarlo con Clara. Me lo imagino piloteando un avión biplano, al estilo Barón Rojo, con Josefina sentada atrás con gorrito y antiparras haciendo juego.

—Vamos que tengo que alimentar a mis peces —dijo

Ricardo, otro personaje que también debería hablar con Clara.

Cuando terminó la vuelta, volví con ella que tenía que buscar una campera en casa desde hacía dos semanas. Nos reímos un rato de Ricardo. Clara lo imita excelente. *«El mundo debería ser cuadrado, tiene mucho más sentido»* gritó por la calle haciéndose la renga.

—Boludo, ¿hace cuánto vivís acá? Parece joda, pero cada vez que estoy por tocar el timbre tengo que cantar *«Mariel y el capitán»* para acordarme del piso.

—¿Qué cosa?

—Me estás jodiendo, ¿no?

—No, no sé de qué hablás.

—Te doy tarea. Buscá *«Mariel y el capitán»*, hacete el favor ¿querés?

—Bueno.

Me contó que a un docente de Derecho Comercial y Tributario lo metieron en cana por estafas en una financiera. O por lo menos era lo que se andaba diciendo en la facultad.

—¿Vos no lo tuviste a Pichu? Uno petiso, medio pelado.

—No, creo que no.

—¿Cómo que no? ¿Hace cuánto no venís?

—Capaz lo tuve, no sé. Ahora no estoy seguro.

—Mirá qué justo.

—Callate, naba.

—Fuera de joda, ¿hace cuánto no venís?

—¿Del todo? No sé, un cuatrimestre.

—Uff. Yo quiero tu vida. Así, tranqui, durmiendo hasta tarde, matecito, pi pi pi. Unas vueltitas a la noche para expiar culpas y listo, a dormir. Decime que tenés las uñas cortas por lo menos.

—¿Por?

—Para no lastimarte.

Hizo el ademán de rascarse las bolas que no tenía.
No le contesté.

Me llegó un audio de papá y lo puse en altavoz mientras abría la puerta del edificio.

*«Hola, pichón. ¿Cómo estuvo la tarde de estudio?
Te llamé hace un rato, pero para ver cómo estaban nomás.
Mañana hablamos. Mandale un saludo a Clarita»*

Empecé a contestar con un mensaje de voz y Clara se me tiró encima para hablar.

—¿Qué hacés, Pepe? ¿Cómo estás? La tarde re bien, pero el estudio te la debo. Si hace un cuatrimestre que tu hijo no abre un libro.

—¡Dale, boluda!

Descarté el mensaje y escribí *«Dale. Besos»*. Llegamos al departamento, le tiré la campera por la cabeza y bajé a abrirle la puerta sin decir nada más.



«**B**uen día, doctor. ¿Ya llegó a la facultad?» decía el mensaje de papá. «Buen día, viejo. Si, estoy entrando a cursar. Después hablamos» le escribí todavía desde la cama. Di algunas vueltas más entre las sábanas y quedé de espaldas a la ventana que se sacudía por el viento.

Volvió a sonar el celular con dos mensajes más. «En un rato salgo para allá que tengo que ver a un amigo» y «Estoy por ahí después del mediodía. Almorzamos»
—La puta madre.

Me enjaboné como un desquiciado y un minuto más tarde ya estaba afuera de la ducha. Traté de calmarme, todavía tenía tiempo hasta el mediodía. Busqué el teléfono enredado entre las sábanas y le escribí a Clara. «¿Estás en la facultad?»

Puse la pava y me tragué casi sin masticar una factura que ya tenía unos cuantos días. Tuve que tomar dos mates al hilo para bajar ese vigilante seco trabado en la mitad del pecho. El agua estaba demasiado caliente, pero los tomé igual porque me dolía como si fuera un infarto.

Me agarró hipo como siempre que me atraganto. Y odio el hipo. Al principio me divierte un poco, no sé por qué, pero a los treinta segundos lo odio con toda el alma.

Le mandé un audio contándole que mi viejo estaba viniendo de sorpresa y que tenía que ir para allá.

Le pregunté qué teníamos ese día.

«Además de hipo, por lo que veo, Contratos y Familia. Y a las cuatro, turno para hacernos las uñas»

Me dió vergüenza, pero me hizo reír.

Terminé de cambiarme, miré el reloj, agarré el celular, las llaves, metí el libro nuevo en la mochila y salí. Rogué porque el ascensor funcionara, apreté el botón y ver la luz encenderse me alivió.

Cuando subí al colectivo encontré libre uno de los asientos individuales y me apuré a sentarme antes de que se cambiara alguien de otro asiento. Vi que una señora lo relojeaba, pero yo fui más rápido. Saqué de la mochila el libro y lo olí. Lo había comprado unos días atrás y estaba ansioso por empezarlo. Miré la tapa negra en donde una mujer vestida de doncella estaba enredada entre unas madejas de lana y petrificada como una estatua. Una belleza exótica. Lo di vuelta y releí la contratapa.

«Tras el rapto de la reina Inna, los hombres y mujeres del reino Escarlata reorganizan su ejército para recuperarla, sin conocer la naturaleza del enemigo que la retiene prisionera en la Fortaleza del Olvido. Allí, una esclava hilandera se ve obligada a mantenerse callada para seguir con vida, pero

cuando la injusticia manda a gritos, el silencio ya no es un lugar seguro»

Pasé algunas páginas y me detuve en los mapas de los distintos reinos. Pensé en que me hubiera gustado nacer con la habilidad de escribir un libro así. Me imaginé escribiendo en un cuaderno viejo con tapa de cuero en algún bar oscuro de Buenos Aires. No fumo, pero creo que la escritura en el bar oscuro lo ameritaría.

Me colgué tanto con el libro que casi me paso la parada. Zafé porque en Derecho baja el noventa por ciento de los pasajeros.

Fui directo a la biblioteca a buscar a Clara. Cuando me vio entrar, agarró sus cosas y salió.

—¿Cómo le va, *capitán*?

—¿Por qué *capitán*?

—¿No buscaste «*Mariel y el capitán*»?

—No.

—¿Qué hacés todo el día al pedo en tu casa? Vení, acompañame a tomar un café así activo un poco.

¿A vos no te aburrió la clase?

Le saqué la lengua y ella me hizo pito catalán.

—¿Podés no burlarte como abuela?

—¿Preferís que me burle como un nene de tres años?

Hice como que le pegaba un topetazo con el hombro. Si se lo hubiera dado en serio, creo que habría quedado la silueta hundida en la pared como los dibujos animados. Clara me debe llegar al codo como mucho.

—¿Cómo es que tu viejo viene de sorpresa?

—Dijo que tenía que venir a ver a alguien. No sé, me mandó un mensaje temprano.

—¿A la facultad?

—No sé. Que igual puede ser tranquilamente, pero para el caso, viene a almorzar conmigo.

—¿Cuándo le vas a decir?

—Apenas pueda.

—Mentiroso.

Nos pedimos dos cafés. Calientes y quemadísimos, la especialidad del bar de la facultad. Fuimos soplando los vasos de telgopor hasta las escaleras de Alcorta y buscamos un lugar sin restos de recibida para sentarnos.

—¿No te parece que Juan podría ser un buen aviador de la primera guerra?

—¿De qué hablás, loco? ¿Qué Juan?

—De las salidas. El que anda con la perrita negra. Uno con un gamulán.

—Ay, sí, re. Me lo imagino con la perra sentada atrás con casquito y antiparras —Se rió con una risa de chanco que le sale cuando se tiente. Y le costó tanto volver, que me empezó a contagiar la risa a mí —Hay que presentárselo a la Vieja Aristócrata.

—¿Para que lo bardee por ciruja?

—Qué vieja podrida ¿no? Che, ¿estuvo muy difícil ayer con Ricardo?

—Lo odio.

—Yo me lo fumé toda la semana pasada, te toca a vos.

—No entiendo por qué viene si se queja durante todo el recorrido.

—Porque no tiene nada que hacer. Está al pedo como vos.

Esta vez ya no me reí porque cuando se pone tan reiterativa, me molesta. Me viene insistiendo hace meses para que le cuente a mi viejo o que, por lo menos, busque trabajo. Y no es que no lo haya intentado, pero cuando sugerí en una charla con papá que a lo mejor podía buscar algún laburito part-time para no depender tanto de él, no quiso saber nada. Diplomático, pero sin dar opciones, bien fiel a su estilo. Que para qué, que no es necesario, que mi trabajo es estudiar, que patatín, que patatán. Hubiera sido la salida ideal. Pero tampoco es que no hago nada. No de la facultad, pero leo mucho. Y salgo todos los días con el grupo hace meses.

Igual sé que algo de razón tiene y es tan densa como buena amiga. Y un poco bruja, porque parece que me hubiera instalado un micrófono secreto en la cabeza.

—Joda aparte, es zarpado lo que hacés. Podrías estar al pedo de verdad, viviéndolo a tu viejo hasta que explote todo, y en su lugar salís todos los días con el grupo a dar una mano sin que te den nada a cambio. Te admiro.

Me gustan los elogios, como a todo el mundo, pero también me incomodan.

—¿Venís hoy? —le pregunté casi como reflejo.

—No, hasta el otro viernes no. Tenemos parcial la semana que viene y estoy medio justa.

—Dale.

—Uy, ya empieza Familia. ¿Entrás conmigo?

—No, termino el café y me voy a la biblioteca.

—¿Vas a estudiar un rato?

Se rió, se paró de un salto y me dió un beso en la cabeza como si yo tuviera cinco años y ella fuera una tía siguiéndome algún juego. Salió corriendo con la cartera visiblemente pesada colgándole de un hombro y le mandé un mensaje.

«Parecés un rengo corriendo así»

Me contestó un emoji de fuck you.



Un rugido desde el estómago me marcó el mediodía. Cerré el libro, fui al bar y me pedí un tostado para calmarlo un poco hasta que llegara mi viejo. Como las mesas estaban estalladas, me lo llevé y me senté en el piso en un rincón del hall a comer. En Derecho hay tanta gente yendo y viniendo de un lado para otro que sería igual de invisible aunque estuviera disfrazado de pato. Al principio abruma, pero una vez que te acostumbras es una sensación reconfortante. Saber que nadie se fija en vos. Es el lugar ideal para esconderse si se huye de la policía.

Saqué el libro otra vez y lo puse sobre las piernas. El rey Azabache tenía prisionera a la reina Inna en la Fortaleza del Olvido y todo el reino Escarlata se organizaba para ir en su búsqueda. Lerón del Sándalo se transformaba en un monstruo mitad hombre y mitad árbol para pelear por Inna y yo me manchaba la remera con mayonesa y migas. Casi iguales. Pensé que si yo estuviera en esa guerra, preferiría ser el guerrero que se abre paso a espadaños antes que el monstruo híbrido,

aunque no tuve mucho tiempo para debatirlo. Por las escaleras venían papá y el rector, un juez de casación penal del cual se decía que era, como mínimo, polémico. Fueron compañeros de facultad y no mucho más por lo que tengo entendido, pero se venían riendo como si fueran amigos.

Me paré.

Papá caminaba agarrando del brazo al rector, lo que francamente me dió algo de vergüenza, y cuando me vió habló en un tono mucho más alto del que corresponde si no estás en el living de tu casa.
—Hector, te presento a mi hijo.

Me dió la mano como si él fuera el invitado en su propia facultad. Después siguieron con su conversación, nada más que ahora conmigo al lado mirándolos como si fuera una estatua viviente sin ninguna vocación de serlo. Papá alardeó un poco sobre lo inteligente que era incluso desde chico y lo buen abogado que iba a ser.

—¿Cómo lo ves con vos dentro de unos años?

—Maravilloso. Lo espero sin dudas.

—Ahora me lo llevo a comer un rato para que descanse un poco. Los matan acá, viejo.

Risas escenográficas de festejo, contrachiste y cierre. El protocolo habitual de este tipo de encuentros. Se saludaron con un apretón de manos, un par de palmadas en la espalda y los saludos de cortesía habituales. A mí me saludó con un gesto de la cabeza y me dijo que me esperaba cuando quisiera. Se me acalabró el estómago

y el ságuiche de miga casi sale por donde entró.

Antes de ir a comer, papá quiso dar una vuelta por la facultad. Fue una especie de visita guiada por el pasado en donde la atracción era su historia detrás de cada rincón.

—Sabés que ahí donde está esa oficina, estaban instalados los militares. Yo entré en pleno Proceso y en ese momento, nada más para pasar por la puerta, tenías que tener libreta en mano. Era un exceso, pero era ordenado, eso hay que reconocerlo. El tema es que está medio escondido, ¿viste? Y no va que un día estábamos pasando por ahí y un compañero, el colorado Pavleas, tira «*estos milicos de mierda*» o algo así. No era boludo, lo dijo bajo, pero no vio que tenía a uno apostado atrás de esa pared y lo cazó justo. Mirá, nunca vi a nadie tan pálido como el colorado cuando le vió la cara al cabo. Creo que el tipo se la dejó pasar porque sería un pibe de nuestra misma edad o más joven con un casco que le quedaba grande y más cara de miedo que Pavleas. Si hubiera sido alguien más grande o con más rango, todavía lo tienen bailando. —Claro.

—¿Sigue estando el bar de los cieguitos?

—Sí, pero para allá.

—Ah, eso lo cambiaron.

—¿Por qué le dicen el bar de los cieguitos?

—No sé, yo ya lo conocí así. Y ¿quién está en el centro de estudiantes?

Inventé que la Franja Morada. Había tantos carteles de tantas organizaciones pegados por todos lados que

el oficialismo era indistinguible.

—Siempre igual —dijo y salimos.

Cruzamos el puente de Figueroa Alcorta y frenó en la mitad a mirar hacia el lado de donde venían los autos.

—Cuando cursábamos de noche, o en invierno que a la tarde ya estaba oscuro, nos quedábamos acá con mamá viendo como se nos venía encima esa marea de luces blancas. Mamá decía que si cerrabas un cachito los ojos era como ver un montón de estrellas fugaces que se te venían de frente —entrecerró un poco los ojos, pero entiendo que con la luz del día no surte el mismo efecto

—Un espectáculo lindo y barato. ¿Te había contado?

—Sí, alguna vez —No, no me había contado. Pero mejor así.

—Ya estoy hecho un viejo repetidor. Vení, vamos para La Biela.

Me agarró del brazo como agarró al rector y cruzamos Plaza Francia caminando despacio. Me contó algunas cosas del pueblo. Que inauguró la escuela nueva, que los bomberos tenían nuevo coche bomba y que la vecina de la esquina se infartó porque escuchó al marido gritar tan desesperado que pensó que habían entrado a robar. En realidad había sido gol de Velez que eliminaba a River de la copa. Me soltó para prenderse un cigarrillo que casi no fumó y cuando llegamos al bar le dió una pitada larga antes de pisarlo.

Nos sentamos en una de las mesas de la calle y pidió dos milanesas con papas fritas y una gaseosa light.

—¿Las probaste? No sabés lo que son. ¿Vós qué tomás?

—Coca común.

Le devolvió las cartas al mozo y asintió como aprobando mi pedido. Prendió otro cigarrillo.

—¿Cómo andás, pichón?

—Bien, pa.

—¿Clarita? Que hace un montón no la veo.

Con el envión del automatismo casi se me escapa decirle que estaba cursando.

—Hoy no vino, se siente mal.

—Pero, pobre. Mandale mis saludos cuando la veas.

—Le mando.

—Parece mentira que ya estén en la facultad.

—¿Por?

—Y, porque para mí fue ayer que estaban chapoteando en la piletita inflable. Vos siempre con esa obsesión de andar con el pirulín afuera.

—¡Papá!

—Bueno, bueno, no pasa nada, che. Le aclaramos a cualquiera que haya estado escuchando que tenías tres años —lo dijo apuntando la voz para la ligustrina que estaba cerca. Se rió, revisó el celular y después volvió a mí.

—¿Sabés quién estuvo el fin de semana por el pueblo? El hijo de Tito, Santiago. Me dijo que no te vio en el parcial de Penal ¿qué pasó?

Odio que haga eso. Simula una pregunta inocente, pero en el fondo el tono es de inquisición. Se me viene a la mente el comandante Ackbar gritando «*It's a trap!*».

—No sé, no me habrá visto entre tanta gente. Yo sí lo vi a él. ¿Cómo está la abuela?

—Vieja — rió papá como si no estuviera haciendo el chiste por milésima vez —pero bien. Llamala que hace rato no venís y me pregunta por vos. Ché, y ¿cómo te fue? ¿venís para penalista?

—No sé, cuando sepa la nota te cuento. Creo que bien.

—Bueno, bien, me alegro. Después, si te interesa, hablamos con Héctor y podés ir empezando con alguna pasantía o algo así. Es muy interesante. De haber tenido la oportunidad, a mí me hubiera gustado.

—Si, ya sé.

Apareció para salvarme un hombre harapiento que pedía plata mesa por mesa. No hablaba mucho, se acercaba a la gente haciendo con la mano un gesto que a lo mejor en el primer mundo significa «OK», pero que acá es indiscutidamente el gesto para pedir una moneda.

—No.

No llegó a levantar la mano para nosotros. Papá le contestó tajante cuando encaró para nuestra mesa. Se quedó mirándonos y me incomodó tanto que me fui al baño. Intenté hacer pis para aprovechar el viaje, pero no salieron más que unas gotas. Me lavé las manos y, cuando volví, papá ya estaba atacando una milanesa enorme. Las papas fritas venían en una bandeja aparte grande como un plato y la verdad es que tenía razón. Estaba todo increíble.

Estuvo media hora contándome sobre una serie

eslovena de Netflix que se la deben sugerir solo a él y después del café emprendimos la vuelta al departamento. En el camino le conté que estaba saliendo a repartir comida con un grupo de voluntarios de la parroquia. —Mirá que bien. Me parece fantástico, muy noble. Mientras no te estorbe el estudio me parece fantástico.

Estacionamos en la vereda de casa y me quiso mostrar que el auto nuevo se estacionaba solo con un botón. Después de hacerme el sorprendido, bajé a esperar.

Mi viejo siempre tarda mil años en bajar del coche. Cuando era chico me acuerdo que ponía la traba de volante, el parasol, revisaba la guantera, las perillas y qué sé yo cuántas cosas más. Ahora no sé qué hace pero es eterno. Toca botones, acomoda el asiento, para mí le quedó el ritual instalado y lo cumple a rajatabla aunque sea todo pantomima mientras uno se convierte en florero esperando en la vereda.

Sentí unas patitas que me pegaron un empujón a la altura de la rodilla. Josefina intercalaba vueltas sobre sí misma con saltitos y movía la cola. Me agaché para acariciarla y se tiró panza arriba como siempre. Le dije que estaba volviendo de la facultad y que no tenía comida, pero que a la noche le iba a llevar un hueso.

Como era lógico, no mucho más atrás venía caminando Juan que me saludó y se paró a ver cómo me esmeraba en que Josefina moviera la pata con la rascada de panza.

—Qué tipa franelera, eh —dijo más para ella que para mí.

Igual le iba a contestar, pero no llegué.

—No tenemos nada. Vamos, Fede.

Mi viejo ya había terminado todo su protocolo de descenso y estaba parado al lado mío, pero mirando a Juan.

—¿Y a vos quién te pidió algo? —le contestó Juan.

No me moví. No me paré ni seguí rascando a Josefina, pero tampoco saqué la mano. Fue como si de repente me hubieran puesto en pausa.

—Vamos —volvió a decir mi viejo, aunque él tampoco se movió.

Juan se acomodó a la dinámica. La única que se movía era Josefina que empezó a mordisquearme la mano. Le rasqué rápido la cabeza y me levanté. Saludé a Juan sin mirarlo. Él no me saludó. Siguió caminando y llamó a Josefina que salió corriendo al lado suyo.

Saqué las llaves y abrí rápido la puerta del edificio. Mi viejo se demoró un poco en entrar.

—¿Lo conocés?

—Sí, se llama Juan. Lo veo siempre con el grupo de voluntarios.

Llamé al ascensor y me quedé mirando cómo se prendían las luces por cada piso que pasaba.

—Ojo con esa gente. No es por discriminar, pobre, hay de todo en la calle. Pero no sabés cuál es su historia.

—Con Clara decimos que es un piloto de la primera guerra mundial perdido en el tiempo.

Se me quedó mirando y sentí la necesidad de aclararle

que era un chiste. El ascensor quedó fijo en el sexto piso y, muy a mi pesar, cuando nos cansamos de esperar subimos por las escaleras.

Le mandé un mensaje a María Ana avisando que no podía ir. Le dije que me dolía la panza. Ella contestó que me cuidara mucho mucho y me hizo acordar a mamá.

Le pregunté a papá si se iba a quedar a cenar. Me dijo que no, que pasaba al baño y volvía para Chacabuco. Cuando se fue puse la pava al fuego.

Apagué la hornalla antes de que estuviera el agua, cerré todo y me fui a acostar.



El martes arrancó con una lluvia torrencial. El pronóstico del celular decía lluvias intermitentes, aunque si mirabas para afuera parecía que estaba empezando el diluvio universal.

Atravesé la plaza por Virrey Cevallos. Pisé un charco sin darme cuenta y empecé a sentir la humedad pegándose la media al pie. No sé por qué el agua que entra en la zapatilla se pone instantáneamente tibia. Eso lo hace todavía más incómodo. Apuré el paso hasta la esquina para pasar por la glorieta que da a avenida Rivadavia donde duermen Juan y Josefina. Desde lejos vi su carro al lado de todas sus cosas empapadas.

El refugio de Juan era de los más elaborados. Estaba hecho de pallets, un par de colchones, colchas y bolsas pegadas, pero parecía de lo más sólido y todo lo cubría con un nylon cuando llovía. Airbnb tranquilamente lo publicaría como una «*cabaña urbana*».

Una vez vi cómo Juan la aseguraba de la lluvia con la velocidad de los boxes de fórmula uno. En treinta segundos convirtió todo en un paquete compacto,

lo envolvió con el nylon y lo dejó pegado a la glorieta como si fuera un paquete listo para despachar. Parecía uno de esos muebles plegables fantásticos que más que muebles parecen *Transformers* y que solo se ven en internet. Cuando llovía, Juan y Josefina dormían en la entrada para autos de una ex-aseguradora del otro lado de la plaza que ahora estaba abandonada.

Esta vez, el refugio había quedado armado y se había formado un lago en el techo que terminó por vencer el nylon y volcó el agua sobre los colchones. Era raro porque Juan era bastante cuidadoso con la lluvia.

Empecé a buscarlos con la vista, pero no los vi y la llovizna ya se estaba transformando en lluvia otra vez así que fui para la aseguradora. Encontré a algunos habitués del lugar desarmando sus camas improvisadas con frazadas y cartones y otros todavía acostados. Un nene no más alto que mi cintura me chocó mientras corría a otro y cayó sentado. Le pregunté si había visto una perrita por ahí, pero no me contestó. La pared del fondo tenía un «¿*Qué mirás?*» pintado en aerosol que me incomodó. No había señal de Jose.

A pocos metros del edificio, vi pasar a Juan por la esquina mirando para todos lados y chiflando. Le grité y Juan levantó la mirada, pero volvió enseguida a lo suyo. Lo corrí. Juan caminaba rápido y concentrado cruzando de vereda en vereda. Cuando lo alcancé, tuve que caminar y cruzar al lado suyo para hablarle.
—Juan, ¿qué le pasó? ¿Qué busca? —Al principio me

ignoró. Tuve que repetirle la pregunta un par de veces. Estaba mojado y tenía cara de preocupado. Cuando contestó me dijo que buscaba a Josefina, pero fue una respuesta seca y al aire mientras intentaba asomar la cabeza entre las rejas de un garage cerrado. Acto seguido, empezó a cruzar la calle y yo lo seguí —Pero ¿qué pasó? ¿Se perdió?

Ahora sí, Juan se dio vuelta y me miró con los ojos bien abiertos.

—No, me la robó este hijo de puta.

Quedamos a medio cruzar. Juan con la mirada poseída y yo sin reaccionar. Recién cuando el colectivo sesenta y cuatro empezó a tocarnos bocina, agarré a Juan de un brazo y lo obligué a terminar de cruzar.

—¡Pelotudo! —gritó el colectivero cuando pasó.

Sin que me diera cuenta, Juan ya había reactivado la búsqueda.

—Espere, Juan, pero ¿quién se la robó?

—El hijo de puta de Bernardino. Mirá, pibe, o me ayudás a buscar o me dejás de joder.

—Lo ayudo —le contesté automáticamente, pero no había otra respuesta posible —Cuénteme un poco más y capaz lo puedo ayudar a pensar. Si se la robaron en la plaza no creo que se hayan escondido a una cuadra.

Juan me miró en silencio unos segundos y relajó todo excepto el ceño. Chasqueó la lengua. Se sentó en un umbral y hundió los dedos en el poco pelo que tenía.



Me senté en el umbral al lado suyo. Se me escapó un bostezo ruidoso que por intentar callar fue todavía más ruidoso. Juan me miró con la cara que me miran todos cuando me salen esos sonidos espantosos y le pedí perdón por el chillido de pterodáctilo.

Le pregunté desde cuándo estaba buscando.

—Desde ayer —contestó —Ayer cuando llegamos de patear me acosté un rato y me dormí. La Jose se quedó olisqueando por ahí y cuando me desperté no la encontré más. Estuve un rato chiflandolé, porque a veces se va a la fuente, pero no volvía. Ahí fue que vi la pluma y me avivé.

—¿De qué?

—¿Cómo de qué? De que me la robó el hijo de puta este.

—¿Bernardino?

—Sí.

—No le entiendo, ¿qué pluma? ¿pluma de pájaro o de escribir?

—¿A vos te parece que yo ando firmando autógrafos? —sacó del bolsillo del gamulán una pluma gris amarronada

con las barbas estrujadas y rotas como si hubiera sido la última en caérsele a un pájaro moribundo —Ésta pluma. Cuando lo encuentre se la voy a hacer tragar.

—¿Y la pluma qué tiene que ver?

—Porque anda todo el día con las palomas esas de mierda encima.

Se hizo un silencio incómodo. A lo mejor me había perdido de algo.

—Y... ¿alcanza con una pluma para saber que fue él?

Juan hizo gesto de que no iba a contestar una estupidez.

—Digo ¿no podría haber sido de otra paloma? Alguna de por ahí, no sé, en la plaza hay miles.

—No.

La respuesta fue tajante. Juan se levantó y empezó a caminar. Daba unos pasos hacia un lado, daba vuelta y volvía hacia el otro. Cada tanto chasqueaba la lengua. Y yo lo miraba. No sabía si preguntar o no. O qué preguntar primero. Sí quién era Bernardino, por qué le podría haber robado a la perra o qué era lo que hacía con las palomas.

De chicos, con mis primos mirábamos Mi pobre angelito 2 todas las navidades por Telefé. Nos sabíamos diálogos enteros y jugábamos a ver quién podía decir más. Yo era especialista y ganaba siempre. Cuando Kevin queda solo en Nueva York, se cruza con una indigente que estaba siempre con las palomas trepadas encima.

De noche y solo en el Central Park, le queda trabado el pie en una piedra y se asusta cuando ve aparecer a la señora, pero es finalmente ella quien lo ayuda a destrabarlo.

Después de eso Kevin grita y sale corriendo, pero en seguida recapacita y vuelve a hablarle. Le dice algo así como «*Disculpe por gritarle en la cara. Sus palomas son bonitas. Al principio me asusté, pero cuando lo pensé, no es malo. Deben quererla para hacer eso*». Le vamos a reconocer a Kevin que la primera imagen de la vieja con todas las palomas posadas en sus hombros y su cabeza es tétrica, pero hay algo en la naturalidad con la que esa mujer camina con todos los pájaros encima, en cómo las mira y cómo las cuida, que después da ternura por más desquiciada que pueda estar. Me imaginé a Bernardino en una situación parecida.

Juan dejó de caminar en círculos y salió despedido hacia la esquina como si alguien hubiera cortado una soga imaginaria a la que hubiera estado atado hasta recién. Caminaba enojado como una tromba, pero era obvio que debajo de ese enojo había desesperación. Me daba mucha pena verlo alejarse así y me hubiera gustado hacer algo para ayudarlo. Perder a una mascota es una de las peores cosas de la vida. La única vez que vi a mi viejo llorar, fue la noche que el Negro se escapó de casa. Dimos vueltas durante horas con el auto por todo el pueblo y hasta la ruta. Apareció porque Dios es grande y el pueblo es chico, porque de haberse perdido en Buenos Aires estoy seguro de que no lo hubiéramos encontrado nunca. Me quedé pensando en mi Negrito. —¿Te vas a quedar sentado ahí? —dijo casi en un grito que por poco me mata del susto. Me sorprendió tanto

verlo de repente parado al lado mío que no le contesté. Me paré y lo seguí como por inercia.

—Bueno, ¿y sabe dónde encontrar al tipo este? ¿es de la plaza?

—No. Donde lo vea por acá lo mato. Pero la gente va a saber.

—¿Algún dato más?

—El apellido es Rivadavia y es un loco roñoso lleno de plumas de paloma.

—¿Rivadavia? —le pregunté a Juan que caminaba murmurando algo por lo bajo. —¿Bernardino Rivadavia?

—volví a intentar.

Frenó en seco.

—Sí, ¿qué? ¿hablo en chino?

—No, no, perdón, pensé que había escuchado mal.

La llovizna estaba empezando a intensificarse. Un auto que pasó rápido sobre un charco salpicó una ola que nos llegó hasta las rodillas. Yo llegué a saltar hacia un lado, pero Juan no se movió ni pareció importarle.

Juan empezó a preguntar a cada uno de los que dormían por ahí si habían visto a alguien con Josefina. Preguntamos también en algunos negocios de la zona con los que Juan tenía trato, más que nada por ella, que con su simpatía se había comprado a unos cuantos comerciantes que le separaban todos los días una galletita. La mujer de la mercería no había visto ni a Josefina ni a nadie que se la estuviera llevando, pero se apenó mucho y empezó a hablar de todo lo que extrañaba a su

caniche. Juan se dió vuelta y siguió hacia otro local.

Ya hacía rato habíamos superado la hora del almuerzo y mi estómago no solo estaba plenamente consciente de eso, sino que me lo hacía saber. Cuando pasamos por un kiosco, paré, compré dos panchos y le di uno a Juan que se lo comió antes de que yo pudiera terminar de ponerle mostaza al mío. Lo llené de papitas y le zampé un bocado tan violento que casi me muerdo un dedo. Antes de que terminara de tragar, Juan cruzó la calle y se puso a hablar con un hombre mayor que él que acomodaba unas cosas en una mochila con rueditas y me acerqué. El hombre nos miró.

—Capaz sé —dijo.

Juan giró la cabeza hacia mí y mi almuerzo. Me sacó el pancho mordido de las manos y se lo dio a ese hombre que lo devoró antes de que yo pudiera opinar.

—¡Eh! —fue lo único que me salió.

—Escuché que anda por El bar de La Vieja Puta —dijo el tipo chupándose los dedos.

Juan giró inmediatamente sobre sus talones y empezó a caminar, pero yo me congelé. No tenía ni idea de dónde quedaba el dichoso bar, pero donde fuera, ya me parecía demasiado lejos. Una cosa era buscar alrededor de la plaza o por el barrio y otra muy distinta era seguir a Juan por donde se le ocurriera ir.

—Dale, pibe. Vamos —dijo desde unos metros más adelante. Estaba parado mirando cómo yo salía de mi ausencia.

Protesté como para hacer tiempo y le pedí que por lo menos me dejara comprarme algo para comer. Él se apoyó en el cantero de un edificio de oficinas y yo corrí hasta el kiosco, pedí otro pancho y le mandé un mensaje a Clara.

«Eu. En la que me metí»

«Estoy ayudando a Juan a buscar a Josefina que aparentemente fue secuestrada por un loco de las palomas que se llama Bernardino Rivadavia»

Me quedé mirando la pantalla mientras esperaba, pero Clara no respondía. El kiosquero me entregó el pancho y le puse ketchup, mostaza y papas tan lento como pude. Sonó el teléfono. Clara contestó con un emoji. Carita con ojos grandes, sin boca. Le contesté con el tipito que hace con las manos como que no sabe.

«¿De qué estás hablando, drogadicto?»

La paciencia no es el mejor atributo de Clara.

Juan estaba lejos, así que aproveché para mandarle un audio explicándole la situación y me comí el pancho antes de llegar a él para asegurarme de almorzar.

«¿Me estás hablando en serio? ¿Vos sos boludo?»

«¿Y si el chabón piró? ¿A dónde te vas a meter?»

Después de una pausa dramática, mandó la estocada.

«¿Tan al pedo estás?»

A veces creo que Clara se siente superior por seguir estudiando. No lo va a reconocer jamás, por supuesto, pero todo lo que no sea la facultad le parece un hobby o una pérdida de tiempo. En primaria parecía que tenía comprada la bandera y desde ahí te miraba con cara

de sobradora. En secundaria se le pasó un poco porque le hicieron tanto bullying que se le fueron las ganas de ser la ñoña del curso, pero hay algo que es más fuerte que ella.

Le contesté con la intención de bajarla de un hondazo de ese pedestal moralista.

«Ayudar a un pobre tipo no es estar al pedo»

A Juan se lo veía impaciente y no me animé a preguntarle si me dejaba comprar un segundo pancho. O tercero, según como se lo mire.

—Vení, seguime.

No me gustó que la búsqueda se estuviera extendiendo mucho más allá de la plaza. Pensé en inventar algo para volver a casa, aunque si seguíamos a ese ritmo, las piernas me iban a dar la excusa perfecta. Probablemente Juan no me dijera nada, aunque tampoco estaba del todo seguro. La que sí me iba a decir de todo era Clara si seguía. Primero, era una fija que me iba a volver a bombardear con qué se me cruzó por la cabeza para sumarme en esa misión a lo John Wick terciarista. Segundo, y todavía peor, no se iba a cansar nunca de decir que tenía razón y de creerse la que se las sabe todas. Salvo que le probara lo contrario. Porque a lo mejor en el bar aparecía Josefina y se terminaba todo. Y era un bar, no era que me estaba metiendo en una villa.

—Está bien, no te necesito.

Volví a reparar en Juan cuando me escupió eso y empezó a caminar solo. No se me ocurrió ninguna excusa para inventar y le grité que me esperara. A lo mejor podría haberme callado y dejar que siguiera por su cuenta, pero en

ese momento no me salió.

Llegamos a la esquina y doblamos hacia el sur de la ciudad.

—¿El de ayer era tu viejo?

Era la primera vez que preguntaba algo sobre mí.

—Sí. ¿Cómo supo?

—Sos parecido, pero sin la cara de asqueroso.

Volvió a sonar el teléfono.

«Y seguir a cualquier indigente por ahí no es ayudar a un pobre tipo»



Con el correr de las cuadras, se veían cada vez menos negocios y los frentes de las casas se volvían más antiguos y descascarados. Era una película del far west, pero contemporánea.

Atravesamos una plazoleta junto a la avenida Garay en donde varios hombres tomaban vino en cartón. Uno me pidió una moneda y lo único que me salió fue encogerme de hombros sin decir nada, como si fuera un mimo de civil perdido por Buenos Aires. Cruzamos por la esquina. Él sin cerciorarse de que no vinieran autos, yo sin dejar de mirar atrás medio de reajo.

Juan se acercó a una viejita veinte metros más adelante. Estaba sentada en la vereda sobre una silla de madera tan vieja como ella. Tenía los ojos cerrados, el pelo largo hasta la cintura, cara de cansada y apoyaba ambas manos sobre su bastón. Al lado de ella había una puerta abierta de par en par y ese escenario le daba un aire de abuela de campo postapocalíptico.

—Buen día, tía.

—A ver, hablá de nuevo vos. Que me parece que andan

visitando los muertos —le contestó ella sin abrir los ojos.

—Yo me muero el día que usted me falte.

—Atorrante.

Arrastraba la erre y algo en la tonada me generó nostalgia. Pasto, bosta, torta frita, mi familia de Simoca, todo eso escuché yo en ese «atorrante» que era de todo menos un insulto.

—Entre que se está poniendo feo —le dijo Juan a la vieja.

—Sí, se huele tormenta. Se adelantó la Santa Rosa.

—Usted sabrá.

—¿Con quién venís?

—Con un amigo.

—¿El atorrante ese?

A la vieja le cambió la expresión, el tono, todo. Creo que si el bastón hubiese sido una escopeta, nos hubiera disparado ahí nomás.

—No, tía, no se preocupe. ¿Está Sharon?

La saludé, pero no me contestó, y en su lugar hizo un ademán con la mano como para que pasáramos que claramente no era una invitación cordial. No cambió la cara tampoco.

—Perdón, Juan, pero ¿no íbamos a un bar?

—¿Vos te pensás que todos los bares son Palermo? —me contestó, con mucha menos ternura que a la señora.

Al terminar las escaleras, abrió una segunda puerta de la que salió un humo espeso con olor a tabaco y sudor que me dió náuseas. Una mujer nos miró desde el fondo de la sala y movió apenas los labios, pero por lo demás, se mantuvo imperturbable.

—Hacía rato no te veía —le dijo y dio una pitada larga a su cigarrillo.

—¿Ese hijo de puta estuvo por acá?

—Buen día, Sharon, ¿cómo estas? —parodió ella.

—Buen día, mi cielo ¿Estuvo o no estuvo?

—¿De quién hablás? ¿Rivadavia? No que yo sepa.

Me miró de pies a cabeza. Sentí que la policía aeroportuaria me hubiera hecho un escaneo menos exhaustivo.

—¿Está con vos? —Volvió a Juan.

—Sí, es un amigo, me está ayudando.

—¿Volviste a tener amigos vos? Me intriga cómo me vas a presentar a mí.

—Como el amor de mi vida, así te voy a presentar —le dijo con una sonrisa que bien podría haber sido de amor, ironía o resentimiento.

—Ya hubieras querido.

—La verdad que sí, pero vos viste cómo es la vida.

Yo asistía a la escena inmóvil. Hubiera dejado de respirar si hubiese podido. Mis ojos iban de Juan a esa mujer y viceversa como si estuviera viendo un partido de tenis peleadísimo. Tenía las manos transpiradas y me picaba la garganta producto del humo que de a poco se me metía en los pulmones.

—¿Cómo dijiste que te llamabas?

—Federico, señora —Hablé después de quedar congelado una eternidad humillante.

—Ay, y me dice señora —rió mirando a Juan —qué caballero. En otro contexto me ofendería, pero acá me

tengo que conformar con que no me digan vieja. Apagó el cigarrillo en un cenicero de vidrio y prendió otro.

—Ya que este tipo no me presenta, me presento yo — agregó en tono de reproche —Yo me llamo Sharon y soy la reina de este palacio ¿Ves algo que te interese?

Me costó descifrar si Sharon me estaba cargando. El lugar era grande, con techos muy altos y múltiples manchas de humedad en las paredes. Había sillas y banquitos distribuidos por todo el lugar, aunque casi ninguno igual a otro, y una mujer extremadamente flaca apoyada contra el marco de una ventana mirando hacia afuera. Parecía una urraca desplumada con moretones por todo el cuerpo. Como si supiera que la estaban observando, volteó y me miró con los párpados a medio abrir, o a medio cerrar, pero sin mirarme a mí sino más bien a la pared del fondo a través de mí. El disparo duró un segundo y después de eso volvió a su ventana.

—No, gracias, estoy bien —contesté con una mueca que intentó ser una sonrisa. El silencio que llenó los siguientes segundos me incomodó y seguí hablando sin controlar del todo lo que salía de mi boca. —Qué nombre particular «*Sharon*».

Como si no hubiera sido suficiente la estupidez que acababa de decir, salió con un tono aflautado, como si una segunda pubertad estuviera atacando por sorpresa y me hubiera transformado en un pibito que nunca vio una teta. —Es mi nombre artístico. Un homenaje a Sharon Tate. Hablaba lento, pero parecía divertida al hacerlo.

—¿Es artista?

La respuesta me rebotó de la boca como un acto reflejo y fue la confirmación de que me había transformado en el pibito. Sharon rió y Juan me miró por primera vez en la conversación.

—Sí —contestó ella mientras se apagaba la risa y le habló a Juan —Me gusta tu amigo. Uno bueno para variar. ¿Lilia está afuera?

—Sí —contestó Juan —pero decile que entre que está fiero.

—Ya le dije. Ni un mate me aceptó hoy.

—¿Qué le pasa?

—Está otra vez con lo de mamá.

En algún momento alguien me cambió el canal y el partido de tenis se convirtió en una novela de canal trece que agarré por la mitad. Sharon envejeció en segundos y Juan la abrazó. Yo seguía igual de espectador y más perdido que antes. Fue poco lo que duró el gesto. Ella cortó el abrazo como si de repente se hubiera dado cuenta de que los estaba mirando. Cambió de escena y de personaje. Se puso a tararear una canción de Los Palmeras como si se acabara de despertar en un domingo de sol y amagó con salir de la habitación.

—Escuchame —dijo Juan —Necesito que me digas dónde para.

—Si no lo sabés vos ¿cómo lo voy a saber yo?

—No me jodas, Sharon. Sabés todo.

—Todo no. No sabía que tenías un amigo así de buenmozo. Pero dejame preguntar.



Nos sentamos en dos taburetes contra la pared junto a un tablón apoyado sobre unos cajones de cerveza. El mío era visiblemente más bajo y, sentado con mi metro noventa, me sentía como si uno de los dos estuviera fuera de escala. Quedé en una postura rara, antinatural, con las rodillas semiflexionadas y la espalda encorvada, como la que tendría el eslabón perdido si alguna vez lo encontraran. Soy el Homo Banquitis pensé y me reí solo.

La mujer flaca se acercó con dos vasos de vidrio cachados y rellenos de un líquido amarronado y turbio.

Tomé whisky alguna que otra vez de adolescente, pero más por hacerme el canchero con mis amigos que por otra cosa. Me acuerdo de una madrugada en casa con los chicos, en la que nos servimos una medida de un whisky importado de mi viejo. Seba vomitó y yo casi vomito atrás. Menos mal que la que se despertó fue mamá. Nos alcanzó un líquido blanco para limpiar, dijo que ventiláramos bien todo, que tomáramos mucha agua y se fue a dormir.

Sacando esos momentos de canchero frustrado, nunca fui de tomar mucho alcohol, y la única vez que me emborraché fue en una fiesta del pueblo, cuando Juliana Orlandi me dijo aburrido por no aceptar una cerveza. Esa noche tomé tanto que terminé vomitando en un zanjón y me tuvo que ir a buscar El Yayo. Juliana no me llamó más aburrido, pero lo cambió por «Vomitín» hasta que terminamos la secundaria.

Levanté mi vaso y lo olí. Tenía olor a nafta súper. El ardor que me entró por la nariz fue directo hacia los ojos y me hizo lagrimear. Juan tomó su vaso de un trago y me preguntó si iba a tomar el mío o iba a seguir boludeando. Se lo di y se lo clavó igual que el anterior. Después se quedó mirando la borra invisible de ese whisky de cuarta como si eso le fuera a dar alguna pista.

—¿Hace mucho conoce a Sharon? —le pregunté.

Juan se mantuvo pasando el dedo índice por el borde del vaso en un círculo infinito. Me empezó a vibrar el bolsillo. Saqué el teléfono, corté la llamada y escribí.

«Estoy estudiando con Clara, después hablamos»

—Ojo con la mentira, pibe. Es más difícil salir de ahí que de la droga.

Me subió un fuego a la cara y no le contesté nada, pero le escribí a Clara.

«Cla, le dije a papá que estaba estudiando con vos.

Por las dudas»

La respuesta llegó a los dos minutos, que fue lo que demoró en grabar el audio de un minuto y cincuenta y

dos segundos. Le contesté que no podía escucharla. Con que me cubriera alcanzaba. Llegó una metralla de mensajes interrumpida en el medio por dos llamadas perdidas.

«¿Dónde estás? ¿Por qué no podés escuchar?»

«Federico, dejate de joder y volvé»

«Eu, contestá»

«Mandame ubicación aunque sea»

«Chabón, no sé qué querés probar, pero ya está. Volvé»

«Si se entera tu viejo, te mata»

La quiero como a una hermana, pero a veces también la quiero matar. Y si no hubiera sido porque parecía más una orden que un pedido, le hubiera mandado la ubicación. Le contesté con la fuerza de una trompada.

«Entonces no le cuentes y listo»

Juan me habló todavía hipnotizado por el fondo de su vaso.

—La conozco hará veinte años. O capaz más —al decirlo abrió los ojos como si escuchara el número por primera vez —Yo en su lugar ya me hubiera pegado una patada en el culo por boludo.

No estaba seguro de que me estuviera hablando a mí, más bien parecía una especie de monólogo interno en voz alta, pero igual le pregunté.

—¿Y cómo la conoció?

—La calle.

—¿A Bernardino también lo conoció en la calle? —me animé a preguntarle. Sentía como si el olor del whisky me hubiera envalentonado sin el riesgo de volver a

convertirme en Vomitín.

—La calle está llena de gente, sobre todo de hijos de puta. Decidí no seguir preguntando. Algo en Juan me inquietó.

—Pero no todos. También hay gente como Sharon.

Asentí por compromiso. Mi bolsillo no dejaba de vibrar.

Sharon apareció de nuevo y apoyó un paquetito envuelto en papel de diario. Juan guardó el paquete en el bolsillo y la miró. De no ser por la oscuridad, hubiera jurado que sus ojos estaban húmedos.

—Sos un ángel.

—Y sin embargo acá estoy —dijo ella.

—¿Averiguaste algo?

Sharon soltó un suspiro profundo.

—Las chicas no saben nada. ¿Ya buscaste por Caminito y sus escondrijos habituales?

Juan saltó de su taburete, la abrazó y la besó debajo de la oreja. Antes de que pudiera despegarse, ella lo agarró con ambas manos de las solapas de su gamulán.

—Escuchame. Esta vez no te metas en quilombos, por favor, no te metas —su voz tenía un tono que no había tenido en toda la conversación.



Me costó mucho, pero convencí a Juan de tomarnos un colectivo en lugar de caminar. En la parada del ciento sesenta y ocho había una pareja de adolescentes a los besos que no nos sacaron los ojos de encima desde que llegamos.

Por suerte el colectivo no tardó mucho en llegar. Pedí dos boletos hasta La Boca y saqué mi tarjeta. Pagué el primero y apenas el colectivero marcó el segundo boleto, lo anuló.

—No se puede prestar la tarjeta —dijo.

—¿Por qué?

—Porque no se puede prestar la tarjeta. Es personal.

—Pero el pibe le acaba de pagar a la piba —protestó Juan detrás de mí.

—No se puede prestar la tarjeta —repitió el chofer sin mirarnos como si fuera la única respuesta que tuviera programada.

—Ya pagué uno —intenté decirle, pero no pareció importarle.

—Viaja vos o bajate —sentenció.

No llegué a decirle más. Juan saltó del colectivo y yo salté detrás cuando el tipo arrancó.

Agarramos derecho por la calle Salta, aunque el plural no fuera del todo cierto. La realidad era que Juan caminaba solo mientras yo lo seguía lo más de cerca que podía con un esfuerzo bochornoso. O Juan caminaba demasiado rápido para su edad, o yo demasiado lento para la mía.

Se lanzó a cruzar por mitad de cuadra esquivando por milímetros un taxi que venía de frente. El taxista volanteó y le gritó de todo. Me fue imposible dejar de mirarlo mientras insultaba con medio cuerpo afuera de la ventanilla y cara de enajenado, principalmente porque decía cosas que no parecían hechas para alguien que sencillamente cruzó mal la calle. «*Mierda*» y «*basura*» me hicieron sentir tan incómodo que tuve que concentrarme otra vez en Juan. Para cuando volví a mirarlo, ya estaba alejándose y tuve que pegar un trote para alcanzarlo.

—Juan, ¿a dónde vamos? —me salió en una especie de jadeo.

—A La Boca.

Le faltó decirme estúpido.

—No, sí, claro, pero digo, ¿cómo lo vamos a encontrar sin una dirección? Es grande La Boca.

Me esforzaba por preguntar de forma que no se enojara. Hablar con él se sentía como desactivar una bomba.

El barrio seguía convirtiéndose en un paisaje cada vez más roto. Pasábamos por la puerta de un almacén

abandonado cuando me vibró el bolsillo derecho del pantalón. Tenía cuatro llamadas perdidas de Clara y treinta y seis mensajes. Treinta y cinco eran de ella, el otro era de papá.

En esta segunda batería de mensajes, Clara me pidió por favor que volviera, que lo hiciera por ella. Seguido a eso entró en una etapa de negociación en donde me dijo que yo sabía lo que hacía y que no iba a joder más, pero que le avisara ante el más mínimo quilombo y ella activaba el rescate. Me causó gracia la frase y le contesté.

«Copiado, grupo Halcón»

Me mandó el emoji de fuck you, yo le mandé un besito.

«Cuidate, estúpido» Contestó

Había algo adrenalínico en esa búsqueda mezcla del Carmen San Diego y Policías en acción. Yo era una especie de Watson siguiendo a un Sherlock Holmes zaparrastroso. Admito que sus métodos deductivos eran un poco más polémicos, o a lo mejor sabía cosas que no me quiso compartir, pero en definitiva estaba ayudando a cazar a un criminal. Y me sentí valiente.

Abrí el mensaje de papá.

«No te olvides de llamar a la abuela»

Esa manía que tiene mi viejo de recordar una y otra y otra vez lo mismo como si uno de los dos tuviera alzheimer es algo que me enervó siempre.

—Que viejo pesado —dije al aire.

Juan, que llevaba cinco cuabras ignorándome, giró de golpe y me miró como si lo hubiera pateado en el culo. Ninguno hablaba, ninguno se movía.

—No, no se lo decía a usted —intenté explicarle —Me llegó un mensaje de mi viejo pidiéndome que llame a mi abuela, que encima ya me lo dijo mil veces, porque todo lo dice mil veces, es como si pensara que el otro es estúpido...

Se me enredaron las palabras y no sé qué más dije. Mis brazos tenían vida propia y se revoleaban por el aire. Yo tartamudeaba y la cara de Juan juntaba sangre. Llegó hasta el rojo fosforescente antes de hablar.

—¿Buscar a mi bebita, que andá a saber cómo la estará pasando, te parece de pesado?

Tenía los ojos inyectados en sangre. Tragué saliva y miedo antes de contestar.

—Discúlpeme, Juan, de verdad. No le hablaba a usted, hablé al aire. Pero la vamos a encontrar, va a ver. La Jose es inteligente, se va a saber cuidar hasta que la encontremos.

—¡Mierda que es inteligente! Yo le enseñé a ubicarse mirando las estrellas. La podés dejar en la mitad de Villa Domínico que va a volver a casa más rápido de lo que podrías volver vos. Y no me mires con esa cara de estúpido. ¡Andate ahora si te parezco pesado!

De repente tenía en la mirada dos nubes de tormenta. Grises, relampagueantes y amenazadoras, y la palabra justa hubiera hecho que estallaran, estoy seguro. Así fuera lluvia o rayos. Mientras tanto a mí se me metió la geografía de Avellaneda en la cabeza y se fue a dar vueltas con las palomas y los próceres argentinos para confundirme cada vez más. Si hablaba, la cagaba. De eso también estaba seguro. Le apreté el brazo con la intención de que

lo tomara como un gesto de apoyo, aunque lo pensé demasiado y salió cualquier cosa. Quedó como uno de esos apretones de manos incómodos en donde uno saluda muy blando y el otro muy fuerte, pero así y todo, sentí cómo se aflojaba y pude respirar. Dentro de toda mi cobardía, me sentí un poco valiente.

Pasamos por Parque Lezama en donde quedaban todavía las estructuras de algunos puestos de feria que no habían podido ser por la lluvia. Tenía las piernas cansadas y me dolía la cintura. Me sentí enclenque, joven solo por papeles y un tanto patético. Quizás lo más prudente hubiera sido que Juan continuara su búsqueda solo. A lo mejor, si no aparecía al terminar la tarde, al día siguiente yo podía montar guardia en la plaza por si Josefina aparecía por ahí. Pero tenía que esperar un poco más para que no pensara que no quería ayudarlo.

Ya tenía la espalda que parecía una sopa y el subibaja de las veredas no se me hacía para nada agradable, pero antes de que llegara a proponer parar un rato, Juan cruzó unas rejas negras y se metió en una iglesia. Una placa de mármol sobre la puerta de entrada decía *«Parroquia de S. Pedro. Agregada a la basílica vaticana. 22 de febrero 1930»*. Me hizo acordar a la iglesia de mi pueblo y la miré un segundo antes de entrar. Era una construcción chica. El frente estaba pintado de un rosa gastado y manchado de humedad, pero el interior estaba mejor mantenido y, sobre todo, limpio. El patio externo tenía un piso en damero idéntico al de la iglesia donde yo

tomé la comunión que me hizo preguntarme si las construían a todas con el mismo plano como si fueran esas casas prefabricadas, pero en versión eclesiástica.

Me imaginé una máquina gigante escupiendo réplicas exactas de la misma iglesia en una cinta transportadora como en un dibujo animado y me reí un poco por lo bajo, pero por colgarme con eso perdí de vista a Juan.

Entré, me santigüé inclinándome un poco sobre una rodilla y para subir se me escapó un quejido que me agregó diez años. Miré para todos lados buscando a Juan; en los bancos había dos o tres personas sentadas o de rodillas repartidas por todo el lugar y una señora de bastón tocando los pies de una virgen en la nave derecha. Detrás de la señora, alcancé a verlo entrar por una puerta lateral que se camuflaba con la pared y me apuré hacia allá. Llegué justo después de que terminara de cerrarla y dudé un segundo si entrar o esperarlo. Por un lado, habíamos llegado juntos y era difícil no ver a un armatoste como yo esperando a la salida, pero por otro, nada me garantizaba que ese hombre que me había ignorado la mitad de la mañana no saliera por otra puerta.

Que fuera él quien me perdiera a mí, me hubiera facilitado las cosas. En ese caso no necesitaba excusas para volver a casa, pegarme una ducha y cambiarme la remera. Pero ¿cuánto era necesario esperar? ¿Veinte minutos? Después, si le interesaba que estuviera con él, tendría que salir a buscarme. O no, porque Juan era rápido para ofenderse. Y después me lo iba a tener que

cruzar por el barrio. Me imaginé los reproches. Y en el mejor de los casos, habiendo encontrado a Josefina.

No me quise imaginar el panorama de no hacerlo.

Resolver la duda me llevó un rato, pero al final opté por abrir despacio y asomar un poco la cabeza.

—No seas hijo de puta —escuché.

La voz que lo había dicho no parecía contenta, aunque tampoco agresiva. Le siguió un silencio y me quedé escuchando.

—Perdoname —dijo la voz de Juan —a veces me cuesta.

—Ya sé, Chicho, pero hay cosas que tenés que respetar.

¿Chicho?

Quise asomarme un poco más para escuchar mejor y pateé una lata de pintura que hizo un quilombo desmedido.

—¿Si? —escuché a la misma voz de antes —Decime en qué puedo ayudarte. ¿Estabas espiando o querías meterte cuando no hubiera nadie?

No sé por qué entré sin golpear, no era que estuviéramos en una misión secreta, pero ahora al descubierto era cierto que a cualquiera le hubiera resultado sospechoso. Busqué a Juan que me miraba con una mueca que podría o no haber sido una burla y me volví a mirar al hombre que me hablaba.

—Disculpe, Padre, no quería entrar. O sea, sí, pero porque estaba siguiéndolo a él. En realidad, vengo con él, pasa que camina rápido y lo pierdo a cada rato.

Si pudiera elegir un superpoder, pediría no trastabillar tanto al hablar cuando me pongo nervioso. O mínima-

mente poder explicar una idea. Cosa que me hubiera venido bien para ese momento, pero también hubiera sido muy útil para todos esos orales en los que me llevé un dos de regalo.

—Chicho, ¿lo conocés? —preguntó el sacerdote con pura seriedad.

—No, ni idea —contestó Juan.

Lo odié. Miraba alternadamente a los dos hombres y le hacía gestos con los ojos a Juan para que explicara algo, pero seguía duro y con cara de nada.

—Perdón, Padre, me voy —fue lo único que pude decir y me di media vuelta con una mezcla de vergüenza y odio que sentí en la boca.

Juan empezó a reír a carcajadas y al escucharlo sentí un calor hirviente que me subía desde los pies hasta la punta de la cabeza. Era una olla a presión en zapatillas. Me di vuelta y los vi a los dos reírse mientras se acercaban a la puerta. Las orejas me quemaban y tenía la garganta hecha un nudo.

El sacerdote se acercó y me palmeó el hombro muy suave. Tendría la edad de Juan, pero el gesto me hizo acordar al de un abuelo mucho más mayor. Debe ser alguna estrategia que enseñan en el seminario, porque fue al instante como si alguien hubiera sacado la olla del fuego. —Me dijo Chicho que estaba con un amigo buscando a Josefina. Pensé que me estaba cargando, pero nunca lo vi tan preocupado así que debe ser verdad.

Si me iba a joder así, bien podría buscar solo.

—Me llamo Jorge —dijo y me extendió la mano.

—Federico.

El padre Jorge volvió a mirar a su amigo y le hizo un gesto con la cabeza.

—El baño es esa puerta, fijate que tengo alguna toalla en el mueble de la derecha. Y donde te encuentre otra vez con el vino, te reviento. Voy con el pibe al comedor.

Salimos de la habitación y cruzamos la nave principal hasta el otro extremo en donde una puerta similar nos llevaba a un patio y de ahí a otro edificio. Pasamos una puerta de chapa verde igual de baja que las dos anteriores y pensé en si eso tendría alguna razón. Si el presupuesto santo no alcanzaba para puertas de tamaño normal o si antes la gente era más petisa. O quizás la idea fuera que los feligreses cruzaran de rodillas. No quería ofender a Dios, pero mis rodillas no estaban en condiciones.

El comedor era un tinglado alto, con bancos y mesas largas. Era media tarde, pero me sorprendió no ver a nadie.

—Se pone a la noche —dijo el padre Jorge.

Le sonreí automáticamente porque siempre me divertía la gente que podía leer el pensamiento de otros. Mi mamá era igual.

Nos sentamos enfrentados en uno de los extremos de la mesa. El padre Jorge me miraba con la misma media sonrisa de Juan. Tenía una mirada apacible, pero no tranquila, como si me estuviera midiendo.

—¿Lo conoce hace mucho a Juan? —pregunté más por incomodidad, aunque la curiosidad era genuina.

—Mucho más de lo que me gustaría —me contestó.

No conocía mucho de la vida de Juan porque nuestras charlas eran de ascensor y siempre más o menos iguales. Sabía que era de los más nuevos de la Plaza Congreso y que Josefina no era muy grande, pero nada más. La única vez que había profundizado un poco fue cuando me contó de cómo había levantado a la perrita de la calle.

Miré hacia la puerta de chapa y pensé que tendría unos minutos para hablar a solas con el padre Jorge.

—¿Dormía por acá? —aproveché a preguntar como quien no quiere la cosa.

—Sí, bah, a unas cuantas cuadras, pero no es muy lejos tampoco. Y yo dormía en mi casa, a tres o cuatro cuadras de donde estaba la suya. Siempre fue un barrio humilde, pero digno.

Sonrió al contestarme, creo que porque debo haber puesto cara de perdido. De haber sido ajedrez, yo hubiera sido un adolescente haciendo una apertura básica contra un Kasparov sonriendo de la misma forma.

—Nos conocemos desde chicos —siguió Jorge —Entramos juntos en la escuela número cuatro que está acá a la vuelta, y un par de años más tarde nos hicimos mejores amigos.

Me dió vergüenza no haber pensado a Juan en otro escenario que el de la plaza, pero más vergüenza me dió que el Padre Jorge se hubiera dado cuenta. Me miraba sin juzgarme y más bien divertido. Me transpiraban las manos y había empezado a mover el pie sin darme cuenta. —Relajate, es más común de lo que pensás. Incluso

a mí me ha pasado y eso que ya con Chicho debería estar acostumbrado.

Volvió a llamarme la atención el apodo.

—¿Por qué «Chicho»?

—Así le decía la mamá. «Chichito» en realidad, porque «Chicho» era Juan padre.

Cuando terminaba de hablar hacía una pausa que parecía una invitación a preguntar lo que no me animaba, aunque no estaba del todo seguro.

—¿Y vos de dónde lo conocés? Hasta donde sabía, era un tipo de pocos amigos.

Tardé en responder porque seguía pensando en el pasado en común entre el padre Jorge y Juan y la pregunta me agarró desprevenido.

—De la plaza. Yo salgo con un grupo a repartir algo de comida entre los que duermen ahí y lo veía todos los días. Aunque para ser sincero, me hice más amigo de la Josefina.

—¿Y quién no? —me contestó él.

Nos reímos los dos y algo en la mirada del cura se relajó. Quería preguntarle sobre el pasado de Juan, pero no sabía cómo y hasta dónde meterme ahí. Un nuevo timbre desde el bolsillo me distrajo. Tenía cuatro mensajes sin leer de mi viejo y bloqueé rápido el teléfono. A veces el «si no lo veo, no existe» es útil aunque no tenga sentido.

—¿Está todo bien? —me preguntó el padre Jorge.

—Sí, pa —se me escapó.

El padre Jorge me miró y se rió.

—Prefiero «Padre». «Pa Jorge» me suena un poco raro, pero decime como te sientas más cómodo —dijo y me guiñó un ojo.

Me debo haber puesto como un tomate.

—Y ¿cuál es la historia de Juan? —le pregunté para salir de ese momento incómodo.

—¿No se la deberías preguntar a él?

Mi despeje fue rústico, lo sé, pero no solo me lo frustró sin piedad sino que me dejó todavía peor parado. No sabía si hacer como que no tenía importancia, inventar algo o decirle directamente que no sabía cómo salir de la situación y que prefería conocer un poco del hombre que me estaba arrastrando por ahí. Jorge parecía un tipo sensato, pero se lo veía muy amigo de Juan. ¿Cómo saber para quién iba a jugar? No porque Juan fuera del equipo contrario, la verdad es que daba la impresión de que estaba preocupado por su perrita y nada más, pero algo en tanto misterio con el Bernardino me inquietaba.

Jorge me miraba y a mi se me enroscaba todo eso en la cabeza. Se sumó a ese despelote un reloj en cuenta regresiva de los que aparecen en un examen oral cuando no tenés ni idea de lo que te preguntaron.

—Juan habla poco —intenté.

Me miró y me la dejó pasar.

—A ver, la historia de Juan. La historia de Juan empieza antes que Juan. El padre era, con perdón de Dios, un hijo de puta con todas las letras —hizo un ademán hacia el techo —Chicho se aparecía a cada rato en casa

con moretones. Venía a verla a mi vieja. Se le tiraba a los brazos y empezaba a llorar.

Jorge gesticulaba mucho al hablar y el tono de su voz recordaba al de una anécdota trágica.

—Juan padre le llevaba más de diez años a doña Luisa y ella era muy chica cuando se conocieron. Se casaron en Catamarca, de donde era toda la familia. El tipo enseguida se la trajo para Buenos Aires y ella nunca más volvió. Acá la fajó siempre, pero cuando nació Chicho fue peor. Volvía borracho y la fajaba durante toda la noche. Chicho zafó unos años porque Juan padre era borracho, pero no boludo. Pero con el tiempo lo empezó a fajar a él también.

—¿Todo esto se lo contó él?

—Ella. Estaba muy solita. A veces necesitaba hablar y yo le prestaba la oreja.

—¿Y ella nunca intentó escaparse de ese tipo?

—Eso es medio de película. No siempre es tan fácil.

—Bueno, pero aunque no sea fácil, mejor que estar con una persona que te pega todo el día tiene que ser.

—El tema es que el tipo era un borracho, pero doña Luisa no trabajaba ni había trabajado nunca y tener para comer dependía de él. Y una madre por un hijo hace cualquier cosa, pero eso Chicho nunca lo entendió. Siempre le reprochó que hubiera dejado que el padre los fajara y la realidad es que la pobre mujer no conocía otra salida.

Se escuchó un golpe contra la chapa que casi me mata del susto. El Padre Jorge pareció no darle importancia.

—Una paloma —dijo, pero se levantó a inspeccionar una ventana.

El Padre Jorge era bajo y tenía la espalda desmedidamente ancha. Parecía un bloque de cemento en manga corta que golpeaba con el canto de la mano un extremo del marco de la ventana que se había hinchado y desencastado por la humedad. Sus manos eran gruesas y pesadas y donde terminaba la manga derecha se podía ver la punta de un tatuaje gastado. Me intrigó una cicatriz larga y desprolija en el antebrazo derecho y cuando levanté la vista me encontré con sus ojos que me miraban. Sin decir nada dio unos golpes más a la ventana y volvió a la mesa.

—Después no fue fácil como adolescente. No fuimos fáciles, vamos a decir la verdad. La muerte de su papá fue una bendición por un lado, pero lo obligó a salir a laburar de pibe para mantener a su mamá que, como si fuera poco, enfermó muy mal.

—¿Qué le pasó?

—Primero fue el reuma. La tuvo mal mucho tiempo. Pero lo que la mató en vida fue la cabeza, pobre Luisa.

—¿Y Juan padre de qué murió?

El padre Jorge me miró y se hicieron unos segundos de silencio. Se volvió a mirar la ventana sobre la cual se detuvo otro tiempo más.

—Lo mataron. Pero no viene al caso —contestó cortante

—Después se encarriló bien. En el planetario conoció a Cristina y estuvimos muy bien hasta que Chicho conoció a ese hijo de puta —La mirada del Padre Jorge

seguía perdida en la ventana y había algo tenso en toda su postura. —Hay gente que es como un agujero negro. Te chupa y de ahí ya no podés zafar solo.

Era raro. Hablaba conmigo, pero no. O más bien, hablaba conmigo, pero desde otro momento. Como perdido en un recuerdo que yo no sabía si interrumpir. Me daba la impresión de que podía llegar a ser como despertar a un sonámbulo, que no sé si será mito o no, pero no estaba dispuesto a probar. Me mantuve lo más quieto que pude, aunque en ese silencio, hasta respirar parecía un escándalo. Jorge seguía absorto en esa ventana con la espalda recta como la de un soldado y pareció salir de su recuerdo cuando su cuerpo no aguantó más la tensión.

—Este Bernardino se alejó del camino de Dios hace mucho y con él arrastró mucha gente —volvió. El discurso de Dios ahora parecía forzado. Se notaba en el Padre Jorge el intento fallido de retomar la mirada parsimoniosa.

—¿Usted lo conocía? —le pregunté. Me molestaba no poder hacerme una imagen del tipo y necesitaba que alguien menos críptico que Juan me ayudara a tener alguna idea de a quién buscaba. Hasta el momento me sentía persiguiendo al Hombre invisible.

—Para ser sincero, nunca tuve el placer, pero Chicho cambió el día que este tipo entró a su vida, de eso no hay dudas. De eso y de que la pasó muy mal. Perdió todo lo que tenía, incluso a Cristina, y eso lo liquidó. Hay cosas de las que es muy difícil reponerse.

Cuando estaba por preguntar el porqué de todo eso, Juan entró por la puerta. El Padre Jorge se dio vuelta y nos invitó unos mates.

—Creo que tengo unas facturas. Pongo el agua —dijo con una sonrisa como si toda la conversación que acabábamos de tener no hubiera existido nunca y salió.

Juan se sentó en donde había estado el Padre Jorge. Estaba limpio y me sorprendió que no era muy distinto a como lo veía habitualmente. Esa sorpresa me dió un poco de vergüenza y agradecí que ya no estuviera el sacerdote para leerme la mente. Juan se frotó la cara con ambas manos hasta quedar quieto como si estuviera llorando o durmiendo sobre sus palmas.

Me acomodé en el banco haciendo un poco de ruido, pero Juan no se movió. Volví a intentarlo y le agregué una tosecita y esta vez sí. Levantó la cabeza con una lentitud exagerada y habló con los ojos entrecerrados.

—Espero que tenga tortitas negras.



Tenés idea? —preguntó Juan y chupó fuerte la bombilla que avisaba que el mate ya no tenía agua. —Nada, Chicho, pero al comedor vienen todos los muchachos que andan siempre por la zona. Si decís que anduvo por acá, a lo mejor sacás algo. Quedate un rato más y les preguntás. —miró hacia un reloj colgado sobre la puerta. —Vengan, denme una mano que ya los chicos están en la cocina terminando y a vos te veo bien para levantar las ollas —me dijo flexionando su brazo en señal de fuerza.

No entiendo por qué la gente se toma esas licencias. Sí, soy grande y tengo fuerza, pero no por eso me gusta usarla. De hecho, preferiría no tenerla. Todo el mundo me hace levantar lo que les genera un esfuerzo levantar a ellos como si a mí no me pesara y termino todo chivado. Debería poner una mudancera y cobrar.

Cuando entramos al comedor, un grupo de cinco personas ordenaba cucharones, bandejas y cucharas de plástico. Atrás, en la cocina, sobre las hornallas, seis ollas de cuarenta centímetros de ancho y un poco más de

alto llenas de guiso de lentejas esperaban para ser llevadas al comedor. Ayudé a un pelado grande como yo a llevar las ollas que se vaciaban a una velocidad de no creer. Llevada la última, me senté en una banqueta a tomar aire y secarme un poco. El padre Jorge estaba a unos pasos mirando el comedor repleto.

—¿A cuánta gente le dan de comer acá? —le pregunté mientras veía cada una de las mesas agolpadas de gente.

—Cada vez a más —la expresión de Jorge emanaba desesperanza. —Te juro que este mundo me sorprende. Cuando empecé con el comedor lo hice con tres mesitas, dos cacerolas y la esperanza de algún día dejar de usarlas. Y mirá lo que es ahora.

Jorge miraba hacia el extremo de uno de los tablones cerca de la entrada en donde dos hombres se peleaban por el pan.

—¿Ves al de campera azul? —con la cabeza señaló hacia el tablón contiguo a la pelea.

Asentí mientras observaba a aquel hombre de mirada triste. Tenía la barba desprolija y el borde del bigote lleno de guiso. Comía mirando fijamente un poco más allá de su plato y sin hablar con nadie.

—Ese hombre es carpintero y no sabés qué buen tipo. Tenía una fábrica de muebles acá nomás; modesta, pero con un par de empleados y todo. En algún momento se le puso cuesta arriba, empezó a tapar cheque con cheque, tarjeta con tarjeta y terminó por cerrar con la crisis del dos mil uno.

—¿Pero no tenía familia o amigos?

Intentaba imaginarlo en otro escenario, quizás cepillando una puerta o encolando la pata de una mesa, pero su mirada gris y la campera desgastada lo clavaban a esa mesa comunitaria.

—Vos sos joven —me dijo y parecía que se lo estuviera recordando a sí mismo —pero a veces, cuando hay hambre, no hay familia que valga. La mujer lo dejó y se llevó a los hijos a Córdoba.

La pelea por el pan había empezado a escalar y Jorge corrió a intervenir antes de que empezaran los golpes.

Me sobresalté al ver a Juan aparecer de repente al lado mío. No lo había visto venir.

—Lo vieron en lo del Rengo Joselovsky —dijo.

—¿Cómo es que se conocen todos con todos? —dije sin pensar mientras me limpiaba la transpiración de la cara con la remera.

—¿Todos quienes? —me cruzó Juan.

La pregunta me cortó la respiración a la mitad. Juan me clavaba la mirada entre los ojos y no parecía dispuesto a dejar de hacerlo. Se me vino a la cabeza la forma rara de Jorge de contar que a Juan padre lo habían matado y la mezcla del recuerdo con la mirada punzante de Juan me dió un escalofrío que me recorrió la espalda. Decidí no maquinarme con eso.

—No nos conocemos todos con todos —dijo sin abandonar el tono de reproche.

El estómago me rugió como si me hubiera tragado un león. En lo que iba del día, había comido un pancho

y una medialuna, y eso no alcanzaba para mantener mis casi dos metros en funcionamiento. Afuera ya estaba oscuro y había vuelto a lloviznar. Supuse que sería tarde, aunque no tanto porque desde el portón de entrada todavía se veía movimiento en la calle. Juan fue hacia las ollas y sirvió dos platos de guiso. El que me alcanzó a mí rebalsaba. Fue con el suyo hacia una mesa y se puso a comer con la mirada clavada en el plato y dando mordiscos intermitentes a un pedazo de pan. Hubiera preferido el guiso de mi abuela, pero estaba famélico y muy cansado. Las piernas me mataban y me sentía transpirado y sucio. Mientras comía, miré a la gente del comedor. La mayoría eran hombres, pero la edad era variada y, aunque algunos parecían más prestos a hablar, nadie parecía estar en grupo.

Volvió a sonar el teléfono en el bolsillo. Mi viejo me estaba llamando. Dejé que sonara hasta que cortó, pero apenas dejó de sonar volvió a la carga con una segunda llamada que tampoco atendí. Me podía imaginar el tono que tendría, lo había esquivado durante todo el día y se ponía cada vez más difícil. El intendente, la versión laboral de mi viejo aunque estuviera en casa, no estaba muy acostumbrado a que no se hiciera lo que él quería, y desde que no estaba mamá, eso se notaba todavía más. El teléfono sonó por tercera vez, ahora por más tiempo. Atenderlo en ese estado implicaba gritos, reproches y un interrogatorio. El párpado derecho me empezó a temblar. Últimamente pasaba con más frecuencia y podía llegar a

durar horas yendo y viniendo. Me lo pellizqué un par de veces. No resolvía nada, pero lo calmaba por un rato.

Juan apareció por mi mesa, agarró el plato ya vacío y lo llevó a la cocina. Me fui hacia donde estaba el Padre Jorge para despedirme y antes de que pudiera decirle algo, me agarró de la muñeca y se tomó unos segundos. —Cuidate.

Terminado de decir esto, fue al encuentro de Juan que se acercaba a nosotros, le hizo un chiste, lo abrazó y rieron los dos.

Fue raro. Me dio la impresión de que iba a decir más. Quizás el «cuidate» era un latiguillo, mucha gente lo dice cuando saluda.



Caminamos por avenida Patricios hasta Brandsen y empezamos a alejarnos rodeados de balcones con banderas de Boca. Desde un estacionamiento se escucharon gritos y canciones de cancha y al pasar por la puerta vimos al playero, que alternaba entre gritar la canción y putear a jugadores de ambos equipos, mirando la repetición del partido del domingo en un televisor catorce pulgadas colgado de una esquina de la oficina.

Juan tenía ojeras y bostezaba cada dos minutos, pero mantenía un paso firme y rápido.

Mientras lo miraba, no dejaba de pensar en la conversación con el Padre Jorge. Pensaba en Juan, en la infancia de mierda que le había tocado, en doña Luisa y las ganas de proteger a un hijo sin saber cómo. Me sentí culpable de haber esquivado a mi papá los últimos días.

Había dos cosas que todavía me inquietaban. La muerte de Juan padre, con una explicación corta y misteriosa, y el «*cuidate*» del padre Jorge. Quizás Juan era un pobre desgraciado al que le tocaron malas cartas en el juego

de la vida y nunca pudo repuntar, o a lo mejor era un psicópata peligroso a punto de asesinarme.

Lo miraba caminar con una mirada triste apuntada al suelo y, como por contagio, sentí una angustia punzante cuando se me apareció en la cabeza la imagen de Josefina llorando sola y lastimada en un rincón oscuro.

—Va a estar bien, la vamos a encontrar —dije más para mí que para Juan, que llegó hasta la esquina en la misma postura que traía.

Antes de que el semáforo cortara para cruzar avenida Hornos, Juan me agarró de un brazo con una mano y se acercó como para decirme algo. Tomó aire, pero no dijo nada y sentí un poco de presión en el brazo.

—Gracias —soltó. Tomó aire e hizo otra pausa. —Vos sos un buen pibe, un muy buen pibe

Sentí más presión en el brazo. La voz de Juan era temblorosa y sus ojos brillantes. Había quedado flotando un silencio que interrumpió desde atrás una pregunta con tono de orden.

—Muchacho, ¿todo bien?

Me asusté otra vez. Evidentemente no manejo bien los sonidos que salen de la nada. Me di vuelta y ví a un policía que nos miraba atento. Taquicardia. Me sentía culpable, aunque no sabía de qué y se me vino a la cabeza el bar de La Vieja Puta, pero, primero, no había forma de que él pudiera saber de eso y, segundo, tampoco habíamos hecho nada ilegal. El policía me miró, después miró a Juan y de nuevo a mí, pero con una mirada distinta,

de pregunta real. Sentí que Juan me soltaba el brazo. Giré la cabeza, vi el odio con el que miraba al policía y entendí. Pensé en devolverle la broma que me había hecho en la parroquia, pero me imaginé que podía llegar a terminar mal y me limité a sonreír.

Tomé aire y me concentré en no balbucear sin sentido. Lo último que necesitábamos era que demoraran a Juan en una comisaría. Me entregué a que el taller de teatro que había hecho en la secundaria me sirviera de algo, pero, tenía el cerebro en blanco.

—Si, todo bien, gracias —hasta ahí era lo obvio, tenía que encontrar algo más.

El policía me miraba.

—¿Seguro? —preguntó mirando hacia Juan

Empecé a hablar por pura inercia.

—Si, todo perfecto. Es que se nos había perdido, pero por suerte lo encontramos. Ahora lo llevamos para la habitación —le guiñé el ojo al oficial mientras indicaba con la cabeza hacia el otro lado de la autopista que teníamos cruzando la avenida. —Agarresé, mi amigo, que nos vamos —le ofrecí el brazo a Juan con el sentimiento de victoria a flor de piel. Ni Maradona podría haber cintureado así.

Sus ojos estallaban en llamas y me hicieron arrepentirme de lo que me había parecido una salida ágil y ocurrente. Sin dejar de mirarme, Juan me tomó del brazo despacio y eso me recordó la escena de una película en la que el personaje apoyaba delicadamente un vaso sobre una mesa

para después voltearla en el aire y estallar en una furia violenta. Rogué porque Juan no la hubiera visto.

La expresión del oficial cambió, relajó el ceño y me preguntó si quería que me acompañara. Le dije que no hacía falta, que estaba todo controlado, pero él insistió más. Empezó a caminar con nosotros desde atrás, manteniendo una distancia. Era como caminar delante del pelotón de fusilamiento.

—Habla poco, pero es bueno —dije hacia atrás sin que el policía respondiera.

Sentía cómo Juan me apretaba el brazo clavando la mirada al frente. Aguanté el dolor durante todo el cruce por debajo de la autopista y la cuadra que nos separaba del hospital.

Llegamos a la puerta del Borda y saqué el celular. Era tarde y la avenida Carrillo estaba completamente a oscuras. Pasaron dos cartoneros que no tendrían muchos más años que yo tirando de un carro. Uno le dijo al otro algo sobre la policía, fuerte, como para que se escuchara, y siguieron los dos riéndose. Incluso con el oficial al lado nuestro saqué el teléfono un poco a escondidas. Fingí que marcaba un número y me lo llevé al oído.

—Hola, sí, ya estamos acá. Dale, gracias. Los esperamos —le dije a mi interlocutor imaginario y lo volví a guardar.

—Ya estamos, no se haga problema. Ahora nos viene a buscar un colega suyo que está adentro siempre. Gracias.

—Lo espero, muchacho. No se va a quedar solo.

Hizo un gesto con las cejas hacia Juan.

—No está solo, estoy yo —lo azuzó él.

—Por supuesto, caballero —le respondió con una voz impostada.

El policía mantenía su distancia y volvía insistentemente su vista hacia Juan que le devolvía la mirada, serio y en silencio, sin que él pudiera sostenerla. Una gota solitaria caía por su sien y la gemela corría por la mía.

Aposté todo a la última escena y me acerqué al oficial. —Sabe que —rogué porque no se oyera y bajé todavía más la voz —el señor tiene un delirio paranoide y puede llegar a reaccionar, a lo mejor, no del todo bien. No sé si me explico.

Se hizo un silencio en el que temí por la historia. Lo del delirio paranoide lo había sacado de un programa de televisión, pero sonó bien. Me miró a mí, a Juan y después hacia la rampa de acceso al hospital. Finalmente saludó con la cabeza, dio media vuelta y se fue a un paso que mal disimulaba su apuro. Si tuviera que dar una opinión, diría que hasta parecía aliviado. Son muchos los que le tienen miedo a los locos. No sé si porque los relacionan con la imagen del violento completamente enajenado o porque no pueden manejar lo imprevisible. En el pueblo anda «*El Loco Chirola*», que debe haber nacido con la plaza principal porque está ahí desde siempre. Todo el mundo le dice así y no sé si alguien sabe algo más de su vida. Algo cierto, porque historias sobre El Loco Chirola hay un millón. Dentro de lo más coherente, escuché que era maestro y que enloqueció cuando murió la mujer en

un accidente de tránsito ahí cerca de la plaza. También escuché esa misma versión pero siendo bombero y en un incendio, aunque para el caso, El Loco es más bueno que el pan. Me hace acordar al del tango ese del melón en la cabeza y las banderitas de taxi porque es así, un loco inofensivo, pero loco y ese es el tema. Mucha gente lo ayuda, pero también son bastantes los que lo miran raro y lo esquivan. Mi viejo es uno de esos. Yo sé que le tiene miedo. Pobre Loco. No hace más que mover bolsas de un lado al otro de la plaza y a lo sumo hablar solo. Cada tanto me pregunto si él sabrá que está mal de la cabeza.

Vimos al policía alejarse. El único sonido además de sus pasos era el de un auto que pasaba a lo lejos y se me hizo eterno.

—¿Así que tengo pinta de loco? —me soltó cuando el oficial estuvo lo suficientemente lejos.

—Perdón, Juan, es lo primero que se me ocurrió.

—¿Soy un asesino serial o de esos que hablan con los pájaros y se comen su propia mierda?

—Ninguno, Juan, ninguno —ya me empezaba a atropellar como siempre —es que me asusté, está mal, yo sé que está mal y le juro que me siento horrible, no quise ofenderlo. Discúlpeme.

Juan hizo una pausa. Ya no tenía la mirada desorbitada, ya no respiraba agitado ni apretaba la mandíbula. Su pulgar que refregaba mecánicamente al índice de un lado al otro. Se escuchaban gritos desde el pabellón del fondo

del hospital, una luz blanca fluorescente se escapaba de las ventanas enrejadas de algunos pisos e iluminaba el exterior raído de la construcción. No había movimiento por ningún lado excepto el de la bandera gastada del mástil central que ondulaba por una ráfaga de viento.

—Yo estuve acá una vez —dijo con la voz perdida y la mirada en dirección a los gritos. Después se volvió hacia mí —pero no estoy loco.

Asentí, queriendo desaparecer del mundo.

—¿Qué hubiera estado mal de decirle que estabas ayudando a alguien a buscar a su perra? ¿Es ilegal? —ahora hablaba despacio, pero sin esperar una respuesta.

El silencio que se hizo me sepultó.

—Juan...

—Olvidate, pibe. Olvidate. Vamos.

Pasamos el hospital Muñiz y doblamos unas tres o cuatro veces por calles diagonales que me desorientaron. Le pregunté dónde estábamos, pero no me contestó.



La puerta eran dos hojas de hierro agarradas por una cadena con un candado oxidado colgando por dentro. El candado atravesaba dos eslabones, pero no estaba cerrado. Juan lo sacó, desenroscó la cadena y me hizo pasar. Una vez adentro, pasó los extremos de la cadena por entre los barrales de cada hoja sin enroscarla, dejó el candado en el suelo y lo miró. Estaba tan concentrado que parecía Indiana Jones a punto de cambiar el tótem de oro por el saco de arena.

—Ya está. Vamos.

No había hall ni pasillo. Después de la puerta de entrada, nacían directamente unas escaleras de mármol. En el primer recodo, había una puertita de chapa con la letra «A» pintada. Seguimos subiendo hasta otra puerta más rota, pero un poco más grande, que cerraba el camino. Juan se dio vuelta, se acercó y me dijo en voz baja: —No hacés ruido, no hablás y si te preguntan la hora ponés cara de que los vas a matar a todos, ¿escuchaste? Parate derecho.

Asentí mudo porque la boca se me había secado.

Me saqué el reloj y lo guardé en el bolsillo. Las manos me sudaban como nunca. Era la primera vez que veía a Juan intranquilo. Intenté serenarme con ejercicios de respiración que me alteraron todavía más. En la oscuridad, practiqué la cara de violento y peligroso; procuré meterme en el papel, me imaginé ahorcando a un hombre hasta matarlo, pero, aunque no pudiera verme, sabía que no estaba ni cerca. Pensé en ir por una cara seria, neutral. Si no podía parecer peligroso, por lo menos no tenía que parecer asustado.

Juan dio dos golpes a la puerta y esperamos. Que no se escuchara ni el más mínimo ruido resaltaba mi respiración agitada por las escaleras y el miedo. Rogué porque no hubiera nadie e incluso llegué a ilusionarme hasta que empezaron a oírse unos pasos.

Descorrieron un pasador con violencia y abrieron la puerta. Del otro lado esperaba un hombre alto con mirada hostil y algunos dientes menos. Miró a Juan y rápidamente pasó a inspeccionarme a mí.

—¿Dónde está El Rengo? —gruñó Juan.

El tono y la voz con la que habló me sorprendieron, pero traté de no salir de mi papel de energúmeno en reposo.

—¿Y vos quién sos? —le contestó el hombre.

—A vos no te importa y a él decíle que vino Juan.

Sentía las manos cada vez más húmedas y las guardé en los bolsillos de la campera. Se me retorció el intestino y se escuchó. El hombre de la puerta me miró, yo luché porque no se me escapara un pedo y porque la mueca de dolor no desplazara mi intento de expresión de matón.

Se dio vuelta y se fue.

—¿Qué hacemos? —le susurré a Juan.

Me devolvió con la mirada una orden de hacer silencio y la acaté como un soldado. Tragué saliva y miré alrededor. Había humo en el aire y un olor a solvente mezclado con anís.

De una de las habitaciones volvió a salir el hombre que nos había abierto la puerta con dos personas por delante. Uno era petiso y sus brazos eran demasiado largos para su torso, pero el ancho lo disimulaba y le daban el aspecto de un orangután humanizado. Al lado, otro hombre parecía marcar el avance. Era más joven que los anteriores y tenía también más cicatrices en la cara, como algún tipo de rango tácito, una mirada dura y amenazante. Me miró a los ojos como si pudiera ver mis privilegios de estudiante acomodado, y me descartó inmediatamente. En cambio, se puso frente a Juan casi sin dejar espacio entre ellos. Los ojos de ambos estaban separados por cinco centímetros de tensión, ninguno bajaba la mirada y Juan no había cedido ni media pulgada de terreno.

—¿Quién sos? —le preguntó desparramando un aliento a vino y cigarrillo que hasta yo pude oler.

—Ya le dije a tu amigo que estoy buscando al Rengo. Díganle que lo busca Juan.

Juan se mantenía firme, pero esta vez habló con un tono más sereno.

—Vas a tener que hablar conmigo, amigo. El Rengo

está ocupado.

—No hay problema, lo espero. Avísenle y listo —hizo un silencio antes de seguir —Amigo.

El hombre de las cicatrices buscó la mirada del orangután y volvió rápido a Juan con un ademán que se parecía al de un perro mostrando los dientes.

—No, loquito, no entendiste. Primero, que tu amigo entregue el celular.

Para cuando terminó de decir eso, yo ya había perdido el control por completo de mis músculos faciales. Volví a sentir mis manos mojadas incluso adentro de los bolsillos de la campera. Ya no era el corazón lo que sentía en la garganta sino el galope furioso de una tropilla desbocada.

—No trae celular ¿Vos te pensás que es la primera vez que vengo acá, pibe? —Juan le sostuvo la mirada —¿Ves esto? Son canas. Y ya las tenía cuando vos estabas naciendo, así que haceme el favor y avisale al Rengo que lo estoy buscando.

—¿Y vos te pensás que yo soy boludo, viejo? Qué no va a tener celular este gordo cheto. Nano, buscácelo.

El orangután sacó un cuchillo de la cintura y me apoyó el filo en la garganta. Con la otra mano me agarraba del cuello de la campera. De repente sentí el cuerpo helado. Ya no podía ni respirar normalmente y la inspiración entrecortada que me salía no me daba aire. El hombre alto empezó a revisarme los bolsillos y Juan les gritó. —Callate —gritó el hombre de las cicatrices —Acá mando yo.

Y sin que terminara de decir la última frase, el revés de una mano gigante impactó de lleno contra su oreja derecha y lo dejó tirado en el piso semiconsciente. Los otros dos se congelaron al instante, bajaron la cabeza y se echaron para atrás. Estaban pálidos y el hombre alto temblaba visiblemente. El que estaba en el piso se agarraba la cabeza con una mano y tanteaba la pared con la otra. —Disculpame, no te escuché ¿cómo dijiste? —le dijo el hombre que acababa de golpearlo.

Era un urso alto como yo, pero el doble de ancho. Sus manos gigantes y rechonchas parecían de concreto. Tenía un anillo dorado de lo más tosco con una piedra incrustada, ahora ensangrentada, en el anular izquierdo y se apoyaba en un bastón canadiense con la mano derecha. Llevaba una barba de dos días que le empezaba en los pómulos y su voz era ronca y espesa.

—Repetime —le insistió al hombre que ahora agachaba la cabeza desde el suelo — Repetime que no escuché lo que dijiste. ¿Quién manda acá?

Se hizo un silencio. Los miró a los tres uno por uno y repitió la pregunta.

—Vos, Rengo —le contestó el hombre alto antes de que lo golpeará con el bastón en el estómago y lo echara junto con los otros.

—A estos pendejos de mierda les dejás que atiendan el teléfono y se creen los dueños del lugar —dijo mirando cómo volvían a la habitación de la que habían salido —¿Qué hacés acá, Juancito? Dame un abrazo.

Se abrazaron. Yo miraba convertido en piedra. Todavía sentía el cuchillo en la garganta y el galope que había ido subiendo hasta llegar a la cabeza que ahora se me partía en dos.

Finalizado el saludo, El Rengo me miró de arriba a abajo como había hecho Sharon y me extendió la mano. Me esmeré por apretar lo más fuerte que pude, pero la mano del tipo era una prensa hidráulica. Me conformé con por lo menos haber contenido la mueca de dolor.



¿Qué hacés acá? Hacía tanto que no escuchaba de vos que pensé que estabas muerto, mirá y El Rengo lo miró atento. La cabeza de bulldog le rebotaba arriba y abajo en una especie de afirmación. —Mirá, che. ¿Y qué hacés buscándolo?

El tono no era el mismo con el que había pedido el abrazo. Entró a una habitación contigua y se sentó en una silla de madera rezongando.

—Me robó algo y lo quiero de vuelta. ¿Vos lo viste?

El Rengo Joselovsky inspeccionaba su bastón como si estuviera intentando diferenciarlo de una réplica. Después lo dejó apoyado contra la pared y sacó un atado de cigarrillos del bolsillo de su chomba de rosario central. Tomó uno, lo prendió, nos ofreció a ambos sin esperar respuesta y empezó a fumarlo lentamente, mirando hacia arriba en una mueca teatral de rememoración. Hizo gestos con una mano para que tomáramos asiento por algún lado. Juan tomó una segunda silla que había contra la pared y yo solo encontré un cajón de madera cuadrado y bajo. Por segunda vez en la noche quedé

sentado de forma ridícula.

—Siempre con algún asunto ustedes dos, ¿no? —seguía fumando, pero ahora mirando a Juan.

Juan respondió con un gesto.

—¿Lo viste? —volvió a preguntar.

El Rengo bajó la cabeza y empezó a rascarla moviendo toda su mano en un solo bloque.

—¿Qué te robó? —Puso ambos codos sobre la mesa y entrelazó sus dedos. Empezó a jugar con su anillo y al notar que estaba ensangrentado sacó un pañuelo del bolsillo y lo limpió. Volvió a hablar sin levantar la vista.

—Pensé que no te quedaba nada.

—No me robó guita, me robó un perro.

Ahora El Rengo levantó la mirada y dejó de limpiar su anillo.

—Un perro... —repitió.

—Sí, un perro. ¿Sabés dónde lo puedo encontrar? —la postura de Juan era cada vez más tensa, incluso en la penumbra se le veía apretar la mandíbula.

—Qué lindo, ¿cómo se llama? Me encantan los perros. Juan exhaló con fuerza y con lo poco que lo conocía pude adivinar que no le quedaba mucha paciencia.

—Bobby se llama. ¿Dónde para?

—Bobby, ¿en serio? —fingió una risa —Juancito ¿pero qué nombre es ese? Bobby. ¿Dónde están la imaginación, el cariño, el patriotismo? Si yo tuviera un perro le pondría Gardel. O Monzón, Monzón es un buen nombre ¿o no?

—buscó complicidad en mí con la mirada.

Apagó la colilla del cigarrillo en la mesa y se prendió otro sin dejar de mirar a Juan en un silencio absoluto. Ya no se escuchaba ni el ruido del fondo y yo podía sentir mi respiración resonar contra las paredes.

—Pero si andaban como culo y calzón. Juancito siempre con visitas de médico porque afuera lo esperaba su amigo Bernardino ¿Qué les pasó que ahora se andan robando animalitos? Qué feo —exageró el lamento.

Un acceso de tos violento, que no se esforzó por contener, esparcía el aliento y la saliva del Rengo por el aire. Juntó flema con un sonido gutural y lanzó un escupitajo verde y espeso al suelo que casi me hace vomitar.

—Me dijeron que lo vieron por acá —Juan rechinaba los dientes.

—La gente dice tantas cosas, no se le puede creer a nadie.

Del otro lado del cigarrillo, la sonrisa maliciosa del Rengo consumía al mismo tiempo el tabaco y la paciencia de Juan.

—¿Me vas a decir o no, hijo de puta?

El Rengo se enderezó bruscamente en su silla tirando su cuerpo sobre la mesa y puso con un golpe un revólver a su lado. Acercó su cara a la de Juan que lo miraba desde el otro lado a punto de reventar. El corazón, que hasta el momento me zapateaba en la laringe, saltó en caída libre hasta el estómago y un poco más allá. Un shock eléctrico, como si me hubieran dado un picanazo en la nuca, viajó como un rayo hasta las piernas que de por sí estaban entumecidas y quise tragar una saliva que ya no existía.

—Te lo voy a decir cuando se me cante el orto y si se me canta el orto.

Las mirabas pulseaban en el aire y ninguna cedía. En la puerta de la habitación aparecieron los tres hombres del fondo. Uno con un cuchillo en la mano, los otros dos con palos. Como si alguien me hubiera desconectado la visión por un segundo, todo se puso negro y volvió a aparecer desde un círculo central como en un televisor de transistores. Alcancé a ver al Rengo echarlos con un gesto de su cabeza.

—Estas cosas no son gratis, Juancito, vos sabés cómo funciona —dijo el Rengo mientras volvía a inclinarse hacia atrás y amartillaba el revólver.

El clic me retumbó en la cabeza. Veía a los dos sentados uno frente al otro en la mesa como jugando una partida de truco que se estaba por definir con un falta envido, pero el cañón apuntándome al pecho me recordaba que no se estaba jugando a las cartas. Sentí un frío intenso, me mareé y volví a ver negro.

—Y vos sabés que no tengo nada —dijo Juan —¿No te alcanza con que te haya salvado de que te metieran una bala en la cabeza?

—No —contestó el rengo chasqueando la lengua repetidamente —Ya estoy acá, vivo y coleando y negocios son negocios. ¿Qué vale ese «perro» para vos?

—Sos un hijo de puta.

—Sí, pero eso también lo sabías.

Me apuntó, cerró un ojo y fingió disparar.

Saqué el reloj del bolsillo y lo tiré sobre la mesa sin pensar en nada más que en salir corriendo de ahí. El seiko automático que me regalaron para los dieciocho. El ruido que hizo al golpear la madera dolió como si una de las balas me hubiera atravesado el pecho, pero menos letal. O por lo menos no letal en ese momento, aunque me imaginaba el grito que iba a pegar el intendente cuando se enterara.

El Rengo lo agarró y me miró. Volvió al reloj y lo examinó.

—Hermoso —dijo —¿Ves? El pibe sí entiende.

Desamartilló el revólver, lo guardó en la cintura, se puso el reloj en la muñeca izquierda y le sonrió victorioso a Juan que miraba hacia la mesa con la cabeza gacha.

—Acá no vino nunca, pero ¿ustedes no dormían en Dean Funes?



El golpe del revólver me hacía eco en la cabeza y el clic del amartillado cortaba el recuerdo como una guillotina. Me sentía un globo infladísimo luchando por no estallar y me acordé del día en el que me perdí en Mar del Plata y me cargaron en hombros hasta que encontraron a mamá. Junté saliva y escupí a la calle. Siempre me dió un poco de asco ver a los que hacían eso, pero tenía algo indiscutido de violencia y desafío a la autoridad que me hubiera venido bien antes. Lo único que no calculé fue que al no tener experiencia en escupitajos de mediano alcance, era indefectible terminar con la mitad de la saliva en la ropa y una imagen más patética que ruda.

—Perdoname, pibe.

La frase pareció quedarle a la mitad. Le contesté con un sonido y un gesto de la cabeza. Sentía la muñeca izquierda desnuda. Pensé en lo que me iba a decir mi viejo cuando se diera cuenta. Probablemente que no cuidaba las cosas porque no sabía lo que era ganárselas con el sudor del trabajo, como siempre, y medí las ventajas

y desventajas de contarle junto con el abandono de la facultad o en diferido. Por supuesto que no podía decirle que lo perdí pasado la medianoche en una casa tomada por Parque Patricios, pero a lo mejor si le contaba que me habían robado a punta de pistola se apiadaba un poco.

—Yo te lo voy a devolver.

—¿Cómo, Juan? ¿Cómo? ¿Va a revivir a mi vieja para que me regale otro?

Juan caminaba con las manos en los bolsillos del gamulán mirando el suelo. Sentí frío en la muñeca, pero las orejas me hervían. Se me cruzaban imágenes de ese cumpleaños en el campo. Papá y mis tíos asando para cincuenta, mamá atenta a cada detalle, a los invitados, a la comida. Yo no quería hacer nada porque me daba muchísima fiaca eso de estar en todos lados y a su vez no estar en ninguno, además de un poco de vergüenza. Fue mamá la que me insistió en que lo festejara. Me dijo como si se le estuviera partiendo el alma que nunca más me iba a ver cumplir dieciocho. Un argumento que es tan válido para los dieciocho como para los cuatro o los veintidós, pero que en ese momento me sonó irrefutable. O en realidad mamá lo hizo sonar irrefutable. Ella era así.

—Ese reloj era importante.

No lo susurré, pero casi. Juan seguía ensimismado. Caminábamos sin necesidad de mirar para cruzar la calle porque incluso las ciudades que no duermen tienen horas y lugares en las que, por mucho insomnio que haya, no pasa ni un alma.

—Yo te lo voy a devolver.

—¿Cómo, Juan? Lo tiene un gordo mafioso con un revólver —Pensaba en mamá, en Mar del Plata, en El Rengo Joselovsky, en el arma —¿Sabe lo que yo veía en ese reloj?

Tenía todo un discurso para tirarle encima y que se diera cuenta de lo que me había costado su capricho. Quería lastimarlo. O, como mínimo, que se sintiera un sorete.

—¿La hora en la que te metés calentito en tu casa a tomar la sopa? —estaba tan concentrado en el discurso que la respuesta me sorprendió —¿La hora en la que prendés la estufa y te vas a dormir mirando la tele? No sé, decime. ¿Qué mierda ves?

—Es que era...

—Los locos somos así ¿viste? no nos importa nada más que nuestra locura y que nos maten lo único en la vida que no nos mira con cara de asco. Y somos tan insensibles que nos olvidamos de que la gente tiene que ver la hora en algún lado para no perderse la novela de la noche. ¡Pero qué hijos de puta!

—No, Juan, no quise decir eso.

—Si, pibe, sí quisiste. Hacete cargo de eso por lo menos. Tené las bolas de admitir que no me querés ayudar a buscar a la Jose, que te da miedo. Y reconocé también que lo que más miedo te da no es el rengo, es que se entere tu papito de que no estabas en casa tomando la sopa. Andate. No necesito cagones.

—¿Qué tiene que ver mi papá en esto?

—Si querés hacerte el pelotudo, hacete, pero a mi no me hagas perder el tiempo. Tibio.

No pude contestar nada. Seguía pensando en mamá, aunque ahora la imaginaba con cara de reproche. También pensaba en papá y en Juan. En el estúpido de Juan que ahora caminaba rápido mientras yo lo miraba con los pies clavados al suelo. Dobló la esquina sin cruzar la calle y desapareció.



Me dolían las piernas, la cintura, me pesaban los ojos y un dolor de cabeza me estallaba desde las cervicales. Pensé en que ojalá se hubiera ido antes. Si la locura le hubiera agarrado en lo de La Vieja Puta o en la iglesia, no hubiera perdido más que una tarde de lectura. Me senté en el umbral de una puerta de madera y un reflector me iluminó de lleno. Me tapé los ojos casi por reflejo.

Se me vino a la cabeza la imagen de Juan sentado en un umbral similar doce horas antes con cara de desolación, pero el recuerdo del cuchillo contra mi garganta y del Rengo apuntándonos con un revólver me hizo cerrar los ojos como si estuviera cayendo a un vacío. Me dió un escalofrío y lo odié. ¿Qué culpa tenía yo de que le hubieran robado al perro? Un cagón no se hubiera metido en donde me metí. Ni siquiera lo hubiera acompañado de entrada y yo fui sin dudarlo... mucho. No soy un tibio.

Me miré la muñeca vacía por costumbre y después el celular. Eran las tres de la mañana y yo estaba sentado en la calle más oscura de toda la ciudad de Buenos Aires.

Me quedé quieto para que se apagara el reflector y vi cómo el viento volvía a levantar las hojas secas por el aire. El frío en la cara me reconfortó un poco. El dolor de cabeza cedía muy de a poco. Respiré hondo, mantuve el pecho inflado un segundo y al exhalar se escapó con mi aliento el mismo llanto desconsolado de cuando me perdí en la playa. No pude contenerlo. Me tomó por sorpresa y brotaba como una fuente inagotable de agua. Lo único que se escuchaba en la cuadra era ese llanto que intenté ahogar con los brazos y el ladrido agudo de algún caniche que los dueños estarían odiando.

Me llevó unos minutos. Intenté otra vez los ejercicios de respiración. Probé hacerlos cerrando los ojos, pero no podía dejar de ver a los minions del Rengo Joselovsky con su olor a vino y mugre agarrándome de la campera. Tomé aire contando hasta tres y lo solté contando hasta cinco. Lo repetí varias veces. Con un par de ciclos, el aire se empezó a sentir más limpio y ya no me temblaban las manos. Seguí un rato más. Los ojos se empezaron a cerrar solos y apoyé la cabeza contra la puerta.

Cuando volví a mirar el celular eran las tres y media. Todavía tenía mensajes de mi viejo que no había contestado y los dejé sin abrir. Me dije que para no olvidarme de que estaban y otra vez se me apareció Juan en la cabeza gritando. Mantener los ojos abiertos y sostener la cabeza sin la ayuda de la pared eran esfuerzos gigantes. El caniche volvió a ladrar y me pareció que venía de uno de los pisos bajos del edificio de al lado. Amo los perros,

pero odio cuando ladran como histéricos. Mi negro casi ni ladraba y la Jose lo hacía bastante poco para ser una cachorra. Me pregunté si el secuestro sería real. Recordé la advertencia del Padre Jorge. En definitiva, me había dicho que me cuidara y casi más termino muerto en un conventillo. Sentí curiosidad sobre qué hubiera dicho papá en mi funeral. Lo imaginé triste, pero diciendo que si me hubiera dedicado a estudiar como correspondía en lugar de andar caminando por la ciudad con un ciruja, nada me hubiera pasado. Casi podía oír el desprecio en la pronunciación de «*ciruja*».

Tenía también un mensaje de Clara preguntando cómo estaba. Calculé que cuando lo mandó, yo estaría luchando por no morir en ese tugurio de mala muerte, aunque de lucha hubo poco y nada. A pesar de tener el tamaño suficiente como para haber podido revolear por el aire al que me agarró del cuello, me paralicé como un cagón. No estaba en línea, pero a lo mejor se despertaba. Igualmente, ¿qué podía hacer Clara? Más que yo, seguro, pero si algo podía hacerme quedar más pelele de lo que ya parecía, era que viniera a salvarme una enana con voz chillona.

«Estoy bien. Mañana te cuento»

Por las dudas.

El caniche se calló de golpe. Seguramente alguien se cansó y le revoleó una pantufla. Juan jamás le hubiera revoleado nada a la Jose. Su sombra. Ella lo amaba y él la amaba a ella, eso era difícil de negar. Era poco probable

que se hubiera escapado, pero a lo mejor en un descuido la atacó otro perro o la pisó un coche sin que él lo supiera cuando se acostó a dormir.

Me acordé de lo que había dicho sobre enseñarle a la perra a ubicarse con las estrellas y pensé que a lo mejor Juan no estaba del todo en sus cabales. Se me ocurrió que quizás sí sabía lo que había pasado con Josefina y que toda la situación era un invento para hacerlo menos doloroso.

La idea tomaba cada vez más sentido. Qué boludo. Un indigente poco cuerdo de base pierde a su mascota y eso termina por desequilibrarlo. Se inventa una historia para negar la desaparición o muerte de su perrita, en la cual es secuestrada y tiene buscar por toda la ciudad al secuestrador que resulta ser un loco obsesionado con las palomas que casualmente se llama como el primer presidente de la nación. Yo entré como un caballo.

Entre la temperatura que estaba bajando y el sueño que me tenía destemplado, el frío dejó de ser agradable y me enterré todo lo que pude en la campera. En el bolsillo derecho, toqué algo áspero y lo saqué. Era un pedazo de papel de diario doblado que casi tiro, pero algo rebotó adentro. Lo desdoblé y encontré un anillo. Era una alianza con una inscripción en el interior que no llegaba a leer por la penumbra. Me ayudé con la linterna del celular y encontré el grabado que decía «*Cristina 29-01-89*». Recordé a Sharon dándole el paquete a Juan en el bar y al padre Jorge mencionando a una Cristina. Cuándo me lo metió ahí, no sé.

El Padre Jorge me había contado que Juan había perdido a Cristina, pero no de qué forma. A lo mejor murió, o lo dejó. Para ser sinceros, no hubiera sido raro que estuviera un poco loco, pero no parecía una persona peligrosa y no había forma de que un psicópata se preocupara tanto por un animal. Si el tipo estaba chiflado no tenía la culpa y el boludo había sido yo por caer, pero si lo del secuestro era cierto, lo había abandonado en medio de la búsqueda.

No podía decidir si ir a buscar a Juan o volver a casa. La sensación térmica inclinaba la balanza hacia el departamento, pero el anillo en la mano pesaba cada vez más. Se me antojaron un café con leche, un plato de sopa de calabaza o cualquier cosa caliente que contrarrestara el invierno, y justo cuando saboreaba el calor en la boca, volvió el recuerdo de Juan diciéndome tibio.

Yo no soy un tibio. O a lo mejor sí, pero no quiero serlo.

Fui hacia la avenida. Esperé unos minutos en la esquina hasta que pasó un taxi, me subí y le pedí que me llevara a Dean Funes y autopista. El taxista prendió el reloj y arrancó sin mediar palabra. Era un hombre de unos cincuenta años, la cara poceada y manejaba absorto en un tránsito inexistente. Se me hizo el personaje de un videojuego y pensé en por qué los trabajadores nocturnos tienen siempre ese aire lúgubre.

La radio estaba prendida, pero muy baja. Después de un rato le pregunté si había mucho trabajo y si le molestaba trabajar de noche. Echó una mirada por el espejo

retrovisor y me contestó la primera pregunta con un gesto. O quizás la segunda, pero el gesto fue uno solo. Era gracioso verlo mover los labios al compás de Tini. Me imaginé a ese tipo con cara de pocos amigos bailando en una Bresh desatadísimo, con una remera de lentejuelas y una bandana rosa al cuello. Me reí solo y me miró sin ningún disimulo por el espejo retrovisor.

Seguí el viaje mirando pasar la ciudad por la ventanilla. No había más movimiento que el de otros autos o el de algún colectivo eventual y vi cómo empezaban a caer algunas gotas sobre el vidrio. A la tormenta la inauguró un rayo a lo lejos, perseguido por su respectivo trueno, y el cielo se quebró en dos dejando caer una cortina de agua. —Espero que no granice —dijo.

Al frenar en el semáforo se acercó un hombre al auto pidiendo una moneda. Estaba empapado y la lluvia le desdibujaba la cara, pero me hacía acordar a Juan. Lo llamé con la mano para que viniera a mi ventanilla y empecé a revisar la billetera, pero antes de que llegara, el semáforo cambió a verde y el taxista arrancó rápido dejándome con el billete en la mano.

—No hay que darles nada. Se lo gastan todo en vino y en falopa. Después se hacen los pobres desgraciados.

—Sentí fuego en las orejas. El taxista seguía hablando mientras yo veía cómo nos alejábamos de ese hombre empapado. —Y así está el país. Uno se rompe trabajando y pagando impuestos para que después le tengamos que andar dando planes a estos vagos de mierda.

—Yo no creo que les guste dormir mojados y con frío. Lo dije entre dientes.

—Y que vayan a trabajar entonces.

Se me atragantaron todas las respuestas que hubiera querido darle cuando doblamos en Dean Funes y vi el cruce de la autopista a dos cuadras. Empecé a buscar a Juan en una y otra vereda. Había perdido la noción del tiempo, me preocupaba que ya pudiera haberse ido, pero algo me llamó la atención unos metros adelante.

—¡Frene acá! —grité, y abrí la puerta del taxi en movimiento.

—¡Juan! ¡Eh, dejalo!

Corrí lo más rápido que pude hacia Juan y alcancé a atajarlo en el aire en el momento que caía por un puñetazo directo a la nariz. Escuché al taxista corriendo detrás de mí insultando y exigiendo que le pagara el viaje, pero dejé de prestarle atención a medida que me acercaba a la pelea. Llegué gritándole al hombre que le había pegado a Juan que dejara de hacerlo y fui yo el que recibió un golpe en la boca que me dejó sentado en la vereda con un Juan ensangrentado y semiconsciente encima.

Vi al taxista escapar en silencio y, aunque fuera un consuelo estúpido, me dio cierta satisfacción saber que no había cobrado el viaje. En seguida sentí desde los labios un dolor que me cortaba la cara verticalmente en dos mitades y ambas empezaron a retumbar como un bombo en una manifestación piquetera. Me llevé las manos a la boca y las sentí humedecerse con una tibieza viscosa.

—Pará, al pibe dejalo —le escuché decir a Juan con esfuerzo.

—Al pibe lo voy a cagar a palos igual que a vos si no entregás la guita.

El hombre que hablaba era mucho más bajo y flaco de lo que hubiera esperado por la trompada que me comí y sin embargo, tanto o más inquietante que el Rengo. Tenía el pelo rapado al mínimo y aun así era evidente su color rubio platinado, los ojos eran de un celeste estridente y tenía la expresión que yo hubiera querido tener antes de que me robaran el reloj.

—Duermo en una plaza sobre un colchón mugroso, ¿con qué querés que te pague?

—Con lo que estás buscando.

—¿Con un perro? ¿Qué te pasa, Grigor? ¿Te sentís solo? Recibió automáticamente una patada en el estómago que lo dejó sin aire.

—¿Pero vos te pensás que yo soy boludo?

Juan se retorció en el piso y yo veía toda la escena sentado, como había quedado después del golpe. Recién hacía cinco minutos me habían dejado de temblar las piernas y ya estaba otra vez a punto de ser apaleado, quizás hasta la muerte.

—¿Vos de verdad querés que crea que volviste a aparecer por un perro?

Sacó una navaja del bolsillo y la abrió acercándose a Juan. Le hundió la mano en la nuca. Apoyó la punta de la hoja de acero sobre el pómulo y empezó lentamente a hacer presión. Juan callaba. Por primera vez en la noche lo

veía desconcertado; ya no estaba enojado, ni cansado, ni pensante, ahora tenía miedo y no sabía qué hacer. Verlo así me hizo perder por completo las esperanzas. Entonces, Grigor giró la cabeza hacia mí.

—Me vas a tener que pagar vos.

Revolví frenéticamente los bolsillos. Saqué las llaves y el teléfono que Grigor agarró, inspeccionó y revoleó a la mitad de la calle. Lo escuché partirse en dos al caer.

—Yo no soy un raterito, pendejo.

Hablaba con un acento porteño impecable, pero el «*raterito*» salió con una entonación como a polaco o ruso que me hizo acordar a Iván Drago. De repente estábamos en una adaptación libre de Rocky IV y nosotros éramos Apollo Creed a punto de recibir el golpe final. Juan colgaba de la mano del ruso con los ojos cerrados y una respiración jadeante. Corría sangre desde una de sus cejas que le dibujaba una línea prolija a un costado de la cara. Tranquilamente podría haber sido pintada con un pincel y contrastaba con los borbotones que le brotaban de la boca y la nariz. Volví a mirar a Grigor. De cerca se le notaban los ojos inyectados de sangre. Quise decirle que no tenía más que eso, que el Rengo se había quedado con mi reloj y que en la billetera no tenía más que un poco de cambio, pero un dolor como nunca había sentido me aterrizó sobre los dedos de la mano derecha y solo me salió gritar tan fuerte como me dieron los pulmones y la sorpresa. Grigor me acababa de rematar dos dedos de la mano que tenía apoyada con un pedazo

de adoquín y seguramente fracturado en cuantas partes se pudiera fracturar un dedo.

Se iluminó una ventana del edificio de enfrente, pero la luz se apagó enseguida.

—Mirá lo que me hacés hacerle a tu amigo —dijo Grigor con una sonrisa.

—Pará, hijo de puta, pará —gritó Juan y se paró tambaleando.

Se agachó y empezó a revolver uno de los bolsillos de mi campera. Yo seguía concentrado en mi mano a punto de estallar. Sacó el paquete con la alianza y se la dio.

—Tomá, es todo lo que tengo, te juro por dios que no tengo más.

Miró la alianza y después a Juan. Hizo una mueca que parecía una sonrisa, pero que no era de gracia, ni de felicidad ni siquiera de victoria.

—Esta es otra mierda vieja —parecía meditar su decisión —pero si la tiro, la vas a ir a buscar.

—Agarrala, es oro. No es mucho, pero es oro.

—¿Y yo qué mierda hago con esto? ¿Dónde tenés la guita?

—Te digo que no tengo guita, enfermo. Mirame ¿Cómo carajo querés que tenga guita? Te juro que yo nunca tuve tu plata.

Juan estaba parado entre Grigor y yo como una estatua inamovible mirándolo con odio. Yo llegué a sentarme contra la pared y me agarraba la mano ensangrentada contra el pecho. Quería llorar, pero tenía miedo de hacerlo frente a ese salvaje, y me esforzaba

por controlar el dolor para no desmayarme.

Grigor me miró y volvió a sonreírle a Juan. Unas luces azules intermitentes pasaron lento por la esquina y ambos se quedaron quietos viendo pasar el patrullero de reojo, aunque Juan podía mantener abierto solo uno.

—La próxima que te vea, quiero plata en serio, o te mato a vos y a quien sea que traigas. ¿Me entendiste?

Juan no contestó. Grigor dio la vuelta y se fue. Una vez que estuvo lejos, Juan fue hacia donde había caído el celular y lo levantó. Después vino hacia mí y me ayudó a levantarme. Me entregó el teléfono. La pantalla estaba partida y en parte negra, pero funcionaba.

—Vení, vamos —dijo y empezamos a caminar.



El dolor de la mano empeoraba. Lo que empezó punzante y bien localizado se hacía cada vez más difuso, subía por el brazo y ahora se sentía en dolor caliente desde la punta del dedo hasta el pecho. Era como si se me estuviera prendiendo fuego el cuerpo y el foco del incendio estuviera en mi mano derecha.

A la mano se le sumaba la boca, que todavía sangraba, con un dolor confuso. Latía y ardía al mismo tiempo. El cuello estaba más agarrotado que nunca y sentía un cosquilleo desde ahí hasta los hombros. Las piernas no me daban más, y aunque a eso ya me había acostumbrado, aprovecharon para hacerse notar.

Atravesamos la plaza Martín Fierro y bajamos por Urquiza con dirección al hospital Ramos. Otra vez las ganas de llorar de la playa y la misma sensación de angustia, pero ahora sabiendo que nadie me esperaba del otro lado de los aplausos para llevarme a merendar con chocolate y churros. Necesitaba sentarme, cerrar los ojos y que el mundo frenara aunque fuera por cinco minutos para descansar del día más largo de mi vida.

Antes de cruzar la avenida San Juan, me senté en el umbral de una zapatería y apoyé la cabeza contra la persiana baja. Empecé a tiritar.

—Vamos, pibe, que ya estamos cerca —dijo Juan.

No le contesté. Me quedé sentado, sin más movimiento que un temblor fino sobre el cual no tenía jurisdicción. La llovizna me pegaba en la cara como una caricia incómoda.

—Dale, que te tienen que ver esa mano.

Abrí los ojos. Me ofreció la mano para pararme pero no la agarré y la retiró. Se levantó el cuello del gamulán, frotó las manos y miró hacia el semáforo que abría el paso a los autos que transitaban por la avenida.

—Pero dale, che, que te tienen que ver eso y tenemos que seguir buscando a la Jose.

—Váyase a la mierda.

Escuché mi respiración, los autos que pasaban veloces, algunos sin lograr esquivar un pozo cerca de la esquina, la sirena lejana de una ambulancia, un chillido, una moto de poca cilindrada y mucho ruido.

Yo temblaba, ya no solo de frío.

—¿Cómo? —preguntó Juan.

—Que se vaya a la mierda.

Esta vez sí se lo grité. Juan me miraba pero sin enojo. No se movía ni decía nada, solo miraba con las manos dentro del gamulán y los hombros encogidos.

—Váyase a la mierda —repetí —váyase a la mierda porque me arrastró durante todo el día por los lugares más turbios de la ciudad, me apuntaron con un arma,

me cagaron a trompadas, me rompieron los dedos y lo único que le importa es que me pare rápido para seguir buscando a la perra. ¿Qué sabe si se la robaron? ¿eh? ¿Cómo está tan seguro? ¿Por una pluma en la mitad de la plaza Congreso? ¿Congreso está lleno de palomas! ¿Es la plaza con más palomas de la ciudad! ¿Te quedás parado cinco minutos y te vas con plumas hasta en el orto!

Quise apoyar la cabeza sobre las manos pero el dolor de los dedos me hizo volver a levantarla como un resorte. Tenía la mano derecha cada vez más roja e hinchada. —¿Cómo sabe que Josefina no se escapó? ¿Cómo sabe que no se fue detrás de alguien que le dio comida? O que no se perdió. O la pisó un auto.

Dije lo último con énfasis y la intención de herirlo. —Soy todo lo que tiene —contestó Juan —no me va a dejar. Y yo le enseñé a orientarse con las estrellas. La podés dejar en la mitad de Villa Domínico que... —¿Es un perro, Juan! ¿Es un perro! ¿Cómo se va a orientar por las estrellas un perro? ¿Usted me está jodiendo?

Tiré la cabeza hacia atrás, con fuerza, golpeando contra la persiana metálica. Miraba el cielo y las nubes oscuras que se cerraban sobre la ciudad y pensaba en que hubiera dado todo porque ese día no hubiera existido nunca. Pensaba en que en ese momento estaría durmiendo en mi cama, tapado hasta el cuello con el acolchado grueso y que en su lugar estaba sentado a treinta cuerdas de casa, mojado, con frío y la mano rota, hablando sobre estrellas con un tipo que vivía en la calle. Pensé en tomar

un taxi otra vez. Metí la mano en el bolsillo para ver cuanta plata me quedaba, pero no encontré la billetera. Puteé, que era lo único que podía hacer.

—¿Sabe qué? —le dije ya resignado —El estúpido soy yo. Porque lo seguí sin pensar y me tendría que haber dado cuenta de dónde me metía cuando entramos al «bar» de su amiga. Y después con lo de la perra y las estrellas y el Borda. Yo creía que lo había escuchado mal, o por lo menos quise creer eso. Qué boludo, me mentí solo. Estuve todo el día siguiendo a un ciruja chiflado.

Reconocí a mi viejo hablando mientras decía la última palabra y la «o» final quedó paralizada a medio sonar. Me sentí culpable de haber dicho eso y mucho menos liberado de lo que pensé que me iba a sentir.

Juan se dió vuelta hacia mí. Me preparé para que estallara en furia. Pensé en que debería haber parado antes. No tenía la fuerza para seguir discutiendo.

—Los cirujas no nacemos por generación espontánea, ¿sabés? —dijo con una tranquilidad que me sorprendió

—Algunos están locos, otros tuvimos mala suerte, y otros las dos. Pero nosotros nos encargamos de no tener dónde dormir nada más, del resto se encargó la sociedad. De darnos la espalda, de tratarnos como personas de segunda se encargó la sociedad. De mirarnos con cara de asco, sea porque estemos pidiendo una moneda para comer, que todo el mundo, aunque lo niegue, piensa que vamos a gastar en vino, o sea que no los estemos ni mirando.

Sus ojos se empezaron a humedecer cuando dijo la palabra «asco».

—Somos el ejemplo a mostrarle al pibe que no quiere estudiar, siempre con el mismo eslogan. «¿*Vos querés terminar así?*» les dicen y lo único que falta es que nos señalen con el dedo, que todavía algunos lo hacen. Pero ¿qué piensa la gente? ¿Que ninguno de los que tiramos un colchón debajo de un toldo sabe leer ni escribir? Bueno, que se vayan enterando que hay muchos más analfabetos en el congreso que en la calle. Yo estudié, me dieron un título y todo y acá estoy. Y ese título ya hace muchísimo se convirtió en un papel de morondanga para prender un fuego una noche que me cagaba de frío. Y ¿sabés por qué me acuerdo? Porque lloré durante toda esa noche mientras pensaba en todo lo que me había sacrificado por ese papel, en todo lo que en algún momento pensé que me iba a dar como si fuera la llave mágica a una vida mejor. Pensé en la promesa que le había hecho a mi vieja de ser alguien en la vida. Y resulta que no valió de nada, porque un papel es un papel por mucho que te quieran convencer de lo contrario. Y si el mundo no quiere que seas nadie, vas a seguir sin ser nadie, pero con un papel que dice que además de no ser nadie, sos un boludo que se deslomó por nada. Decime la verdad —me dijo mirándome a los ojos —¿alguna vez viste a cualquier croto de la calle y te preguntaste cómo llegó ahí? ¿Te lo imaginaste feliz con una familia en una casita con jardín? ¿O lo único que hiciste fue guardar el celular y

simular que seguís hablando con tu amigo como si no estuvieras pendiente de lo que hace ese tipo cerca tuyo? Porque por más bueno que seas, pibe, por más altruista y generoso que te sientas repartiendo comida a cirujas chiflados como yo, vos también nos ignorás, solo que lo disimulás mejor. Vos también pensás que la moneda que te pedimos para comer la vamos a gastar en vino, porque eso te enseñaron a hacer, y después salís a lavar tus culpas con un plato de guiso para volver a ignorarnos al día siguiente. Acá hay una sola realidad y es que los cirujas somos invisibles. O, mejor dicho, el hambre de los cirujas es invisible; el frío, la soledad, la tristeza de los cirujas es invisible. Porque si nos ven, es solo para esquivarnos, como a la mierda.

Cuando terminó de hablar, sentí una angustia profunda. Sentí la palabra «*mierda*» como un insulto merecido.

Había quedado en silencio y yo no me animaba a romperlo, pero me surgían cada vez más preguntas para hacerle. Otra vez una sirena a lo lejos cortaba la noche y deseé que me estuvieran viniendo a buscar a mí. El dolor, la culpa y la curiosidad se me mezclaban formando una especie de monstruo amorfo con tres cabezas hambrientas y yo no sabía a cuál alimentar primero.

—Para que te quedes tranquilo —dijo Juan finalmente —yo te voy a contar la historia de este ciruja chiflado.



Pero de camino al hospital porque está feo eso.
—No es tanto. Dos o tres curitas y estoy.
—Espero que no mientas así para todo —contestó
y me ayudó a levantarme.

—¿A usted le duele?

—Por mí no te preocupes, me han dejado bastante peor.

El trayecto hasta el hospital no era largo, pero estaba un poco desorientado. Supuse que nos quedarían unas diez o doce cuerdas hasta llegar a la guardia y otra vez me sentía en la escena recurrente del cansancio demoledor. Todavía no habían pasado ni veinticuatro horas desde el mate de la mañana y ya tenía más historias para contar que las que me había dado una vida entera en el pueblo. Ese pensamiento me divirtió a pesar de todo. Me imaginaba contando cómo entregué el reloj en lo del Rengo Joselovsky, o cómo intervine para defender a Juan y, por supuesto los golpes que recibí a cambio, porque ningún héroe es héroe sin unos buenos golpes de por medio. En mi mente, contaba las escenas en una ronda de personas que me miraban perplejas y notaba más

atrás a una Juliana Orlandi que escuchaba atenta, con una expresión que denotaba arrepentimiento en su cara por haberse burlado alguna vez de mí, y quizás un poco de atracción también.

—Espero que estés pensando en alguna mina, porque tener esa sonrisa con esa mano como la tenés, eso sí es de chiflado. Y mirá quién te lo dice.

—A lo mejor todos estamos un poco chiflados. No estuve mal para ser un tibio, ¿no?

—Si ésta es tu idea de no serlo, poco vas a durar vivo. Loco.

Me guiñó un ojo y nos reímos los dos un rato. Eso hizo más corto el camino. Vi a un hombre abriendo un quiosco de diarios y pensé en qué hora sería. Desde que me mudé a Buenos Aires, siempre me dio curiosidad saber a qué hora abrían los quioscos de diarios. Lo pensaba cada vez que veía uno ya funcionando a pleno cuando iba a la facultad a la seis de la mañana. En el pueblo está todo muerto hasta antes de las diez y bien que hacen. Es una tortura madrugar así todos los días.

—Deben ser como las cuatro de la mañana ya —dijo Juan al aire.

En la esquina apareció la entrada de ambulancias del hospital y seguimos media cuadra más hasta la guardia. Me anoté para que me atendieran y nos sentamos a esperar en los únicos asientos libres que había. Le insistí para que lo atendieran a él también, pero se negó hasta que le insistí tanto que se enojó. Igual no se anotó. A mi lado, un hombre tapado con una frazada dormía sobre

un banco largo con una mochila de almohada. Debajo del banco había unas bolsas negras atadas entre sí y un pequeño carro plegable metálico.

—Los hospitales son lugares seguros —dijo Juan —Nadie te echa y roban menos que los refugios. Y si alguno se compadece, te dan algo de comida.

Juan también miraba al hombre como si no fuera esa su realidad diaria, pero daba detalles con la exactitud de la experiencia.

«¿Alguna vez viste a cualquier croto de la calle y te preguntaste cómo llego ahí?» me había dicho hacía un rato. Ahora, mirando a ese hombre dormir, me daba cuenta de que no y me dio vergüenza. Intenté recordar hacía cuánto iba a la plaza con el grupo y con cada semana que contaba se acumulaba un poco más de culpa de no haberme hecho nunca la pregunta. No podía dejar de pensar en la vida que cada hombre y mujer habría abandonado el día que armó su primera cama bajo un toldo, un balcón o directamente bajo el cielo. Me sentí en falta por no conocer las historias detrás de los que recibían el plato de comida que yo mismo les entregaba, o por lo menos de no haber hecho el esfuerzo de conocerlas. Juan estaba sentado al lado mío, esperando conmigo a que me llamaran. Seguía mirando al hombre dormir como si buscara protegerlo con la mirada. Sentí el remordimiento de haber hablado casi diariamente con él y no conocer nada de su historia.

—Juan.

Me miró con ojos cansinos. Por primera vez los vi así, tristes y exhaustos.

—No me contó de dónde viene su chifle.

Se lo dije esperando que no se ofendiera con la broma. Juan sonrió y eso me tranquilizó. Se hizo un silencio largo. Detrás de una puerta vaivén gritaron pidiendo por Ortiz y vimos entrar hacia los consultorios a una anciana minúscula en andador acompañada de otra mujer igual de minúscula pero bastante más joven. La señora la reprendía por algo y la otra mujer solo se reía en lugar de contestarle.

Juan sonrió ligeramente.

—Para empezar, ese es mi apellido.

—Un gusto, señor Ortiz.



Le di la mano y Juan se puso colorado como si lo hubiera agarrado con la guardia baja. Como un famoso medio pelo al que reconocen en la calle por primera vez.

—Bueno, tampoco me tomes para la joda, eh.

—Para nada, Juan, para nada, pero es que me alegra que me lo haya dicho. De verdad.

Con eso pasó del rojo tomate al bordó ciruela. Mantuvo el apretón de manos un poco más de lo habitual, pero no fue incómodo. Lo sentí como un abrazo tácito. Un acuerdo de caballeros.

—No apriete muy fuerte que es la única que me queda.

—A ver si la usás para trabajar un poco, ¿no?

—Usted está loco, ¿y si me la lastimo? ¿Después con qué cambio los canales de la tele?

—Probá con el culo —me dijo y se echó a reír.

No tenía mucho para comparar, pero hasta el momento no se había reído así. Fue una risa rara. No en el mal sentido sino que no parecía suya. Y además de rara, contagiosa. Me hizo acordar a la Gorda Peralta, un

compañero del primario que cuando se tentaba no había con qué frenarlo y nos arrastraba a todos a ese ataque de risa como si fuera un cuadro de histeria colectiva, maestros incluidos. Me empecé a reír yo también hasta que la secretaria de la guardia, una mujer de unos sesenta años y un pelo rojo antinatural, nos hizo callar con un chistido innecesariamente largo. Juan le tiró un beso al aire y me dió un par de palmadas en la espalda. Después se quedó concentrado en la nada, como si el desahogo cómico lo hubiera reseteado.

—Todavía no me contó —le insistí.

—Ya sé. Pero es una historia que nunca conté.

—No se ataje, Juan. Todos tenemos cosas que no nos enorgullecen. Yo, por ejemplo, si uso una cucharita y no quedé muy sucia, la chupo y la vuelvo a guardar en el cajón.

—Ah, bueno, eso cambia todo.

Tenía los dedos entrecruzados y el pulgar derecho recorría de principio a fin el izquierdo. Él lo miraba atento, como si sus manos tuvieran vida propia y él fuera solo un espectador. Tomó aire un par de veces en lo que parecían intentos por empezar a hablar, pero ninguno se concretó. Todos se convertían a mitad de camino en un suspiro largo que iba a morir al aire. Salvo el último.

—Me llamo Juan Ortiz —empezó —pero me gustaría llamarme Juan Amaya para seguir honrando de cierta forma a mi vieja, en lugar de al hijo de puta que me fajó tanto tiempo. Se llamaba Juan, igual que yo, pero eso seguro ya te lo contó Jorge.

Mi primer impulso fue negarlo y hacerme el sorprendido, pero no solo estaba demasiado cansado, sino que en menos de un día había aprendido que los télépatas existen y que Juan parecía ser uno. No tenía sentido mentirle.

—Casi sesenta años hace que lo conozco y el boludo todavía piensa que puede hablar detrás de mí sin que me entere.

—¿Cómo?

—Si nos empezamos a desviar ahora, estamos sonados.

—Si, disculpe, siga.

—Bueno, no hace falta ahondar mucho. Ese hijo de puta me fajaba a mí y a mi vieja hasta que un día por fin se terminó.

—¿Dejó de pegarles? ¿Qué le pasó?

—Sí —dijo Juan. Nada más que eso, pero se escuchó como un portazo. Volvió a mirarse las manos. El pulgar ya no acariciaba su contraparte. En su lugar, lo rascaba. Pero rascaba en un único movimiento en loop. Era la representación digital de una gotera golpeando una vez tras otra con el mismo ritmo, el mismo tono, la misma cadencia. —Se murió en un accidente —remató, sin que yo tuviera que preguntarle nada.

—Jorge dijo que lo mataron.

Se me escapó. Juan dijo eso y mi respuesta rebotó como si hubiera caído en un resorte. Sentía taquicardia en el pecho, en la garganta y en la punta de los dedos.

—Lo mataron, pero fue un accidente —dijo sin sacar la vista de la pared descascarada y escrita por todos lados. Me dieron ganas de bostezar, pero apreté la boca,

el cuello, los ojos, todo, y me comí el bostezo. En esos momentos, Juan era como una liebre en la mitad del bosque. Si me acercaba demasiado o hacía el más mínimo ruido, se podía escapar. Entré un día a mi casa, yo ya tendría quince o dieciséis años, y lo vi completamente borracho pegándole a mi vieja. Entré justo cuando le daba un revés en la cara que se escuchó hasta la puerta y la vi caer contra una garrafa casi desmayada. No me acuerdo más. Mi vieja me contó que nos gritamos. Yo directamente me acuerdo de estar ya encima de él, pegándole trompadas una y otra vez, y sentir como si le estuviera pegando a una almohada. Era frustrante. Te juro que le pegaba tan fuerte como podía, pero sentía que no le estaba haciendo nada. Lo que sí me acuerdo clarito es de ver volar sangre sin saber si era mía o suya y de que él ya no podía ni levantar las manos para defenderse. Paré porque sentí la mano de mi vieja en el hombro, pero cuando la vi, desfigurada, toda hinchada y ensangrentada, sentí otra vez cómo me hervía la sangre. Entonces, desde el piso y como pudo, lo escuché decir «*hijo*». Encima de estar cagando a palos a mi vieja tuvo la caradurez de decirme hijo. Ahí mismo, sin pensarlo, me di vuelta y le pisé la cabeza con toda la fuerza del mundo. La escuché rebotar contra la laja y hay noches en que todavía escucho el ruido del hueso rompiéndose. Su voz se hizo cada vez más frágil, como un dique a punto de ceder.

—Al principio sentí un alivio que no se puede describir.

Es como si alguien te dijera «¿Ves esta astilla que tuviste clavada toda tu vida en el pie? Bueno, ya está, ya no existe más» pero si la astilla fuera, no sé, un cuchillo. Y después vi la cara de mi vieja. Estaba pálida. Tenía terror. Pensé que era por mí, que me tenía miedo, que tenía miedo de su hijo el asesino; después me abrazó y se largó a llorar y entendí. Al rato cayó la policía. Era obvio que con todos los gritos y el ruido alguien la iba a llamar. Estuve dos días en la comisaría cagado de miedo hasta que el papá de Jorge consiguió que me soltaran. Todo por izquierda, porque era sastre del comisario, pero salí. El tema es que cuando volví a casa no había ni pan duro, y menos para pagar el alquiler de la pieza.

No sabía qué hacer. Si abrazarlo, si decirle algo o qué decirle. Me sentía completamente ajeno a Juan. Cuando iba al colegio, a la salida nos íbamos con mis amigos a jugar a la play casi siempre a mi casa. Esquivábamos la calle del Normal Uno porque nos gritaban de todo y una vez hasta nos encerraron contra una pared. A uno de los chicos le robaron el pullover del uniforme y desde entonces no volvimos a pasar por la puerta. El día que nos vieron pasar con el auto que le habían regalado a Miguel por los dieciocho, uno le gritó «*gordo cheto*». Yo bajé la ventanilla y le grité «*negro pobre*». Fue lo que me salió. Miguel se asustó y aceleró.

Me sentí chico. Mucho más que el Juan adolescente de la historia. De haber matado a mi viejo a los dieciséis años, me hubiera muerto de hambre o peor. Ni en pedo

podría haber sobrevivido. De hecho, no sé si podría sobrevivir ahora.

—Y ¿cómo hicieron? —le pregunté casi en voz baja.

—No sé cómo no nos rajaron. Con la pieza nos ayudó el papá de Jorge, que no tenía mucho más que un corazón enorme, y para comer tuve que buscar laburo. O, en realidad, al principio hice lo que me salió hacer, pero mi vieja se enteró y me zamarreó tanto y con tanta angustia que me puse a buscar laburo.

—Dígame la verdad, fue bailarín erótico ¿no?

Juan contestó con una media sonrisa.

—La verdad no me avivé. Capaz me hubiera ido mejor.

Escuchamos acercarse rápido la sirena de una ambulancia que se detuvo en la entrada de la guardia y de donde bajaron una camilla con un hombre ensangrentado. La gente en la sala de espera empezó a asomarse para ver un poco más la escena antes de que lo entraran por una doble puerta y desaparecieran. Aunque se seguían escuchando los gritos del hombre. Pedía por una mujer y se entremezclaban palabras inentendibles con gritos de dolor. Un grupo de personas en ambo y guardapolvo apareció corriendo desde una puerta al otro lado de la sala y entró por donde había ingresado el herido.

Juan se refregó la cara con ambas manos.

—Acomodate —dijo —que ahora acá tenemos para rato.

Se sentó cruzando los brazos y estiró las piernas como si se estuviera preparando para dormir una siesta larga. Excepto por los ojos. No los cerró sino que perdió la mirada

por alguna baldosa. Me lo imaginaba continuando con su historia, pero para adentro, como si lo hubieran silenciado con un botón y la película siguiera corriendo muda. No quise dejar pasar más para no perderme ninguna escena.

—¿Y cómo siguió? —le pregunté.

Juan me miró y podría decir que se notó el segundo exacto en el que volvía de su trance.

—Siguió con que después de un par de changas caí en el planetario. Llevaba menos de diez años abierto y estaba creciendo mucho, así que empecé barriendo, pero siempre aparecían cosas mejores. Eso se lo agradecí siempre a Don Humberto.

—¿Quién era?

—El director en ese momento. Y después fue mi suegro, pero me empezó a querer mucho antes de eso.

—Ah, pero mire qué descarado resultó ser. Le tiroteó la hija al jefe.

—Calladito que me la presentó él.

—¿Cómo fue eso?

—Te contaba antes de que empezaras a hablar pavadas. Empecé barriendo, yo era muy pibe, de la edad de su hija, y no sé si fue por eso o porque se apiadó de mí y de mi facha de pordiosero, pero me adoptó desde el primer día. Era un enano bravísimo, no te dejaba pasar una. Era así chiquito y te aseguro que cuando entraba, el planetario entero le abría paso. Humberto Andrade era un señor con todas las letras. Un día me preguntó por

qué iba todos los días con la misma ropa, así, sin asco. Le dije que estaba cómodo y que me daba lo mismo la ropa. Trataba de mantenerla limpia, pero la verdad es que no tenía otra cosa decente. Mi vieja agarró algunos laburitos. Lo mejor que llegó a tener fue un trabajo como operaria en el turno noche de una fábrica, pero ahí fue que se enfermó y la única plata que entraba era la que podía llevar yo y había muchos gastos. El tema es que le dije eso y el tipo hizo una mueca y nada más. Al rato me pidió que lo acompañara al centro a hacer unos trámites y me metió de prepo en una casa de ropa. Me compró camisa, pullover, pantalón y zapatos. No me dijo absolutamente nada porque sabía que yo no podía decirle que no a semejante regalo, pero que me moría de vergüenza. Esa tarde volví a mi casa y me largué a llorar. Si me preguntás, no te sé decir por qué lloraba, pero sí te puedo decir lo bien que me sentí cuando terminé. Fue como sacarse del pecho la pata de un elefante.

Le caían lágrimas en silencio, rodando lento, pero constante, por uno y otro lado de la cara. Otra vez miraba a la nada y contaba la historia a un interlocutor invisible. —Un día lo escuché hablando acerca de que al planetario le faltaban astrónomos. Estaba preocupado, decía que ese era su limitante para crecer y hacer algo como la gente. Yo le debía todo a ese hombre. Cuando mi vieja murió, fue él el que me dio una mano con el velatorio. De no ser así, la tendría que haber tirado en un pozo como a los perros, imaginate. Le dije que yo podía

hacerlo, que me diera el tiempo nada más. Me miró con una cara que no me la olvido más. No tenía ni idea de lo que implicaba, pero se lo debía. A él y a mi vieja, que me había hecho prometerle que, pase lo que pase, algo iba a estudiar, como fuera. Cuando terminé el colegio me metí de lleno a trabajar y no le hice más caso, y el día que se murió le juré y le perjuré que iba a estudiar, que iba a ser alguien y que no iba a ser nunca como ese borracho hijo de puta que le cagó la vida.

La voz se le quebraba al hablar. Tragó saliva un par de veces y sacó un pañuelo del bolsillo del gamulán con el que se sonó la nariz y se secó los ojos disimuladamente mientras lo hacía.

La historia era de novela mexicana.

—Entonces ¿usted es astrónomo?

—¿No te estoy diciendo que estudié?

—Si, pero...

—Pero no parece —Juan completó la frase.

—No quise decir eso.

La sala de espera estaba llena. Tal como había dicho Juan, desde que había llegado la ambulancia, no habían atendido a nadie más. Otra predicción acertada más a fuerza de experiencia que a poderes sobrenaturales. Esperé a que siguiera con la historia, pero perdí contra la impaciencia.

—¿Y qué pasó?

No hacía falta aclarar más. Lo tácito de la pregunta era suficientemente pesado como para dejarse ver por sí mismo. Sentí una profunda tristeza que sabía anticipada,

pero muy probablemente correspondida a la historia que estaba por escuchar. Quizás incluso le quedara chica. Juan tenía la mirada perdida en la ventana y asentía levemente con la cabeza. Daba la impresión de estar hamacando una idea para que se durmiera, que en lugar de eso se despertó.

—La vida pasó. La mierda de vida. Yo fui feliz ¿sabés? Los años desde que entré al planetario hasta... —cortó la oración, le pasaron mil emociones por la cara y siguió —...fui feliz. —Se secó con la manga una lágrima aislada en la comisura del ojo. —Don Humberto tenía una hija, Cristina. Como éramos más o menos de la misma edad, a veces charlábamos. Así, con el tiempo nos hicimos amigos y a la salida nos quedábamos tomando unos mates ahí en los bosques. Más de una vez venía Jorge también. Bah, bastante de hecho. Te digo que cuando empecé a verla con otros ojos, hasta me costaba sacármelo de encima. El tema es que un día la invité a salir. Ahorré dos meses porque quería llevarla a comer a un lugar decente, le pedí ropa a Jorge y la pasé a buscar por la casa. Toqué el timbre y temblaba, te juro. Mientras esperaba que me abrieran la puerta me arrepentí. Pensaba *«¿qué voy a hacer? ¿voy a ahorrar dos meses para salir una vez hasta la próxima vez que pueda ahorrar? O peor, ¿le voy a cocinar en una pieza pordiosera de La Boca?»*, pero antes de que pudiera salir corriendo me abrió la puerta Don Humberto y no hubo marcha atrás. Ella estaba hermosa. Tenía un vestido amarillo que a cualquier mujer le

hubiera quedado para el culo, pero ella era un sol. Tenía unos rulos perfectos, unos ojos verdes que te desmayaban y, pibe, en mi vida vi una sonrisa tan... —los ojos iban de un lado a otro —tan purificadora. Yo no tengo dios, pero si tuviera, sería esa sonrisa.

Suspiró como un adolescente enamorado, pero de a poco esa sonrisa se fue apagando como si la nostalgia le aclarara que ese amor vivía en otra realidad muy lejana a la actual.

—Nos casamos al año en una quintita por Padua y nos mudamos a una casa en Hurlingham que nos regaló Don Humberto. Y al poquito tiempo nomás, llegó.

La última frase se ahogó en la garganta de Juan. Otra vez hablaba para sí mismo, como en un piloto automático gatillado por la melancolía. Una lágrima rodó rápido por su mejilla y cayó al gamulán por donde siguió rodando a la misma velocidad. No sé por qué será, pero hay lágrimas que parecen más resbaladizas que otras. Como si las emociones que las generan les cambiaran la conformación química. —Era tan chiquita mi Jose.

No sé lo que sentirá un árbol al que lo parte en dos un rayo, pero debe ser algo parecido a lo que sentí cuando Juan dijo eso. Un frío intenso, tristeza, la desorientación aplastante que generan esos problemas que no tienen solución. Los ojos de Juan, llenos de lágrimas, se me hicieron insoportables.

Los dos nos quedamos en un silencio que se había contagiado a toda la sala de espera como si todos hubieran

estado escuchando y ahora nadie se atreviera a mover ni un músculo. Era el clima de una sala de teatro. Luces apagadas, un llanto débil que sale de la única persona iluminada sobre el escenario, el eco de ese llanto y la respiración agitada de los que observábamos.

—La mierda de vida pasó. Y ahí la cagué. Porque la cagué bien cagada, pero te juro que en ese momento no pude hacer otra cosa.



Uno hace lo que puede, Juan.
—¿Sabés que pasa? Que no siempre alcanza lo que uno puede.

Me sentí la versión juvenil de un manual de autoayuda. Buscaba otra cosa que decir, un pensamiento agudo, un análisis profundo, algo, pero lo único en lo que podía pensar era en lo que acababa de decir Juan. Me atacó una ansiedad desesperada por saber dónde estaba Josefina. Me dieron ganas de irme de la guardia y seguir buscando hasta encontrarla, pero un movimiento torpe hijo de la ansiedad y un golpe estúpido en la mano me hicieron ver las estrellas y abandonar la huída mental. Para el caso, tampoco teníamos más pistas sobre Bernardino.

Vi como Juan caía nuevamente en un espiral introspectivo cuando escuché mi nombre. Le pedí que me esperara y fui hacia el consultorio. Juan seguía inmóvil. Le volví a decir que me esperara, más fuerte y dirigido, y logré que por lo menos alzara la vista. Se lo repetí por tercera vez y esperé hasta que hizo un gesto con la cabeza. —Bueno, ¿qué pasó? —dijo el médico.

Era joven, quizás con unos pocos años más que yo, pero con ojeras y algunas canas que parecían consecuencia de un envejecimiento exageradamente rápido. En ningún momento me miró a los ojos, tan solo se sentó y comenzó a inspeccionarme la mano con los ojos entrecerrados.

—Me quisieron robar —le expliqué. Me parecía una simplificación, pero cierta de todos modos. Me miré los dedos. Estaban ensangrentados y bastante más hinchados que antes. Los sentía como un globo de agua a punto de estallar y ya no podía moverlos.

—Bien. Te vas a hacer una placa y volvés —garabateó algo inentendible en un papel y me lo dió. Antes de que pudiera salir del consultorio, gritó otro nombre hacia la sala de espera y me hizo un gesto con la cabeza.

Fui hacia Juan que seguía sentado donde lo había dejado. Me senté a su lado y noté que sus ojos estaban enrojecidos e hinchados. Le pregunté si estaba bien y él se apuró a decirme que sí y preguntarme por la mano.

—Me tengo que hacer una placa

—Vamos —dijo, se paró y empezó a caminar.

Lo seguí por el hospital, ya me había acostumbrado. Doblamos unas cuantas veces por pasillos a oscuras y me pregunté cómo hace la gente para orientarse en esos hospitales gigantes. Pasamos por un pasillo que daba a la sala de internación de traumatología, de donde el grito de una mujer llamaba reiteradamente a un enfermero sin que nadie le diera bola, y se me vinieron a la cabeza imágenes de las visitas a mamá durante las últimas internaciones.

Pensaba en lo distintos que eran los sanatorios privados de los hospitales públicos. Me acordaba de mamá en su habitación, que nada tenía que envidiarle a la de un hotel cuatro estrellas, con una enfermera dedicada a ella y todas las comodidades que a uno se le ocurrieran. Era impensado que tuviera que llamar gritando, vaya uno a saber cuánto tiempo, para que la ayudaran a sentarse.

Bajamos a un subsuelo en la penumbra mientras intentaba disipar los recuerdos. Al fondo de todo, un cartel gastado señalaba el servicio de radiología y otro más chico y casero indicaba que se tocara el timbre y se aguardara para ser atendido. Juan tocó y buscó un lugar para sentarse. Yo fui detrás.

—¿Josefina era su hija? —Le pregunté. Juan seguía absorto mirando hacia abajo —¿Qué le pasó?

—Muerte súbita dijo el doctor —contestó después de una eternidad de segundos.

—Lo lamento mucho, Juan. Sé que no sirve de nada, a mí no me sirvió absolutamente de nada escuchar a todo el mundo decir lo mismo, pero lo lamento muchísimo. Juan volvía a apretar los labios contra sus dientes mientras luchaba con las emociones que se le agolpaban en los ojos.

—Gracias igual —dijo mezclado con un suspiro —¿A vos quién?

—Mi mamá. Cáncer.

—Qué enfermedad de mierda.

—Si, la verdad que sí.

—Yo también lo lamento mucho. Es verdad, no sirve de

nada que te lo digan y lo único que querés hacer cuando lo escuchás es mandar a la gente a la mierda, pero lo lamento de verdad porque sé lo que se siente esa soledad hija de puta y vos sos muy joven para saberlo también.

Como un acto reflejo, se me rompió el cuerito de los ojos. Era la primera vez que lloraba desde que estaba solo en Buenos Aires y pensé en todas las veces que había querido hacerlo y me contuve con mil excusas. Juan había dado con la palabra justa y reconocerlo hizo que el sentimiento creciera aún más. Eso explicaba unas cuántas cosas, aunque me sorprendió que algo tan sencillo me hubiera caído como una epifanía.

—Es eso ¿no? Soledad —me limpié los mocos con la manga de la campera porque yo no tenía pañuelo — Entiendo el dolor y la tristeza y la desorientación, pero qué injusto que es sentirse solo cuando uno está lleno de gente alrededor.

Algo de decirle eso a Juan me incomodó.

—¿Sabés qué pasa, pibe? —siguió él sin dar cuenta de mi incomodidad— que cuando se te va alguien que para vos era el sostén de tu vida, no importa cuánta gente tengas al lado ni qué tanto los ames o qué tanto te amen ellos, porque lo que te sacaron fue el piso, entonces vos caés y caés y caés; y caés solo, porque el resto sigue pisando firme y nadie puede saltar al vacío con vos.

—¿Y cuándo se deja de caer?



Después de lo de mi bebé, empecé a tomar mucho. Mucho en serio. Era habitual que Cristina me levantara de los bares o de la calle incluso. Eso no ayudó a la pareja, pero no sabía cómo mierda manejar la tristeza. El tema es que una noche mientras tomaba whisky barato en una plaza, apareció él.

—¿Bernardino?

—No lo repitas mucho que es como los demonios; si los llamás, se te aparecen.

—Perdón.

Hizo un gesto con la mano dando por terminado ese asunto y siguió.

—Primero se me hizo el amigo. Uno lo ve en retrospectiva y se siente un boludo, pibe, yo sé, pero en esos momentos no pensás claro y este tipo siempre fue muy habilidoso. En fin, me fue envolviendo de a poco. Ahora tenía alguien que me acompañaba a emborracharme y, entre volver a casa a escuchar ese silencio horrible y seguir tomando y hablando de boludeces que no me hacían

pensar en nada, adiviné qué elegía yo. Pero la cosa fue empeorando. Empecé a llegar borracho al trabajo después de estar toda la noche dando vueltas por la calle. Me encontraba a Cristina llorando en el planetario y a Don Humberto que trataba de calmarla. Intentó mil veces ayudarme, me pedía por favor que me recompusiera por ella que también había perdido a su hija. Cuando estaba sobrio le pedía perdón llorando, me tiraba a los pies a rogarle que me perdonara prometiéndole que no lo iba a hacer más, pero después llegábamos a casa y nomás ver esa habitación vacía me hacía salir corriendo a la calle para no colgarme ahí mismo. Estaba subido a un tren del que no sabía cómo bajarme, pero de esas cosas te das cuenta siempre demasiado tarde. Después siguieron los caballos. Ese mierda me fue comiendo la cabeza y me metió la idea de que lo que necesitaba era plata para que Cristina dejara de trabajar y no se preocupara de nada más que de relajarse, así no pensaba en la nena. El tipo me decía que así se había llenado de plata. Yo vivía borracho, era un títere, pero además un estúpido, porque empecé a creer que tenía razón. Llegué a hipotecar la casa sin que Cristina se enterara y el límite fue cuando perdí hasta la guita de la hipoteca.

—Ay, Juan...

—Nos remataron la casa. No te tengo que explicar lo que fue eso. Cristina volvió a lo de los padres y a mí, por supuesto, me rajaron del planetario. La decepción en los ojos de Don Humberto no me la olvido más. Me dolió en el alma.

—¿Y ahí quedó en la calle?

—No, viví con Jorge un tiempo que me dio una mano para saldar algunas deudas, pero plata que agarraba, plata que jugaba. No me mató porque éramos como hermanos, pero lo tendría que haber hecho y capaz se cagaba menos la vida.

—¿Por qué?

—Porque cuando estás enfermo, hacés cualquier cosa, y cuando estás enfermo y encima no tenés un mango, peor todavía. Yo no tenía laburo y me metí con prestamistas. ¿Sabés lo que es eso? Un día nos metieron a punta de pistola en la casa a sacar lo que tuviéramos. Jorge era mozo, ¿entendés? ¿Cuánto podíamos tener? Nos dieron como opción cagarnos de un tiro ahí mismo, o meternos en un laburo para ellos y no hubo mucho que hacer.

—¿Cuál era el laburo?

—Regentear putas.

—De mal en peor.

—Ya sé, pibe, pero te repito, la otra opción era un balazo.

—¿Ahí apareció Sharon?

—No, Sharon es actriz —se rió, me pegó una palmada en el brazo y yo sentí que la vergüenza me comía vivo

—Ay, cómo me hacés reír. Bueno, sí, unos años más adelante, pero sí. A Jorge lo agarró la policía y estuvo preso unos años. Hasta eso es injusto, porque era yo el que debería haber entrado, pero la vida hija de puta me dejó ahí para que siguiera viendo cómo la gente sufría

por mí. El tema es que Sharon fue la que me mantuvo a flote durante muchos años. Me ayudó con mil y un cagadas que me mandé, por lo menos en las que me pudo ayudar. Nos quisimos mucho, pero los dos sabíamos que no podíamos cargar con las miserias del otro.

—¿Y Bernardino?

—Seguía ahí, nunca se fue —miró hacia la ventanilla de donde se asomaba alguien —Mirá, ahí apareció el flaco, andá a hacerte esa placa.

Me acerqué con el papel garabateado que el técnico pareció comprender sin mucho esfuerzo, y me pidió que pasara por una puerta lateral. Adentro me acomodó la mano sobre una placa negra, apuntó un cañón de luz gigante y se metió detrás de una pared con una ventanita por donde se le veía poco más que las ojeras. Me pidió que no me moviera y disparó. No había reparado nunca en lo minúsculas que eran esas ventanitas. Me resultó bizarro y se me vinieron mil preguntas a la cabeza. ¿Qué tan bueno era todo esto si el tipo se tenía que meter detrás de una pared acorazada? ¿Y por qué no me metían a mí en algún refugio así con un agujero para sacar el brazo y nada más?

Volvió a entrar a la habitación, cambió la placa y me acomodó la mano en otra posición. Esta vez con muy poca delicadeza. Me movía los dedos como a un muñeco de plastilina con los que hacen las películas stop motion. Le dije de todo. En mi cabeza, pero igual. Una vez hecha la segunda radiografía, me abrió la puerta de salida,

agarró la placa negra y desapareció sin decir nada.

Esperamos unos minutos hasta que el tipo salió con la placa de acetato en la mano y me la dió. Juan había retomado la historia por cuenta propia, pero le había cambiado el tono de voz. Hablaba rápido y gesticulaba mientras explicaba que después de que encarcelaran a Jorge, se le fue todo al demonio. Perdió lo poco que tenía y terminaron por echarlo de la habitación. Fue en ese momento que recurrió a Bernardino y descubrió que él también estaba en la calle.

—Un chanta, ¿no?

—El peor.

—¿Y lo de la plata con los caballos?

—Puro cuento.

—Me imaginé. No entiendo cómo le llegó a creer.

—Bueno, si me querés hacer sentir más estúpido de lo que ya me siento, venís bien.

—No, perdón, no es la idea, pero sonaba raro.

—Ya sé que sonaba raro, pero te dije que no estaba en el mejor de mis estados. Mirá, no sé cuál será su historia real. Cuando caí con él, me dijo que la familia de su esposa lo había estafado y le había sacado todo, que no llevaba mucho tiempo viviendo en la calle y que tenía miedo de no sobrevivir. Yo estuve del otro lado, y cuando pensas en la gente que vive en la calle, pensás que están ahí desde siempre, como parte del paisaje. Que tienen que tener la ropa rota y olor a sucio. Pero no, no es así. Siempre hay un punto cero en el que los zapatos dejan

de brillar. Viendo para atrás, creo que lo de que llevaba poco tiempo en la calle era verdad, pero dudo que haya sido la víctima. Los debe haber estafado él.

—¿Aunque sea se llama Bernardino?

—No sé ni me importa. Se llame como se llame, es un hijo de puta.

—Sí, claro, eso seguro. Pero me llamó la atención cuando lo nombró por primera vez. Es mucha coincidencia el nombre ¿no?

—En ese momento yo no tenía a nadie así que me pegué con él y fuimos parando en distintos lugares, mayormente de gente que él conocía. Ahí me enterré en la mierda. Nos la pasábamos a whisky y vino. Yo seguía con las chicas y pasaba días y días a pan y agua porque no gastaba para otra cosa que no fuera whisky y caballos, ni para comida separaba plata. No me morí porque Dios es o muy benevolente o muy sádico.

—Y... depende de si lee el antiguo o el nuevo testamento.

—Puede ser. El tema es que de a poco empezó a enloquecer. O de a poco me empecé a dar cuenta, no sé. Seguramente ya estaría loco desde antes, pero para entonces pasaba horas hablando con palomas. Yo pensaba que era el chupi, estábamos gran parte del día borrachos, pero seguía hablando con esos bichos mugrosos hasta cuando nos quedábamos sin plata para rebajar el alcohol.

—¿Alcohol alcohol? ¿el de la farmacia?

—Sí. No me mires así. No es algo que uno elija hacer.

—No, perdón, no lo miraba de ninguna forma.

—No importa, tampoco sos el primero, pero no me gusta cuando la gente lo hace y a vos por lo menos te lo puedo decir. Para el caso, se ponía cada vez peor, pero fueron pasando los años sin que nada cambie. Íbamos parando en distintos lugares, a veces en la calle, a veces en algún antro de éstos, hasta que por algún quilombo nos teníamos que ir. A veces Bernardino desaparecía semanas sin decir nada y volvía como si nunca se hubiera ido. Fueron años así. Hasta que un día, hará unos doce o trece años, le encontré una bolsa llena de guita.

—¿De dónde la sacó?

—¿Viste a ese desquiciado que te rompió la mano?

—No, la verdad no sé de quién habla —le dije con un sarcasmo que ignoró completamente.

—Bueno, a uno así, pero mucho más pesado. Al que nos encontramos hoy también le robó, pero bastante menos; si no, nos mataban ahí mismo.

Ya no estábamos ahí, no había peligro, pero así y todo un escalofrío me recorrió la espalda.

—Cuando le encontré esa guita discutimos fuerte. Era mucha, eso no podía habérselo robado a una vieja que iba a hacer las compras. Y yo era borracho, pero no boludo. Se olía el quilombo de tener esa plata. Discutimos hasta que me gritó que era suya para alimentar a sus palomas, que Loza se la había robado. Cuando escuché que era Loza al que le había afanado se me vino el alma al suelo. Ese tipo era pesado y un sanguinario. En ese momento estaba metido en la venta de armas, y yo no

sé de dónde lo conocía este hijo de puta, pero le afanó a un tipo famoso por degollar gente por mucho menos que eso. Y yo caminando por ahí con él como si fuéramos culo y calzón. Traté de sacarle la bolsa, no sabía ni qué iba a hacer con la plata, pero no se la podía dejar a ese loco para que nos mataran. Entre tanto forcejeo se la pude arrancar de las manos, pero cuando me di vuelta, sentí un pedrazo acá atrás que me tumbó. En ese momento parábamos en la plaza de Retiro y me acuerdo de aterrizar de boca cerca del monumento a los caídos, mirá qué ironía. Después se me apagó la tele.

Juan se frotaba la nuca nervioso como si estuviera reviviendo ese día en carne y hueso.

—¿Alguien lo ayudó?

—Si, me despertaron muy gentilmente de una patada en el estómago. Un tipo alto como vos me levantó del cuello del gamulán y me empezó a zarandear. Seguía sin entender nada cuando sentí dos trompadas en la cara que me dejaron más desorientado que antes. Y en eso, en la mitad de mi confusión, escuché a Loza. *«Dejalo despierto hasta que me diga dónde está, después matalo si quieres».*



Escuchar a Juan era como ver una película de acción. Yo no estaba en peligro, nadie me apuntaba ni me pegaba con nada, pero sin embargo el cuerpo reaccionaba y activaba el sistema de huída que por alguna razón se llama simpático. Había un chiste que hacíamos con Clara en Biología. «¿*Qué puede tener de simpático luchar por tu vida?*» le preguntaba yo. «*Ganar, nabo*» contestaba ella. La primera vez que lo dijo casi vomito en clase de la risa, pero mientras escuchaba el relato de Juan no había risas, el corazón bombeaba sangre más rápido, los pulmones metían más aire y la boca se me secaba. Juan estaba inmerso en su relato y yo en escucharlo. No había notado hasta ese momento lo buen narrador que era. Por momentos casi que la actuaba. Gesticulaba, movía los brazos y la voz cambiaba de tono según la ocasión. —Me preguntaba dónde estaba la guita y por cada vez que le contestaba que no la tenía, que la tenía ese hijo de puta, me pegaban más y más hasta que casi no pude hablar. Cuando se cansaron de fajarme, me tiraron por

ahí y me dieron tres días para encontrarla. El primero lo pasé ahí mismo donde me dejaron. Estuve la mitad del día inconsciente y la otra mitad, tan tirado del dolor que no pude más que dormir. Cuando me desperté me dolía todo, pero lo que me acuerdo con lujo de detalles es la desesperación que sentí. No tenía ni puta idea de a dónde se podía haber ido Bernardino, ni forma de ubicarlo ni se me ocurría otra manera de que no me mataran. No sabía qué hacer. Casi de reflejo disparé a la estación de tren para escaparme lo más lejos posible y me pude meter recién en la San Martín, pero me bajó un policía en Devoto. Porque si vos ves una persona toda ensangrentada y golpeada, la ayudás o la llevás a un hospital, pero si esa persona es un ciruja como yo, lo bajás del tren, lo interrogás, asumís que lo fajaron por robar algo o que está borracho o drogado y cuando no le encontrás nada para culparlo, lo dejás ahí tirado por no tener boleto. Son todos una manga de hijos de puta.

Lo último salió casi en un grito y una enfermera que pasaba por el pasillo lo calló. Juan no le prestó atención, pero yo apuré el paso de vuelta a la guardia.

—¿Nadie lo ayudó?

—¿Vos ayudarías a un croto ensangrentado?

—Es que si lo dice así...

—No hay otra forma de decirlo. Cuando salí de la estación, vi un grupo grande de gente caminando. Había familias, curas, un poco de todo. No sabía ni quienes eran ni a dónde iban, pero vi que invitaban a que la gente se

sumara y fui con ellos sin pensarlo tanto. Me enteré que estaban peregrinando a Luján y me pareció la mejor salida posible a mano, así que me fui con ellos y allá me quedé por muchos años.

—¿Caminó hasta Luján así como estaba?

—Llegué arrastrado.

—¿Y allá qué hizo?

—¿Y qué voy a hacer? Lo mismo que acá. Pero no tenía ni un peso así que me desintoxiqué de los caballos a la fuerza. Alcohol siempre se consigue y mendigaba para la comida.

—¿Cuándo volvió?

—Y habré vuelto hará seis meses. O siete a lo sumo. Cuando Jorge me dijo que Cristina estaba enferma, tuve que volver.

—¿Siguió en contacto con Jorge?

—La culpa no me dejaba dormir. Hoy apenas. Lo que perdí, la gente a la que le arruiné la vida. Todo por culpa de ese hijo de puta. Y mía. La cagué yo.

—No sea tan duro. Pero ¿Jorge no estaba preso?

—En algún momento lo tenían que soltar. Esas cosas no duran mucho adentro. Yo llamaba desde allá a la pieza y un día el dueño me dijo que Jorge había vuelto, pero que se había metido en el seminario y que ya no vivía más ahí. En Luján había un curita que me ayudaba, que por supuesto no sabía toda mi historia, pero a través de él pude rastrearlo y cada tanto hablar. Aunque trataba de no levantar mucho la perdiz porque

Loza tenía oídos en todos lados.

—¿Y Cristina?

—Y Cristina enfermó hace un tiempo. También cáncer.

Ahí ya no me importó nada y me vine.

Se limpió la nariz con la manga del gamulán.

—¿La vio?

—No me quiso ver. Pero la entiendo.

Volvimos a la guardia y me acerqué al consultorio, pero el médico que me había visto no estaba, así que esperé en la puerta a que apareciera. Juan fue hacia unos asientos y se acostó a lo largo. A los pocos segundos ya se podía escuchar su ronquido en toda la sala de espera. Una mujer sentada cerca de donde estaba Juan lo miró con cara de asco y se cambió de asiento a otro más lejos. Se fue hacia la otra punta de la sala de espera y se sentó entre un hombre de lo más pálido y la pared. Empezó a mirar su celular y la odié.

—¿Se alejó para dejarlo descansar mejor? Qué considerada —le dije fuerte para que se escuchara. Mi intención era decirlo con un sarcasmo inteligente, pero lo escupí lleno de rabia.

Me miró con su resentimiento de arpía. Un resentimiento muy particular, agrio de tan estacionado. Le deseé algo malo. No al nivel de una enfermedad grave, pero sí de una diarrea violenta, de esas que te hacen bajar del colectivo para entrar corriendo al baño de un bar. Me hubiera encantado verla salir muerta de vergüenza, sabiendo que todo el mundo la había visto y sabía lo que

pasaba. O peor, que la había escuchado. U olido. Ojalá le pase y la cara de asco se la pongan a ella, pensé.

Mientras yo fantaseaba, el hombre pálido fue cambiando de color. De su blanco a un verde grisáceo, que fue el último que le ví antes de que vomitara todo a los pies de la maleducada. Lo hubiera gritado como un gol de no ser porque odio el vómito incluso más de lo que odié a esa mujer. Me da muchísimo asco y ganas de vomitar. Muchas veces lo hago si no me alejo. No sé si me asquea más la arcada inicial y ese ruido gutural que va arrastrando saliva o el que hace al desparramarse cuando choca fuerte contra el piso. El olor ácido como a leche cortada. Ver los restos de empanada de pollo mezclada con café o algo masticado e irreconocible. Miré para otro lado en el mismo instante en que vi cómo la cena del hombre, y probablemente también el desayuno y el almuerzo, aterrizaba sobre los pies de la mujer. Y no vomité porque me distrajo su grito. Primero fue agudo y sostenido, más parecido al de una película de terror, pero se fue deformando en algo desencajado que mezclaba insultos con palabras inentendibles.

—¿Ya está la placa? —dijo una voz cansada.

El médico pasó delante de mí y me la sacó de la mano antes de que pudiera reaccionar. Entró al consultorio y me pidió que pasara.

—Tenés varias fracturas. Falanges y un metacarpiano. Ahora te pongo un yeso y vas a tener que sacar turno porque esta de acá es para cirugía. Ahora zafa, pero es para cirugía.

Hablaba rápido mientras con un dedo marcaba varios puntos de la radiografía. No me dio mucho espacio para preguntar sobre la cirugía y me pidió que lo siguiera. Mientras avanzábamos por el pasillo miré hacia la sala de espera y vi que Juan ya no estaba donde se había acostado sino afuera, hablando con un hombre sentado en un colchón en la puerta de acceso al hospital. El hombre tenía las piernas tapadas con una frazada y una barba larga que peinaba con los dedos. Compartían un cigarrillo. Cuando uno hablaba, el otro fumaba y lo devolvía rápido. Lo último que vi fue a Juan sentándose a su lado, después entramos a una habitación grande, al final de un pasillo, con mesadas de acero inoxidable por todo el perímetro y una central más amplia. Había rastros de yeso por el piso y la mayoría de las mesadas y el médico me pidió que esperara en una de los pocos lugares limpios que quedaban mientras traía unas cosas. Durante ese interín, entraron a una vieja en silla de ruedas, la levantaron entre tres y la acostaron sobre la mesada central. La mujer gritaba de dolor y pedía por su hija, pero todos la ignoraban mientras mojaban unas vendas y hablaban entre ellos. Descorrieron la sábana que la tapaba dejándola al descubierto. No tenía ropa interior, solo una camiseta blanca agujereada que subieron por encima de su cintura para colocar las vendas húmedas en la pierna izquierda. Por momentos cambiaba los gritos de dolor por insultos furiosos que también ignoraban, hasta que empezó a escupirlos y recién ahí reaccionaron pidiéndole con un

tono autoritario que se tranquilizara.

Cuando el médico volvió, le pregunté por la mujer.
—Estela. No le des bola. Es de las locas que viven en la puerta. Cada tanto aparece internada por algo; ahora porque se cayó y se fracturó la pierna, pero hacerle un yeso a esa mujer es imposible. Se pilla, lo moja, lo rompe. Es prácticamente al pedo.

—¿Y la hija?

—No tiene hija.

No podía sacarle los ojos de encima mientras el médico medía sobre mi brazo unas vendas como las que le estaban poniendo a Estela. Primero me entablilló un dedo, después mojó las vendas y me las empezó a enroscar por la mano y el antebrazo hasta llegar a la mitad.

—Quedate así, no te muevas que se tiene que secar.

Agarrate ahí.

Me acomodó el brazo apuntando hacia arriba y me hizo sostenerme desde el codo con la otra mano. Estaba en una posición ridícula, no sé por qué no podría haber simplemente apoyado el codo en la mesada. La mujer seguía gritando y escupiendo. Uno de los médicos que estaba con ella salió y volvió con otro que llevaba en su mano una jeringa. La sostuvieron mientras el hombre le pasaba el contenido de la jeringa por la mano y treinta segundos más tarde, se quedó absolutamente dormida.

Recién entonces la soltaron.

—Es agotadora esta loca —dijo uno mientras se iban y la dejaban sobre la mesada.

Antes de salir, otro le habló al médico que estaba conmigo.
—Luis, cuando se seque el yeso llevála a la sala.
Luis bostezó y afirmó con la cabeza mientras revisaba el yeso que me acababa de hacer.
—Listo, mañana sacá turno para consultorios de traumatología. Control en una semana —dijo y se fue hacia la mesada en donde Estela seguía desmayada.



Cuando volví a la sala de espera me encontré con Juan que caminaba de un lado a otro. Al verme llegar, gritó.

—¡Pibe! ¡Ya sé dónde está!

—¿Qué cosa?

—Vos me estás jodiendo ¿no?

—No, perdón. ¿Dónde?

—Debajo de la autopista, a unas cuadras de donde estuvimos. Hay un galpón de la ciudad abandonadísimo.

—¿Seguro? ¿Quién le dijo? Porque si fue el Rengo, yo le diría de no ir.

—Me dijeron afuera. Es él. Estoy seguro de que es él.

—¿Seguro seguro?

—Es él. ¿Vas a venir o no?

Ya pasaban las cinco de la mañana, pero todavía no había señales del amanecer y a la oscuridad de la noche se le agregaban unas nubes grises que tapaban la luna por completo. Empezó a soplar un viento cargado de humedad que por momentos soltaba algunas gotas aisladas. Juan caminaba con el vigor de la mañana y yo

intentaba seguirlo. Tenía una necesidad de encontrar a Jose tan propia como la de Juan, pero sentía como si me estuvieran por entregar la nota de un final decisivo. Y no solo eso, la nota de un final decisivo al que me hubiera presentado con lo justo.

Me imaginé llegando al lugar y encontrando a Bernardino mientras maltrataba a la Jose que seguro estaría mojada y muerta de miedo. Él sería todo lo horrendo que había contado Juan personificado. Flaco, desgarrado, con ojos saltones y cara de loco. Dos o tres dientes, unos pocos pelos peinados de un lado para el otro en un intento ridículo de tapar la pelada, con ropa gigante, vieja y algo rota, pero con zapatos lustradísimos. Habría una pelea, nosotros dos contra él. Juan lo acorralaría, Bernardino intentaría pegarnos a los dos, a lo mejor con algún palo que tuviera a mano, lo esquivaríamos con cuidado, nos tomaríamos nuestro tiempo y entraríamos en sintonía. Juan lo distraería y yo le pegaría una trompada directo en la nariz que lo sentaría de culo. Se volvería a parar y nos atacaría con furia y poco equilibrio porque no seré Rocky, pero que mi mano es grande, es grande. Cuando se me viniera encima, lo agarraría y lo inmovilizaría para que Juan le diera el golpe de gracia. Ahí se dejaría de joder. Vencido y resignado saldría corriendo por verse en clara desventaja y nos quedaríamos con Jose sana y salva subiéndose a Juan y a mí desesperada, dando besos para un lado y para el otro. Después ella volvería feliz con Juan a la plaza a dormir en la aseguradora hasta que pasara la

lluvia. Sobre alguna frazada semi mojada que pudieran rescatar. Y se morirían de frío. ¿Sería muy loco invitar a Juan y a Josefina a quedarse conmigo? El sillón es corto como para acostarse, pero a lo mejor se puede armar algo, o tirar algún colchón en el living. Juan no va a ser muy exigente con eso. Jose es chiquita, y tengo algunas colchas de más. Aunque el colchón debería ser inflable porque el living es chico y no se puede caminar con un colchón tirado en el medio. A lo mejor nos podemos arreglar con alguna sobra que nos regale el carnicero para Jose, pero no me va alcanzar la plata de papá para comprar comida para dos. Podría encontrar trabajo medio tiempo. La última vez que se lo planteé no me dejó, pero no puedo seguir así para siempre. No tendría cómo enterarse, pero ¿y si alguien le dice que hay un tipo y un perro viviendo conmigo? Creo que papá está en el grupo de whatsapp del edificio. Si llegan a tirar algo ahí me cagan, pero igual sería poco tiempo. Hasta emprolijar un poco a Juan y que él también consiga trabajo.

Cruzando la avenida Independencia, Juan me sacó de mi monólogo interno con una advertencia. Estaba serio y su voz tembló muy sutilmente cuando empezó a hablar.

—Escuchame —dijo. La pausa posterior fue larga — Este tipo es peligroso. Está loco y no sé lo que puede llegar a hacer.

—¿Peligroso como el gordo gigante que nos amenazó con el revólver o más como el mafioso que me rompió la mano después de casi romperle la cara a usted?

—Peligroso en serio.

—Tranquilo, Juan. Si pudimos con los otros, vamos a poder con éste.

—Peligroso en serio —siguió como si no me estuviera escuchando —y no quiero que le pase nada a la Jose ni a vos.

—¿Puede estar armado?

—Con él todo es posible.

El tono fue tan sombrío que lo que parecía un eslogan de adidas sonó al puntapié inicial de una película de fantasmas. La confianza con la que intentaba tranquilizarlo escondió la cabeza y no me quedaron chistes ni para fingir valor.

Caminamos un poco más. Yo iba en silencio, Juan hablaba para sí mismo casi en un susurro. La caminata hacía que mi brazo y su capullo de yeso se balancearan en el cabestrillo improvisado con vendas que me hicieron en el hospital. Lo sentí húmedo y pesado. Tenía los dedos congelados, aunque por dentro de esa armadura mi carne hervía.

—Esto va a ser así —dijo —Si yo te digo que te vayas, te vas. Pase lo que pase, veas lo que veas, escuches lo que escuches, te vas. ¿Se entiende, pibe?

—Si.

—Hay que encontrar a la Jose.

—La vamos a encontrar.

Me volvió la imagen del Bernardino desgarrado y cara de lunático, pero esta versión tenía una mirada filosa y desencajada que no me sacaba de encima. Los tres

dientes le daban un aire al presentador de Cuentos de la cripta, pero con la sonrisa todavía más sádica, como la de Grigor. La mitad del frío que sentía en la espalda era por la llovizna, la otra mitad por esa imágen.

«Si te digo que te vayas, te vas. Pase lo que pase, veas lo que veas». ¿Qué podía ver que no hubiera visto ya? Teníamos que volver con Josefina.

Otra vez debajo de la autopista. Juan se acercó a uno de esos paneles verdes gigantes con carteles publicitarios en donde un afiche amarillo enorme y gastado se jactaba de que la transformación no para. Varios graffitis le contestaban con insultos y una gran parte había sido arrancada.

Separó el panel y lo arrastró como una puerta. Detrás había un tapiado de ladrillo hueco con un agujero de un metro y medio de altura y poco menos de ancho. Antes de entrar me miró. Volvió a la puerta, se limpió la boca con un gesto exagerado y pasó. Lo seguí con dificultad por ese agujero de ratonera. Se me enganchó la venda con un ladrillo y me raspé un poco los dedos que el yeso dejaba libres. Adentro estaba oscuro, aunque las paredes no cerraban por completo el lugar y se filtraba la luz de la calle. El techo de chapa goteaba por todas partes casi como si estuviera por puro compromiso y poco más adelante unos paneles de aglomerado mojados armaban dos galpones de obra. Uno era chico como una habitación, el otro era más grande con un nivel superior también cerrado por madera y lona.

Casi muero cuando una paloma voló a mi espalda.

Pensé que no había palomas por la noche, aunque la luz que se filtraba ya no era solo de las lámparas de la calle.

Avanzamos despacio. El piso estaba lleno de basura. Había latas de pintura, neumáticos y una montaña de caños oxidados contra uno de los laterales. Las ratas no se veían, pero se escuchaban. Olía a lluvia, a trapo sucio y por momentos a huevo podrido. El olor se me instaló en la boca y me dio náuseas. Pateé un tornillo que dió contra un chapa y Juan me calló nervioso. Él caminaba unos metros por delante, otra vez susurrando algo constante e inaudible, y avanzaba seguro, aunque por momentos paraba a inspeccionar alrededor.

Llegamos al primer galpón. Mi estómago era un mar embravecido a punto de transformarse en volcán. Una cadena cerraba con holgura la puerta por unos agujeros abiertos con amoladora en el aglomerado. Juan separó la hoja lo suficiente como para entrar él un poco a la fuerza, pero no había forma de que yo también entrara por ese espacio. Intenté asomar la cabeza, pero el ángulo y la oscuridad lo hacía inútil. Agarré un hierro del piso y esperé junto a la puerta, primero apuntando hacia esa oscuridad. Escuchaba a Juan caminar y mover cosas o algo por el estilo. Escuché algo metálico caer al piso y me di vuelta rápido. No identifiqué de dónde vino, quizás hubiera sido Juan, pero no había pensado en la posibilidad de que Bernardino nos sorprendiera por la espalda hasta ese momento. Seguí esperando, o esta vez más bien montando guardia. Una gotera golpeaba una

chapa como el segundero de un reloj que adelanta. El sonido era hipnótico y hubiera sido relajante de escucharlo acostado en mi cama. Caí en cuenta de que ya no se escuchaba nada desde el galpón y me acerqué a la puerta. Llamé a Juan en voz baja, pero no contestó. Volví a intentar.

—Mirá lo que encontré —dijo finalmente.

Al principio no lo reconocí. Parecía algo que hubiera hecho un nene para jugar a la guerra en el patio. El mango era el de una pistola, pero la parte de arriba estaba soldada con un caño, el gatillo también parecía agregado y gran parte estaba recubierta por cinta aisladora negra.

—¿Eso es un arma?

No me contestó. Salió a presión como había entrado y siguió hacia el segundo galpón. Avanzaba despacio. Ya no susurraba sino por momentos, como si llevara una conversación imaginaria. Afuera se escuchaba cada vez más lluvia golpeando contra las chapas, contra la autopista, contra los charcos. El intento de pistola le colgaba de la mano. La agarraba como si estuviera hecha de espuma, o de mierda.

—Qué oscuro que estaba ahí.

Juan caminaba despacio. Llegando al segundo galpón frenó para mirar hacia todos lados. Se detuvo mirando hacia ese segundo piso rústico. Fijé la vista, pero yo solo ví oscuridad. Juan siguió su inspección, miró hacia atrás, me miró a mí.

—Qué suerte que encontró el arma ¿no? —probé otra vez —digo, con lo oscuro que estaba.

—Si —dijo y volteó.

Esta puerta no tenía cadena y se filtraba un poco más de luz hacia adentro. Si bien el lugar era bastante ancho, más de la mitad del espacio estaba ocupado por andamios desarmados, conos de tránsito apilados hasta el techo y vallas de madera. Pasó chillando una rata que no solo escuché sino que sentí húmeda contra mi tobillo.

—Si te digo que te vayas, te vas. ¿Está claro? —volvió a decirme. Asentí con la boca seca. Ahora sostenía el arma junto a su cara.

Se escuchó un ruido al fondo. El sonido inconfundible de unas patitas repiqueteando sobre el cemento.

—Jojo —dijo Juan y el ladrido llegó al instante.

Sentí otra vez ese aliento inminente en la espalda y me dí vuelta. La puerta del galpón era un rectángulo cada vez más luminoso que se dibujaba en la penumbra como un barco salvavidas contra el océano.

De pronto, la oscuridad me dió el mismo miedo que cuando era chico y corría por la noche a la cama de mis papás para que no me atraparan los monstruos. Más disimulado y con un poco más de cuidado corrí también hacia Juan y Josefina. Ella estaba enloquecida saltando y dando lengüetazos. Se acercó también a mí y me compartió un poco de ese agradecimiento desesperado y baboso. Estaba atada a un termotanque destruido y arrumbado en un costado, pero corría de un lado a

otro dentro de la libertad que le daba la soga. Mientras ella chillaba y nos lamía, me sentí como si finalmente hubiéramos atrapado a Carmen San Diego, o mejor dicho, como si hubiéramos recuperado el botín, porque si había alguien a quien no tenía ganas de encontrar era a nuestra versión colombófila y peligrosa de Carmen.

Finalmente, Josefina se dejó desatar, aunque retenerla en un solo lugar fue casi tan difícil como atrapar a un pez con las manos. Era una pelusa vivaz, zigzagueando en círculos, excitada y confusa. La alcé mientras mi cuerpo respondía con un bostezo enorme, de esos que vienen cuando ya ni la adrenalina logra despertar a uno. Era como si una prensa hidráulica estuviera apretándome hacia el suelo, comprimiendo la energía de las últimas horas en un peso imposible de sostener.

Miré a Juan, esperando encontrar una chispa de alivio, una sonrisa, algo que reflejara un destello de final feliz. Pero él estaba lejos de eso. Seguía murmurando en voz baja, los ojos fijos en el espacio, como si la perra no estuviera ahí con nosotros, como si en lugar de haberla rescatado solo hubiéramos dado el primer paso de un plan más grande.

—Lo logramos, Juan. Vamos a mi casa, podemos dormir todos un rato ahí, ¿le parece? —le dije. Quería celebrar el final de esa búsqueda.

—No, todavía no —respondió con un tono tan tajante que me cortó la euforia en seco.

Casi no tuve tiempo de responderle. Apenas giré la

cabeza hacia Josefina y él ya había avanzado hacia el fondo del galpón, ese lugar oscuro y polvoriento donde no se veía más que un entramado de fierros retorcidos y un andamio hacía de escalera hasta un hueco en el techo. La pistola transmutó de mierda a oro y ahora la sujetaba con fuerza, como si se estuviera agarrando de ella para no caer al vacío, y subía por el andamio con el sigilo de un hombre que tenía un solo objetivo en mente.

—¡Juan! —grité, sin pensar, sin entender del todo el peso de lo que estaba ocurriendo.

Con un movimiento rápido, hizo un gesto de silencio con la mano, ordenándonos que nos alejáramos. Era como ver a un policía en un allanamiento, avanzando entre las sombras, la mirada afilada y concentrada en un enemigo invisible. No había nada ahí arriba, o al menos eso hacía pensar el silencio espectral, pero para él, cada esquina, cada sombra, parecía cobrar un nuevo significado. Me hacía señas para que me fuera, una urgencia que yo no comprendía, mientras él avanzaba con la pistola en alto, cada paso asegurado, cada movimiento más preciso que el anterior.

Yo intentaba hacerle entender, con gestos desesperados, que tenía que bajar, que podíamos irnos juntos, que todo había terminado. La perra pataleaba en mis brazos, queriendo librarse, y su lucha era tan insistente que casi la suelto en el intento de detenerla. La apreté contra mí, tratando de calmarla. «*Por favor, Jose, quedate quieta, quedate quieta*» le susurré, aunque mi voz era más un pedido

a mí mismo. Pensé en esa historia que había escuchado, de una madre que, al tratar de acallar a su bebé durante un robo, había terminado por sofocarlo. O tal vez era una película; no importaba, porque en ese momento podía sentir el mismo miedo corriéndome por el cuerpo.

Al levantar la mirada, vi que Juan ya no estaba. Se había perdido en las sombras, y el eco de sus pasos ascendía por la estructura de metal. Apreté a Josefina contra mí, en silencio, escuchando. Luego, desde lo alto, la voz de Juan rompió la quietud, una voz enloquecida que resonó en el vacío del galpón:

—¡Acá estás, hijo de puta!

Lo siguiente fue un caos de sonidos: golpes secos, fierros que se desplomaban, un crujido de madera rota, más gritos. Y después, el estallido sordo de un disparo que retumbó en el lugar como el trueno que inaugura la tormenta. Me congelé y fue como si el mundo entero contuviera la respiración.

Juan:

No supe si ponerle Juan o querido Juan. Me resultó un tanto cliché y para serle franco, me da un poco de vergüenza decirle así. No porque no lo sienta cercano, todo lo contrario, sino que lo que me avergüenza es decirle querido después de lo que pasó. Que exista la posibilidad, la gran posibilidad, de que nunca me lea hace un poco más fácil hablarle, aunque sea por carta.

Quiero que sepa que me fui con la Jose como me pidió, pero que lo dudé y lo dudé muchísimo. No le voy a negar que tuve miedo porque fue sin dudas la noche más aterradora de mi vida y escucharlo gritar así fue la frutilla del postre, pero pensar en que le pasara algo me clavó los pies al suelo. Pensé en subir, pelear de a dos, pensé también en empezar a gritar ahí mismo, pero se me vino a la cabeza su casi orden de cuidar a Josefina y huí como cobarde. Nunca ví a Bernardino, pero la imagen de loco peligroso y desencajado me dieron una velocidad que nunca tuve. Sin embargo, grité desde el momento en que llegué a la vereda, grité lo más fuerte que pude y toqué todos los timbres de los edificios que estaban cerca. Se abrieron doscientas ventanas, la mayoría para putearme, pero una pareja se apiadó de mi cara de desesperado y

llamó a la policía. Me mantuve atento al galpón. Agudicé el oído, pero no escuché ningún ruido más y no le saqué los ojos de encima a la entrada para que Bernardino no se escapara. Jose miraba tan atenta como yo. La policía tardó muchísimo en llegar, como siempre, y me escucharon con cara de incredulidad. Me preguntaron si había estado tomando o fumando, si había consumido sustancias y si tomaba alguna medicación. Me cansé de justificar que no estaba ni drogado ni loco y de pedirles que entraran a buscarlo.

Cuando por fin se dignaron a prestarme atención y a pedir un móvil de apoyo para entrar, me preguntaron con quién estaba, cuáles eran sus características físicas y si había visto a alguien armado. Me escucharon en silencio, pero se miraban entre ellos con el disimulo de dos nenes de jardín. Los odié cuando me di cuenta de que cambiaron automáticamente su actitud al empezar a describirlo. Seguramente esperarían a alguien de mi edad, de mi nivel socio económico, de mi género, de mi religión, y no a usted. Me volvieron a preguntar si había tomado algo. Repitieron, como para confirmar lo que les había dicho, que el amigo que había quedado adentro y por quien pedía ayuda era un masculino indigente

de 50 años con el que estábamos buscando a la perra que tenía al lado. Llegó el móvil de refuerzo y se acercaron ambos a hablar con el acompañante. Después de un rato se bajó un gordo bastante mayor que los dos policías que me interrogaron como si el problema fuera yo y me encaró de muy mala manera. Me dijo que me dejara de joder, que ellos estaban trabajando para que boluditos como yo estuvieran seguros y que si no me iba en ese momento me iban a tener que demorar. Le pregunté por qué me demorarían a mí y me dijo que por lo que se le cantara. Como no me moví, me empezó a empujar para que caminara.

Fui hasta la esquina, doblé y me quedé un rato sentado hasta que vi a los patrulleros alejarse. Volví y me quedé con la Jose esperando hasta que el día estuvo bien instalado sentado contra el cartel de entrada. No sé cuántas horas habremos estado, y aunque me dormí una o dos veces, no salió nadie de ahí, estoy seguro. Lo esperamos, le juro que lo esperamos, pero llegó el momento en que no dí más y me llevé a Jose a casa. Dormí, o más bien me desmayé, hasta el otro día. Me desperté perdido como cuando uno no sabe si todavía sigue soñando. Busqué el celular para ver la hora, pero la pantalla partida me dejó ver sólo los minutos.

Me miré la muñeca por reflejo, pero estaba vacía y del otro lado me encontré con un yeso y un dedo entablillado. Jose moviendo la cola sobre mis piés me terminó de convencer de que no era un sueño ni lo había sido así que me bañé y salimos de vuelta hacia el galpón.

Dimos vuelta por el lugar un buen rato, pero no me animé a entrar. No sé qué esperaba. Pensé en la noche anterior, en usted subiendo, en los gritos. En sus gritos, porque estoy cada vez más convencido de que no escuché a nadie más. ¿Encontró a Bernardino dormido y lo remató o el tipo estaba escondido esperándolo? ¿Por qué no volvió a salir? ¿Está vivo? ¿Dónde está? ¿Había alguien más, Juan?

Creo que no volví a entrar porque no sé con qué respuesta quedarme más tranquilo. No sé si preferiría pensarlo como un asesino, como un muerto o como un loco, y disculpe que lo diga así. Confieso que tuve mis dudas al principio, pero escuchar su historia, ver la emoción en sus ojos al hablar de su hija y el odio al hablar de Bernardino, no daban chance a que fuera mentira. Y si lo fuera, estaría en todo su derecho, no puedo juzgarlo. Pocos pueden pasar lo que usted pasó y seguir enteros. Pero eso me deja peores

alternativas. Una me llena de dudas y, aunque me cueste admitirlo, asoma la decepción, pero de nuevo, no sé qué haría yo si un tipo me hubiera jodido la vida así. La verdad no sé qué desenlace esperaba. En la otra no quiero pensar y así y todo, incluso sin explicaciones claras, es la más presente. Le repito, no sé lo que pasó y no sé si quiero saberlo, lo que sí sé es que yo me siento un cobarde. Un cobarde que cumplió, pero un cobarde al fin.

Josefina está contenta en casa. Ayer cuando volvimos hice pollo para los dos y creo que ella comió más que yo. Durmió en mi cama y acostada encima mío como la ví hacer muchas veces con usted, pero lloró bastante durante la noche. Lo extraña y para serle franco, yo también. Tengo muchas preguntas más para hacerle, pero me las callaría todas con tal de que volviera.

Voy a elegir pensarlo como un amigo. Espero que esté bien, o por lo menos en paz, esté donde esté y sea quien sea.

Un abrazo grande.

Fede



Escuché el ruido de las uñas de Josefina golpear contra el suelo. Enseguida se asomó un hocico negro por la puerta entreabierta pidiendo permiso. La abrí un poco más para que pudiera pasar y la acaricié. Ella cerraba los ojos cuando le acariciaba la cabeza y me lamió la mano una sola vez. Lenta. Me senté en el inodoro y los ojos se me empezaron a llenar de lágrimas de la nada. Jose se acostó en la alfombra de baño y yo me fui sacando la ropa con la mano izquierda, luchando por momentos sobre todo con la remera. El vapor inundaba el ambiente.

Al sentir el agua caliente contra la cabeza, no pude imaginarme nada mejor y la apoyé contra la pared que tenía delante, dejando que la ducha me golpeará en el cuello y la espalda. Me enjuagué la boca un par de veces. Después me enjaboné con la mano izquierda mientras la derecha seguía del lado de afuera de la ducha. Me empezó a molestar el brazo por la posición y odié tener que acelerar el baño.

Escuché a Jose tomar agua en la cocina, busqué algo

de ropa y me cambié con más dificultad incluso que para descambiarme. Me asomé al balcón y ví cómo un tímido sol de invierno empezaba a caer sobre la plaza. Volví a entrar y fui hacia el escritorio. Revolví un cajón y finalmente encontré el marcador negro. Bajé las escaleras con Jose siguiéndome por detrás y fuimos a la plaza.

Poco quedaba del refugio de Juan y me dolió pensar el poco tiempo que alcanzó para que desapareciera todo rastro de él. Vi cómo, a medida que me acercaba, un hombre arrastraba el último pallet que quedaba de la estructura. Fui hasta la glorieta sobre la cual alguna vez estuvo apoyado ese hogar nacido de las sobras de la sociedad. La pared externa estaba húmeda y la sequé todo lo que pude con la manga de la campera. Después saqué el marcador y me concentré por lograr la mejor letra que el yeso me permitiera. Me quedé en blanco. Lo había llevado para escribir algo elocuente, un mini grafiti en su memoria para que ese rincón que hizo propio no quedara sin una marca física suya, pero no me salió nada. No supe cuáles eran las palabras para despedir a Juan. ¿A quién despedía? ¿A un amigo? ¿A un conocido por quien sentí empatía? ¿En qué categoría cae eso?

Me quedé mirando la pared blanca, descascarada y húmeda. Tenía todas las sensaciones vividas en las últimas cuarenta y ocho horas flotando en la boca del estómago y un garabato en la cabeza. Ensayé algunas frases memorables, pero todas sonaban falsas, como a homenaje de utilería. Jose ladró una vez. No sé si fue a mi, pero me gusta

pensar que sí y que ella también participó del epitafio.
—Tenés razón —le dije y escribí.

«*A Juan*»

Solo eso. Como en los libros.

Me gusta cuando están dedicados y esa forma minimalista siempre me genera la intriga de saber qué hay detrás. Un padre, una hija, un amigo de toda la vida, una historia de amor o una historia trágica. A veces una combinación de algunos de esos. No hay forma de saberlo. Es algo que se guarda el autor y me gusta. Es la forma de gritar que todo lo que hizo fue por esa persona, o para esa persona, sin que nadie se entere de su vida. Un homenaje porque sí y listo, para que nadie opine. En los homenajes no hay lugar para opiniones. Me pareció que era lo que más le gustaría a él así que escribí eso. A Juan.

Jose se puso a oler de un lado a otro y me fui a sentar a los escalones de la glorieta para darle tiempo. Tenía un poco de sueño y el sol en la cara me adormecía incluso más. Todavía parecía mentira. Repasé todo lo que pasó ese último día para convencerme de que no había sido ni un sueño ni una película y así y todo tenía la sensación de que nada era real. En algún punto esperaba que existiera alguna explicación que no estuviera contemplando y que Juan apareciera en cualquier momento tirando de su carro para buscar a su perra y seguir caminando por la ciudad.

Busqué el teléfono en el bolsillo. Había notificaciones de mensajes sin leer que no tenía sentido revisar, o si,

pero que era indefectible tener que adivinar parte de lo que decían, y dos llamadas perdidas de papá. Jose seguía olfateando a unos pocos metros, ahora fija en un único punto. Me las arreglé para llamar usando las partes que quedaban disponibles de la pantalla. Sonó una sola vez.

—¿Hola, Fede?

—Hola, pa.

—¿Dónde estabas que no contestás?

—Es largo

—¿Estás bien?

—Sí, sí.

—Federico, ¿estás bien? Decime la verdad.

—Sí, pa. Me fracturé la mano, pero estoy bien.

—¿Cuándo? ¿Qué pasó?

—No te asustes. Me robaron, pero te juro que estoy bien. En serio. —Se hizo un silencio eterno y de lo más incómodo que aún así me costó interrumpir

—¿Me comprás un pasaje a Chacabuco?

—Sí, pichón ¿Para hoy?

Miré a Jose que se acercaba moviendo la cola. Le acaricié la cabeza y ella se echó para que siguiera rascándole la panza.

—No, pará. Perdón, pero ¿podés venir vos para acá?

Otra vez el silencio. Esta vez lo cortaron desde el otro lado.

—Sí, acomodo unas cosas y en unas horas estoy allá.

¿Estás bien, Fede?

—Sí, pero no, y hay cosas que necesito charlar con vos, pero ahora no me puedo ir de casa. Te explico a la tarde.

—Dale, no te preocupes.

Ni bien corté la llamada, el estómago rugió. Fuimos hacia la esquina y esperamos el semáforo para cruzar Rivadavia. Entré a la panadería y Jose me esperó afuera sentada. Una mujer regordeta me preguntó con una sonrisa qué iba a llevar. Le pedí una docena de facturas que me podría haber comido entera en ese mismo momento. —Y agregá estas tres, por favor.

La mujer agarró las tortitas negras con la pinza y las puso sobre el montículo antes de cerrar el paquete. Jose miraba desde la puerta y movía la cola con más velocidad a medida que me acercaba.

—Ya está —le dije —Vamos a desayunar.



Empecé a escribir esta historia como una forma de pasar más tiempo con mi mejor amigo, aunque al final logró que pasara más tiempo conmigo mismo. Durante un par de años la escribí, la corregí, la trabajé, la abandoné, la retomé, la corregí de nuevo y finalmente, incluso sabiendo que hay muchas cosas por mejorar, decidí darle cierre. Un cierre abrupto e imperfecto como el de mi amistad con Fran, quizás también como parte del homenaje, pero cierre al fin. Llegó la hora de que ésta historia le ceda lugar a la siguiente.

Estoy agradecido por haberme topado con todos los que de alguna forma fueron parte de este proyecto. Lucas por su enorme cuidado siempre, pero particularmente por incentivar me a escribir, a retomar un placer olvidado y descubrir una forma de sacar de adentro todo lo que me cuesta tanto sacar; Manu por enseñarme a ver con otros ojos y por convertir ese primer vómito de palabras con forma de borrador en una historia aceptable y, aunque ni cerca merecedora de un premio, increíble como hazaña para mí; mi viejo por ser mi fanático más acérrimo (quizás también el único, pero eso no le resta intensidad) y no solo leer todo lo que escribo

sino pedir más; Fer y la Colaborativa Insai
por materializar con su conocimiento y su
arte este proyecto que ojalá nos lleve lejos; y
por último, Fran. No me alcanzan las páginas
para escribir todo lo que te agradezco.



*Ojalá ésta historia no hubiese existido nunca,
pero si lo hace es por y para vos.*



SOLO
SE LLEGA
MÁS RÁPIDO,
JUNTOS
MÁS LEJOS



«CIRUJA»

Primer título de Colaborativa Insai.
Esta obra se terminó de imprimir en
junio de 2025 en los talleres de Semilla
Creativa en papel bookcel 80grs.

Para el diseño de la portada se utilizó
la fotografía de Eduardo Menéndez.
Las tipografías Insai, de RNS FONTS y
Alegreya Sans, de HUERTA TIPOGRÁFICA.
Para el cuerpo principal del libro se usó
Adobe Garamond.



Fernanda Caperón

Nació en Mendoza. A los trece años se traslada con su familia a Buenos Aires, donde descubre su vocación y se forma como diseñadora gráfica. Gracias a docentes que la inspiran en distintas instancias de su aprendizaje, en diseño editorial y tipografía, germina, finalmente, esa semilla que desde muy pequeña —entre juegos, colores, letras y papeles— se había plantado.

A lo largo de los años va desarrollándose profesionalmente en diarios y revistas hasta llegar al mundo digital que hoy habita. Sin embargo, nunca abandona su pasión: los libros... desde siempre, su brújula secreta. El amor por hacerlos y coleccionarlos, en combinación con el entusiasmo de la comunidad Orsai, la llevan a formar parte de este proyecto, que busca lo mismo que ella: traer nuevos libros al mundo.

«Los cirujas no nacemos por generación espontánea ¿sabés?»

Fede finge que estudia Derecho, Juan vive en la calle,
y Josefina, su perrita, desaparece.

En la búsqueda aparece un nombre que no se irá:
Bernardino Rivadavia.

Ciruja es un policial emocional en zapatillas, una
novela urbana, sensible y por momentos absurda
en donde las preguntas no tienen respuestas claras,
los vínculos son raros, y el corazón se asoma justo
cuando nadie lo espera.

